

**versos de ciego
el abanderado**

DOS PIEZAS TEATRALES DE LUIS A. HEIREMANS

LUIS A. HEIREMANS

VERSOS DE CIEGO

EL ABANDERADO

VERSOS DE CIEGO

Obra en dos partes

Esta obra fué estrenada en Santiago de Chile el 26 de Abril de 1961 por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile, en la Sala Camilo Henríquez. Posteriormente fué presentada por esta misma compañía en el Teatro Español de Madrid el 1º de Junio de 1961, y en el Teatro Vieux Colombier, de París, el 23 de Junio de 1961 en el V Festival Internacional del Teatro de las Naciones.

R E P A R T O :

Por orden de aparición

EL CIEGO	Archibaldo Larenas
FANOR	Aníbal Reyna
ANA, la adivina	Eva Knobel
LA ABUELA	Elena Moreno
PERICO BURRO, su nieto	Enrique del Valle
LAURA CANDELA	Maruja Cifuentes
MARIA CHICA	Silvia Piñeiro
JUANA BUEY	Ana González
OLIVERIO PASTOR	Justo Ugarte
UNA RELIGIOSA	Gabriela Montes
UNA MUCHACHA	Lucy Salgado
DON MELITON	Eduardo Naveda
BUENAVENTURA	Mario Montillos
SEBASTIAN, el Huacho	Héctor Noguera

EN LA FERIA:

VENDEDORA DE FRUTAS	Mireya Vélis
VENDEDORA DE FLORES	Mónica Araya
VENDEDORA DE CESTERIA Y GREDA	Matilde Broders
VENDEDOR DE TURRONES Y PIRULINES	Alberto Rivera
CARGADOR	Jaime Vicuña
YERBATERO	Mario H. Sepúlveda
MANICERO	Fernando Colina
UN HUASO	Charles Beecher
SU MUJER	Mireya Kulczewski
UNA EMPLEADA	Carmen Barros

EL CORTEJO:

LA MADRE	Nelly Meruane
LOS ACOMPAÑANTES	Rubén Unda
	Hernán Letelier
LA LLORONA	Violeta Vidaurre

EN CASA DE LAURA CANDELA:

CORA	Gabriela Montes
ROSALIA	Carmen Barros
LUCY	Mireya Kulczewski
HOMBRES	Charles Beecher
	Mario H. Sepúlveda
	Jaime Vicuña
	Alberto Rivera
CANTORAS	Matilde Broders
	Mónica Araya

DIRECTOR: Eugenio Dittborn

Escenógrafo-iluminador y Vestuario:
Bernardo Trumper.

Música incidental y canciones:
Juan Orrego Salas.

Esta obra obtuvo el Premio Municipal de Teatro, 1961

PRIMERA PARTE

(Hay un entrecruzarse de caminos frente a la panorámica y el escenario está lo más despejado posible. A través de toda la acción, el ciego estará presente, visible o invisible, según lo precisen los hechos. Tiene una guitarra y del instrumento cuelga un pequeño recipiente de metal para la limosna. Su voz es aguda cuando canta, el tono desabrido).

CIEGO.— *(Cantando):*

Este día es de feria
y mi cuento aquí comienza
Sin tropiezos ni impaciencia.
pues sabiendo que es muy seria
no me apuro en la materia.
Denme tiempo pa'cantarla
pa'que pueda relatarla.
esta historia de un camino
y de aquellos sin destino
que supieron encarnarla

(En verdad esta es la plaza de un pueblo. Y es día de feria. Los campesinos de los alrededores han traído sus carretelas cargadas de maderas y animales recién sacrificados para vender. Otros tan solo han venido a comprar y se pasean mirando, preguntando, comerciando, de vez en cuando se escucha un grito, el pregón de alguien que ofrece).

YERBATERO.—

Yerbas... las buenas yerbas
P'al corazón y el amor
P'al riñón y el dolor
menta, boldo y cedrón
clavo de olor...

(Es un grito único que rompe apenas la monotonía de los colores y un cierto desgano que todavía, por ser muy temprano, preside los movimientos. Muy pronto el lugar está lleno de sacos que se abren mostrando papas, porotos, arvejas y lentejas. También hay ramas de frutas o trozos de madera que muestran su pulpa anaranjada y las carnes de los animales con los cueros recién desgarrados de un tono violáceo, el de la sangre oxidada. Junto a ellos como una sibila esta Ana, sentada en una silla de paja, con los ojos cubiertos por un pañuelo, leyendo los destinos de los demás. Es una mujer relativamente joven, delgada; con las manos juntas sobre la falda y la actitud hierática. A su lado un hombre bajo, con reloj de oro y aspecto de vivo, regenta el acto y le otorga categoría circense. Se llama Fanor).

FANOR.— ¡Pase, señorita! ¡Pase, caballero! Pase a consultar su suerte y su destino. Lo que está escrito en sus estrellas... Ana, la adivina, dirá lo que le espera... ¡Pase, señorita! No tenga susto de comprometerse... Por diez pesos sabrá su futuro y ¡además!... Ana le obsequiará una imagen de San Buenaventura, el único santo que trae la buena suerte... ¡Pase, caballero! ¡Pase!

(El campesino se resiste. Todos lo imitan. En torno a Ana hay un espacio circular como si la maría se irradiara en una circunferencia inabordable. Fanor tiene anillos en las manos, todos con piedras multicolores, muy falsas. Junto a él sobre el suelo, hay una maleta con las imágenes de San Buenaventura).

FANOR.— Ana conoce todos sus secretos, señor. Los buenos y los malos. Le dirá cómo triunfar en la vida, cómo hacerse rico sin trabajar...

CAMPESINO.— Eso hasta yo lo sé, pues. . .
(*Los demás ríen. Fanor continúa imperturbable*).

FANOR.— Como vencer las penas de amor, los males de salud. A ver. . . Silencio ahora. . . Ana va a decir algo. . . Ana, me escuchas? (*Ana inclina la cabeza*) ¿Estás ahí? (*Mismo juego*) ¡Dinos algo entonces. . .! ¡Habla! . . .

(*Se produce un silencio y los campesinos retroceden y permanecen inmóviles. Sin hacer ningún gesto, la mujer comienza a hablar. Su voz es monocorde, des-templada casi, como el redoble de un tambor mal afinado y las palabras caen separadas las unas de las otras*).

ANA.— Algo llegará
algo volverá.
Estrella veo
como un deseo.
Estrella veo
y en ella creo.
Sin otra pena
Ventura buena. . .

(*Apenas Ana ha comenzado a recitar, Fanor ha dado muestras de impaciencia, y aprovecha esta oportunidad para interrumpirla*).

FANOR.— Que equivale a decir San Buenaventura. . . la imagen del santo que cada uno recibirá como un obsequio. . . ¡Pase, señorita! . . . ¡Pase, caballero! Por diez pesos sabrán todo lo que les va a pasar. . .

(*Ya la feria está mucho más animada. . . Varios vendedores pegonan sus mercaderías*).

VENDEDOR I.—

Hay papa terrona
Hay papa amarilla
Hay papa canela
para su chiquilla.

VENDEDOR II.—

Causeo le tengo
con papas y ají
no se me vaya
pase por aquí.

VENDEDOR III.—

Pensamientos dobles
por un par de cobres
rosas fragantosas
pa'su buena moza...

(No lejos se oye una canción. Es el ciego quien canta. Nadie parece verlo, salvo un niño que se desprende de la muchedumbre acompañado por una anciana. El niño se llama Perico Burro. La anciana es su abuela, casi tan pequeña como él, con el rostro arrugado y el cabello recogido en un moño chico y apretado).

CIEGO.— *(Cantando):*

Cuentan así por contarlo
qu'es como plaza este mundo
con cuatro entradas y un rumbo
no siempre fácil pa'hallarlo
y complicado pa'andarlo...

PERICO.— Abuelita, démosle un peso al ciego.

ABUELA.— ¿Cuál ciego?

PERICO.— Ese que está ahí cantando.

ABUELA.— No lo veo con tanta gente.

PERICO.— Démosle un peso.

ABUELA.— No, niños por Dios, que tu madre nos dió cien pesos para todo y yo quiero comprar un tambor.

PERICO.— Yo tengo uno chico en la casa. Se lo regalo. Deme un peso para el ciego.

ABUELA.— El tuyo es demasiado chico. No sirve para espantar ánimas. Esas sólo se asustan cuando oyen un golpe sordo.

PERICO.— Le pegamos más fuerte, abuela. Yo le pego. Pero deme un peso para darle al ciego.

ABUELA.— ¿Qué te ha dado con el ciego? Déjalo que cante gratis.

PERICO.— No vé, ya paró. . .

ABUELA.— ¿Dónde está no lo veo. . . ?

PERICO.— Yo tampoco ahora. (*Viendo un vendedor de pirulines*) ¡Abuela, cómprame un pirulín!

ABUELA.— ¡Buen dar con el chiquillo antojado! Vamos caminando, mira que de lo contrario vas a llegar tarde a la escuela.

PERICO.— ¿Para qué me lleva allá? Para que la señorita Fresia me mande al rincón y me diga: (*Imitando la voz*) “Perico Burro, le haces honor a tu nombre. A pararte en el rincón”. Vamos a comprar el tambor más mejor. Yo sé donde venden unos grandes, que suenan tan fuerte que asustarán hasta a las ánimas que estén penando en la casa del lado.

ABUELA.— No hay que jugar con esas cosas, Perico. Las ánimas son de respeto.

PERICO.— Allá, allá, abuela. . .

(*Se alejan. Aparecen María Chica y Laura Candela, son dos prostitutas y en torno a ellas se produce un cierto revuelo. Laura es más grande y gorda*).

FANOR.— ¡Miren pues! Si es la María Chica.

LAURA.— ¡Y la Laura Candela! ¿Qué no me vé, don Fanor?

CAMPESINO.— ¿Cómo no la iba a ver si parece que tapara el sol? (*Risas*).

LAURA.— Mírenlo. . . si hasta con gracia andan ahora.

FANOR.— Tan tempraneras que las han de ver. Yo creí que en las mañanas dormían.

MARIA CHICA.— Casi siempre. Pero hoy nos levantamos antes que el gallo.

CAMPESINO.— ¿Cuál gallo? ¿No sería yo, m'hijita? (*Risas*).

LAURA.— A lo mejor, pues. Uno que estira el cogote y canta. (*Rien más fuerte*).

FANOR.— ¿Qué andan malos los negocios?

MARIA CHICA.— ¿Por qué?

FANOR.— Como se levantaron al clarear. De costumbre a esa hora llegan los clientes.

LAURA.—¿Y quién le ha dado permiso para andarnos intruseando los libros?

FANOR.—(*Mostrando a Ana*): Es que somos adivinos, pues. ¿No quieren verse la suerte?

MARIA CHICA.—(*Tentada*): Este...

LAURA.—(*Interrumpiendo*): ¿Para qué te vas a ver la suerte, María, si ya sabes lo que vamos a hacer?

MARIA CHICA.—También es cierto.

LAURA.—(*A Fanor*): Nos vamos de viaje...

CAMPESINO.—¡De viaje...!

LAURA.—A cambiar de aire...

FANOR.—¿Y para dónde se van...?

LAURA.—Para el Sur.

FANOR.—Habrase visto... Y yo que les tenía un cliente.

MARIA CHICA.—Dígale que espere.

LAURA.—¡Que se aguante, hija! Si es que puede. (*Risas*).

FANOR.—¿Qué van a volver?

LAURA.—Es para refrescar el negocio, don Fanor. Si una se queda mucho tiempo, se avinagra la clientela.

MARIA CHICA.—Vamos, Laura. Allá está el puesto que buscamos.

FANOR.—Léanse la suerte para ver cómo les va a ir...!

LAURA.—Ni bien ni mal, pues. Como nos va siempre.

MARIA CHICA.—(*Tironeándola*) ¡Laura...! allá está el kiosko.

FANOR.—(*Interrumpiéndola*) Aunque más no sea para que se vayan contentas.

LAURA.—¿Y quién le ha dicho que andamos tristes...?

FANOR.—Más contentas entonces.

LAURA.—¿Para qué más? Así nacimos y así nos quedamos.

(*Las dos se alejan. Mientras siguen conversando*)

han aparecido Meliton, Buenaventura y el Huacho. Son tres músicos ambulantes e irrumpen en la plaza trayendo sus instrumentos. Meliton es el mayor. De contextura recia y un tanto imponente. Carga sobre sus hombros un inmenso tambor coronado por unos platillos. Como en sus manos lleva otros objetos acciona el tambor por medio de un cordel amarrado a uno de sus tobillos. Cada vez que mueve el pie, el platillo que está unido al cordel golpea el tambor que resuena en forma profunda. Buenaventura, es más joven. Delgado alto, moreno. De inmediato se percibe que es un conquistador de mujeres y aun cuando su ropa es tan harapienta como la de sus compañeros, está más conciente de ella y suele limpiarse alguna mancha o ajustarse al cuello la corbata. Carga un organillo y sobre él lleva una jaula con un loro verde. El Huacho, Sebastián, es el más joven de todos. Trae una bandeja con cancioneros y un triángulo del cual arranca notas muy cristalinas, muy independientes de la melodía que los otros interpretan. El Huacho es reconcentrado e intenso. Habla poco y su personalidad contrasta con la absoluta libertad que parece irradiar Buenaventura y la solidez que emana de Meliton. Sin embargo entre los tres se adivina una relación profunda. Han recorrido muchos caminos juntos, han visto al unísono las mismas tierras y tienen idéntico polvo pegado a las ropas)

MELITON.— ¡Bueno! Aquí nos quedamos.

BUENAVENTURA.— Pero tenemos la competencia de la adivina.

MELITON.— Y nosotros vamos a tocar música. No vamos nada a sacar la suerte.

BUENAVENTURA.— Yo me volvería para el Norte!

MELITON.— Déjate de hablar. Y ayuda al descargue.

BUENAVENTURA.— Bah y quién me ayuda a mí?

HUACHO.— Yo le ayudo.

BUENAVENTURA.— ¿De verdad que quieren quedarse aquí?

MELITON.— Lo tengo decidido.

BUENAVENTURA.— Pero hay que preguntarle el parecer al Huacho también. Por algo somos socios. ¡Eh chiquillo! ¿no es verdad que tú también quieres seguir?

HUACHO.— Estoy cansado.

BUENAVENTURA.— ¿Y qué hay con eso?

HUACHO.— Parece que no fuéramos a ninguna parte con tanto que nos movemos.

BUENAVENTURA.— No somos hombres de ancla.

MELITON.— Tiene razón el chiquillo. Aquí nos quedamos.

BUENAVENTURA.— Pero...

MELITON.— Nos quedamos aquí y aquí probamos suerte. ¿Cuánta plata nos queda, Sebastián...? ¡Sebastián...!

HUACHO.— Mande...

MELITON.— ¿Cuántos cobres te quedan en la alcancía?

HUACHO.— Ayer quedaban doscientos.

BUENAVENTURA.— Sí, y el año pasado tres mil.

MELITON.— ¿Cuánto?

HUACHO.— Si le sacamos los doscientos que gastamos anoche...

BUENAVENTURA.— No queda ni un cobre.

MELITON.— Por eso lo mejor es quedarse. Aquí no nos puede ir peor que en otra parte.

BUENAVENTURA.— No me gusta nada por aquí.

MELITON.— (*Al Huacho*): Eh, chiquillo, ayúdame a descargar el tambor y ganémosnos por este ladito... ¡Cuidado con los platillos! Acuérdate que son de oro.

BUENAVENTURA.— (*Con sorna*) ¿De oro?

MELITON.— Claro. Eran de mi bisabuelo. Y en ese tiempo todas las cosas amarillas eran de oro. *(Mientras los músicos se instalan y los campesinos siguen circulando, aparece Oliverio Pastor. Es un profesor primario, vestido de oscuro, un poco calvo con los hombros espolvoreados de caspa y una cinta que indica un luto, reciente o antiguo y olvidado, en torno al brazo. Avanza leyendo un libro y cruza entre los demás sin darse verdaderamente cuenta de que la plaza está llena).*

YERBATERO.— ¿Qué viene leyendo tan interesado, don Oliverio?

OLIVERIO.— Esto de los Hemípteros.

YERBATERO.— ¿De quiénes?

OLIVERIO.— De las mosca, pues. ¿Sabía que sólo viven veinticuatro horas?

YERBATERO.— Y tanto que joden ¿no? para lo poco que viven digo...

OLIVERIO.— Pero hay algunas tan bonitas. Esas que tienen el cuerpo como un pedazo de botella, por ejemplo, con una llama azul adentro.

YERBATERO.— Esas que meten tanto ruido?

OLIVERIO.— ¿Y? ¿Me conseguiste las mariposas que te pedí?

YERBATERO.— Yo las veo no más, don Oliverio. No las cazo. Yo trabajo en yerbas.

OLIVERIO.— ¿Pero que te habría costado pillarme un par para la colección? Son de las pocas que me faltan. Se llaman Lynomorfias Tórpidas.

YERBATERO.— ¡Ah!

OLIVERIO.— Y se dan nada más que acá.

YERBATERO.— La próxima semana se las traigo. Claro que le van a salir más caras que el boldo. Una planta se agarra y se saca. Un bicho en cambio hay que esperarlo y casi siempre se arranca.

OLIVERIO.— No te olvides no más. Yo te las pago. *(Saluda y se aleja leyendo el libro).*

YERBATERO.— Habrase visto... tan crecido y coleccionando bichos. Tiene las paredes de la pieza llenas y unos frascos con algodones y moscas de to-

dos colores... Cada uno con su gusto. (*Y se aleja pregonando*) Yerbas... las buenas yerbas... etc.

BUENAVENTURA.— (*Al loro que está en la jaula*): Oye, Pepito; Pepito! sabís que más... ahora me echaría un plato de porotos al cuerpo y un litro de tinto... ¿ah? Si parece que se pusiera más verde nada más que con pensarlo. Con razón te querías quedar en ese pueblo. ¿Te acuerdas cuando te descolgué del árbol? Ahí tenías sombra, porque había sol. Estirabas el cogote y picoteabas los plátanos. Esa si que era vida ¿no? ¿Quién nos mandaría engancharnos con éstos? ¿Quién? Si no hay ni que mirar por estos lados... (*Cerca del lugar donde se encuentra, pasa Juan Buey, una campesina de unos veinticinco años trae un canasto*) ¡Hola, m'hijita! ¿Dónde va tan apurada? (*La sigue entre los demás*) ¡Y tan linda que l'han de ver! ¿Qué lleva en el canasto? ¿Que le comieron la lengua?

MELITON.— ¡Buenaventura! Vente que vamos a empezar...

(*Mientras los músicos se preparan. Fanor interpela a Oliverio*).

FANOR.— ¿Qué me cuenta, don Oliverio?

OLIVERIO.— (*Levanta la mirada del libro*): Aquí estoy con los chiquillos, pues.

FANOR.— ¿Cuáles chiquillos?

OLIVERIO.— Este rebaño, mis alumnos. Vamos al campo a tomar aire y a estudiar de lo vivo. Saluden niños... (*Se da vuelta para mostrárselos y se da cuenta que nadie lo acompaña*): ¡Bah! ¿Dónde se habrán metido? Salí con ellos del colegio; pero se lo pasan arrancando.

FANOR.— ¿No se le vayan a perder de veras?

OLIVERIO.— Eran los chicos, esos nunca se pierden de verdad.

FANOR.— Ya decídase y déjese ver la suerte. ¡Pase la mano y los diez pesos...! Y ahora, Ana, dime lo que ves en la mano de este señor.

ANA.— (*Después de un momento de silencio*): El caballero que ha permitido su mano tiene por

nombre Oliverio. De profesión: profesor. De sexo: masculino. Y de perspectivas: muchas.

FANOR.—¿No lo ve?

ANA.— El caballero que ha permitido su mano piensa recibir noticia pronto...

OLIVERIO.— No, si yo no...

FANOR.— A mi, don Oliverio, pregúnteme a mi.

OLIVERIO.— Si yo no quiero preguntar nada.

FANOR.— ¿No ve que la adivina está en trance, y no me oye sino a mi? (*A Ana con tono distinto*): El caballero de nombre Oliverio, pregunta de qué noticia se trata.

ANA.— El caballero recibirá noticia de viaje... y viajará, pero no por dinero sino por seguir.

OLIVERIO.— ¿Por seguir qué?

FANOR.— Otra pregunta quiere hacer el señor de nombre Oliverio...

ANA.— (*Interrumpiendo empieza a recitar*):

El que busca encontrará
y buscando viajará
y viajando llegará
a encontrar su gran verdad.

OLIVERIO.— ¿Qué dice?

FANOR.— Ana... Ana... ¿Me oyes? Ana.

ANA.— (*Sigue recitando*):

Estrella veo
como un deseo
Estrella veo
y en ella creo
sin otra pena...

FANOR.— (*Interrumpiéndola*): Está cansada. Lo mejor es que esperemos un rato.

OLIVERIO.— Es que usted la hace trabajar mucho, don Fanor. Estos asuntos del cerebro son agotadores.

FANOR.— Sí. Así debe ser. Tome... aquí tiene su imagen de San Buenaventura mientras tanto.

OLIVERIO.—Allí parece que veo a mis alumnos. No vaya a ser cosa que empiecen a hacer barrabasadas... (*Se aleja*).

FANOR.—(*Se da vuelta hacia Ana. En voz baja*): ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué son esas tonterías que te lo pasas diciendo? Ana... Contéstame. Diles las cosas que quieren oír, ¿entiendes?, las que les dices siempre... ¡Ana!... ¿Me oyes?

ANA.—(*En voz muy baja*):

Estrella veo
como un deseo
Estrella veo
y en ella creo.

FANOR.—Déjate de tonterías!
(*El Huacho ofrece sus cancioneros y toca su triángulo. La muchacha que acompaña a la religiosa, deja a ésta conversando con una vendedora y se acerca al Huacho*).

MUCHACHA.—¿Qué es eso?

HUACHO.—Un triángulo. Lo hice yo mismo.

MUCHACHA.—(*Mostrando los cancioneros*):
¿Y eso?

HUACHO.—Cancioneros... ¿Quiere comprar uno?

MUCHACHA.—¿Qué más vende?

HUACHO.—Poco por el momento. Hay cancioneros, estos juguetes japoneses (*muestra una pelota amarrada a un elástico que hace saltar*): y también queda un sobre con zahumerio.

MUCHACHA.—¿Qué es eso?

HUACHO.—Un polvo que se quema y da olor.

MUCHACHA.—¿Y para qué sirve?

HUACHO.—Ayuda. Ayuda a pedir cosas.

MUCHACHA.—¿Cómo te llamas?

HUACHO.—Sebastián. ¿Y tú?

RELIGIOSA.—(*Desde lejos*): ¿Por qué te quedaste aquí? Vamos, mi hijita. Se está haciendo tarde.

MUCHACHA.—Bueno, madre.

RELIGIOSA.—Vamos... vamos, que mañana tenemos viaje por delante.

HUACHO.—¿Se va?

MUCHACHA.—Mañana nos llevan a ensayar el nacimiento.

HUACHO.—¿Adónde?

MUCHACHA.—A otro convento. Es lejos de aquí.

RELIGIOSA.—(Acercándose): Vamos, pues, mi hijita. ¿Qué está comprando?

MUCHACHA.—Nada, madre.

HUACHO.—¿Y no la voy a volver a ver?

RELIGIOSA.—(Tomándola por un brazo): Te he dicho que no te separes de mi. Estas ferias son muy peligrosas. ¿Qué es lo que te pasa?

MUCHACHA.—Nada, madre. ¿Por qué?

RELIGIOSA.—Estás tan rara. Como si hubieras visto algo.

MUCHACHA.—¿Qué?

RELIGIOSA.—¡Qué se yo pues! lo que ven ustedes las chiquillas. ¿Quién es ése con quien estas hablando?

MUCHACHO.—No sé, madre.

HUACHO.—(Mientras la ve alejarse): ¿Cómo te llamas?

(Pero ya la muchacha y la religiosa han desaparecido. Los músicos comienzan a tocar con gran animación. El centro de atención se ha establecido en torno a ellos. Gritan algunos; rien otros y flota en el aire un algo de fiesta. En ese momento desemboca en la plaza un cortejo funerario. Los deudos, tres hombres que llevan el ataúd, visten de negro y tras ellos avanzan mujeres de negro también. Las mujeres llevan el rostro cubierto por velos espesos y dos de ellas lloran sin cesar. Sobre el ataúd hay cruces de papel plateado y coronas de flores de cardo violeta. Llegan como una sombra súbita y de inmediato se establece el silencio. La mujer que no

llora se acerca a uno de ellos y le susurra algo al oído. Mientras tanto dos vendedoras comentan.

Comienza a oscurecer.

VEND. I.— Debe ser el salteador. Ese que llamaban el Tordo.

VEND. II.— ¿El que balearon ayer en el cerro Grande?

VEND. I.— Dicen que murió torcido como una culebra.

VEND. II.— Así había de ser cuando era tan re malo. Si ni a los pobres respetaba.

VEND. I.— Menos mal que ahora lo van a enterrar. (*Señalando a la mujer que se ha separado de los otros*): ¡Esa debe ser la madre!

VEND. II.— Pobrecita...

(*El hombre a quién la mujer habló, se separa del cortejo y se acerca a los músicos*).

HOMBRE.— ¿Quién es el que manda?

MELITON.— Diga...

HOMBRE.— Queremos que siga con nosotros.

MELITON.— ¿Con el cortejo?

HOMBRE.— Sí. Quería un funeral con banda y no pudimos conseguir una.

MELITON.— ¿Quién quería?

HOMBRE.— El finado. Póngase a la cabeza y toque algo triste.

MELITON.— No... no podemos.

HOMBRE.— Plata hay. La que pidan.

MELITON.— No es por eso.

HOMBRE.— ¿Entonces?

MELITON.— No podemos.

BUENA VEN.— Pero, don Melitón, si nos están ofreciendo plata.

MELITON.— No vamos a ir.

BUENA VEN.— ¿Por qué?

MELITON.— Porque no somos banda de entierro.

BUENA VEN.— Y eso qué importa cuando se anda sin un cobre.

MELITON.— *(Con cierta fuerza a Buenaventura)*: No vamos a ir. *(Al hombre)*: Lo lamento, oiga, y lo ayudamos a sentir.

(El hombre se vuelve al cortejo y habla en murmullos con la mujer. Deciden entonces seguir y el cortejo atraviesa como una corriente oscura por el centro de la plaza y se pierde. Los músicos vuelven a sus instrumentos. La música se reinicia; pero algo ha quedado en el aire; un desanimo, una especie de tristeza que hace que los campesinos se retiren. Guardan las mercancías en las carretelas y se van alejando del lugar donde los músicos tocan. Poco a poco la luz sigue decreciendo).

VENDEDOR I.— Parece que fuera a llover.

VENDEDOR II.— ¡Qué va a llover! Mire el cielo; más limpio que un mantel.

VENDEDOR I.— ¿Y esta oscuridad que cae entonces?

VENDEDOR II.— Será la tinta que dejó este entierro. Dicen que la sangre de los malos tiñe hasta el aire.

(Ya se han ido yendo todos, salvo los músicos que siguen tocando y Fanor que recoge su mercadería junto a Ana. Al ver que los demás parten, los músicos interrumpen la melodía y sale el Huacho a perseguirlos extendiendo su sombrero).

BUENAVENTURA.— Un pesito para la música... un pesito, caballero... un pesito señorita...

HUACHO.— Para los músicos... Para alegrar el alma de los músicos.

(Vuelve con el sombrero vacío. Los músicos se quedan desilusionados y tristes. Es de noche completa).

MELITON.— Eh, Buenaventura, ¿te dieron algo?

BUENAVENTURA.— Ni siquiera para hacer sonar el tarro.

MELITON.— Algo nos está pasando.

BUENAVENTURA.— Son estos pueblos. A la gente nada les baila en la sangre. Vienen a comprar y se van. Parece que ya no tuvieran ganas de entretenerse.

MELITON.— Antes las cosas eran distintas. Ahora la gente no halla a qué agarrarse y como no les gusta algo en lo que hay que creer, ni se empeñan en buscar. Por eso que ni nos miran. No se me ocurre qué podemos hacer.

BUENAVENTURA.— (*Al Huacho*): ¡Eh, chiquillo! ¡Mira cómo me suenan las tripas!

HUACHO.— De hambre será.

BUENAVENTURA.— ¿Y de qué sino?

HUACHO.— A mi no me asusta el hambre.

BUENAVENTURA.— De veras que fuiste monaguillo! Dicen que esos apenas prueban la comida.

HUACHO.— No es verdad. ¡Lo que pasa es que éramos pobres!

BUENAVENTURA.— Por lo menos serías más rico que ahora.

HUACHO.— ¿Qué ahora?... A lo mejor. No sé. Siempre me ha faltado algo.

BUENAVENTURA.— No necesitas decírmelo, chiquillo! Ganas son las que te faltan.

HUACHO.— No, no es eso.

BUENAVENTURA.— ¿Qué entonces?

HUACHO.— Me falta algo... o alguien. No sé...

MELITON.— ¿Y en qué se han quedado conversando ahí? Lo mejor será recoger los monos y seguir.

BUENAVENTURA.— Volvamos para el Norte mejor.

MELITON.— ¿Qué siempre te sientes mal?

BUENAVENTURA.— Hambreado me siento y no muy bien... Todavía en el día pasa. Pero en las noches cuando cae esa garúa...

HUACHO.— ¡Qué garúa!

BUENAVENTURA.— Una que cae de este mismo cielo. ¿Cortamos para el Norte entonces?

(Comienza un leve ruido que aumenta hasta que la estrella se hace visible).

MELITON.— Supongo que para el Norte será mejor.

HUACHO.— ¡Miren, miren! ¡Vengan! ¡Vengan a ver!

BUENAVENTURA.— No te decía que no andaba bien?

MELITON.— Deben ser las noches tan heladas. No está acostumbrado.

HUACHO.— ¡Vengan, pues! ¡Miren... allá... ¿La ven?

BUENAVENTURA.— *(Sin mirar)* ¿Qué cosa?

HUACHO.— Esa estrella... Allá...

MELITON.— *(Al Huacho)*: Y qué hay, si en las noches siempre se ven las estrellas.

BUENAVENTURA.— A lo mejor se nos pone a difariar.

MELITON.— Sería lo único que nos faltaba.

HUACHO.— ¿La ven?

BUENAVENTURA.— *(Acercándose a él)*: Sí, sí, pero vamos andando.

HUACHO.— ¡Mírela!

BUENAVENTURA.— ¿Y qué... ¡oh!... *(Pero se interrumpe, él también permanece inmóvil y a su vez llama)*: Don Melitón... don Melitón...

MELITON.— ¿Qué pasa?

BUENAVENTURA.— Acérquese. Venga a ver.

MELITON.— Ya está bueno que dejen de estar mirando estrellas. Vamos caminando.

BUENAVENTURA.— ¡Mire don Melitón!

MELITON.— Buen dar...

(La luz de la estrella se hace visible al centro del escenario, los tres están en los practicables de espaldas al público. Sus siluetas se recortan en contraluz).

HUACHO.— *(Después de un tiempo)*: ¿No les decía yo?

BUENAVENTURA.— ¿Tú crees que será?

HUACHO.— ¿Qué cosa?

BUENAVENTURA.— Estrella.

HUACHO.— ¿Y qué sino?

BUENAVENTURA.— ¿Qué se yo, pues?

HUACHO.— Es una estrella. Tiene forma de estrella. Brilla y alumbra como una estrella. Tiene que ser una estrella.

BUENAVENTURA.— Pero es tan regrandaza y brilla más que una estrella y... (*La voz se le ahoga en la garganta*).

MELITON.— ¡Se mueve! (*Un silencio*).

LOS OTROS.— ¡Se mueve, anda! (*Pausa*).

MELITON.— Se mueve, tenemos que seguirla.

BUENAVENTURA.— ¿Por qué?

MELITON.— Porque cuando una estrella se mueve hay que seguirla.

BUENAVENTURA.— Las cosas que se le ocurren.

HUACHO.— Porque es grande, porque brilla, porque está en el cielo. . .

MELITON.— Y porque se mueve.

BUENAVENTURA.— Porqué no nos fuimos detrás del entierro mejor? También se movía.

MELITON.— Ya te lo dije. (*A Buenaventura mostrando el organillo*): ¡Ven a ponerte ésto!

HUACHO.— No será la misma que dijo la adivina?

BUENAVENTURA.— ¿Y si yo no me fuera?

MELITON.— Te quedas.

BUENAVENTURA.— ¿Y no somos socios? Hay que preguntarle la opinión a cada uno.

MELITON.— ¿Has firmado algún papel? Somos socios de palabra. Y el que no está a gusto, se va.

BUENAVENTURA.— Pero somos tres. Por lo menos hay que juntar dos votos. ¿Qué opinas tú, chiquillo? ¿La seguimos o nó?

HUACHO.— Yo digo lo que don Melitón. Sigámosla.

BUENAVENTURA.— Ya sabía yo que este huailén me iba a fallar...! Y tú quieres seguirla, por que lo dijo la adivina.

HUACHO.— No; porque se mueve y porque está ahí. Hasta ahora hemos andado caminando como ciegos a manotones... Eso... (*Indicando el cielo*) por lo menos es una dirección.

BUENAVENTURA.— Pero miren hacia dónde se mueve. Va hacia allá.

HUACHO.— ¿Y qué hay con eso?

BUENAVENTURA.— Hacia allá están los cerros.

(*Empiezan a recoger sus cosas*).

HUACHO.— Claro, vamos a los cerros.

BUENAVENTURA.— Pero en los cerros hace más frío.

MELITON.— Algo hay que perder.

BUENAVENTURA.— ¿Para qué?

MELITON.— Para ganar algo.

BUENAVENTURA.— ¿Pero qué es lo que vamos a ganar?

MELITON.— Vamos a seguir la estrella.

BUENAVENTURA.— ¿Y?

MELITON.— Y en el camino lo descubriremos.

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

MELITON.— Lo que vamos a ganar.

HUACHO.— Ya, pues, miren que apenas se divisa.

MELITON.— ¡Vamos!

BUENAVENTURA.— Bueno... vamos... Pero si por el camino no descubrimos nada, me vuelvo... Mire que andar siguiendo estrellas...

(*Suben los practicables para desaparecer por el camino más alto. Salen los tres. Pequeña pausa. El ciego emerge de las sombras por lateral derecho, primer plano, y canta con su guitarra*).

CIEGO.— (*Cantando*):

Cuenta así por contarlo

Qu'es una plaza este mundo

Con cuatro entradas y un rumbo
No siempre fácil pa'hallar
Y complicado pa'andarlo
Pero en la noche profunda
busca esa luz que te inunda
Sigue una estrella porfiada
Abre las puertas cerradas
Cruza los puentes que abundan.

(Termina su canción y atraviesa el escenario golpeando con su bastón el piso. Vuelve a esconderse el ciego en las sombras. Entretanto los músicos entran por el practicable más alto del lado contrario al que salieron, atraviesan y sus siluetas se recortan. Van peregrinando. Al terminar de atravesar y detrás de ellos y siguiéndolos viene Fanor con Ana que atraviesan por el mismo camino hasta desaparecer. Se oye entre cajas un comentario, es la discusión por la venta del organillo, entran y con ellos una luz. Discuten).

FANOR.— Bueno, ¿se decide, compadre?

BUENAVENTURA.— No sabe lo que me cuesta.

FANOR.— Le estoy ofreciendo buen precio.

BUENAVENTURA.— Si no fuera por el hambre que tengo.

FANOR.— No va a encontrar ni un alma que le dé dos mil pesos por esa caja que ya ni suena.

BUENAVENTURA.— ¡Claro que suena! ¡Pruébela si quiere!

(Fanor trata de dar vuelta la manivela pero no logra arrancar ni un sonido).

FANOR.— ¿No vé, pues? Tiene la cuestión trancada.

BUENAVENTURA.— ¡Qué va a estar trancada! Es que tiene maula. A ver, déjeme a mí... *(Da vuelta la manivela y arranca un sonido lastimero)*
¿No vé?

FANOR.— Eso más que música, parece quejido.

BUENAVENTURA.— Es que tiene pena por la separación.

FANOR.— ¿Me lo vende, entonces?

BUENAVENTURA.— No me queda otra. Estoy embarcado en la aventura con éstos. (*Señala a sus compañeros*) y tenemos que seguir.

FANOR.— Mil quinientos dijimos entonces.

BUENAVENTURA.— ¡Epale! Dos mil habíamos dicho. No se venga a aprovechar de los hambrientos, don Fanor.

FANOR.— ¡Cómo se le ocurre! Dos mil entonces. Por aquí tengo unos billetitos nuevecitos.

BUENAVENTURA.— ¿Y ustedes a dónde van?

FANOR.— (*Mostrando a Ana*): La llevo al Hospital. Siempre sigue con sus cuestiones. Si no fuera por eso, me iría con ustedes, a la busca del tesoro, porque es tesoro ¿no es cierto? (*Buenaventura no contesta*) ¡Aquí están! Nuevecitos ¿ve? Yo soy como hacha para los tesoros. Llego al lugar, pongo el ojo...

BUENAVENTURA.— (*Contando*): Quinientos me faltan.

FANOR.— ¿Quinientos? Y cómo me fuí a equivocar... Claro que como son tan nuevos se quedan pegados. Aquí están los otros... (*A los otros dos*): ¿Y ustedes? ¿No tienen nada para vender?

HUACHO.— ¿Y qué nos va a comprar? ¿Qué no vé que estamos pelados?

FANOR.— A don Meliton todavía le queda el tambor. Por él a lo mejor, me interesaría.

MELITON.— El tambor no se vende.

FANOR.— Todo se vende en la vida, don Meliton, todo. Es cuestión de ponerse de acuerdo en el precio.

MELITON.— Este tambor no se vende.

FANOR.— Bueno, pues, no se ofenda. A ver, porqué no me da una manito con el instrumento. Hasta la bajadita de la loma no más.

BUENAVENTURA.— Es que tenemos que seguir.

FANOR.— Usted es joven, pues. Ayúdeme hasta allá y vuelve.

BUENAVENTURA.— Bueno. (*Al ir a cargar el instrumento mira por última vez al loro*). Mejor que te vayai. Aquí hace frío y no hay árboles con sombra como los que te gustan... Quería decirte... Bueno... chao... (*Carga el instrumento en sus hombros y salen*).

FANOR.— Ustedes parten para allá entonces. Es para allá que van a buscar la cuestión esa.

MELITON.— A lo mejor.

FANOR.— Voy a dejar ésta (*Señalando a Ana*) al hospital y quizás vuelva.

MELITON.— Ya no estaremos aquí.

FANOR.— Podría ayudarlos, traer comida y además tengo algunos pesos.

MELITON.— Estamos bien así.

FANOR.— Como quiera. No les vaya a pesar después. Vamos, Ana...

(*En el momento en que van salir, Ana se da vuelta hacia ellos y con voz muy débil pronuncia la frase que ha estado murmurando entre dientes desde que se encontraron*).

ANA.— Estrella veo
y en ella creo
Sigue la estrella
síguela...

FANOR.— Ya, déjate de estar hablando. ¿Que no ves que estamos demás? Uno les hace el favor y así es como...

(*Ya han desaparecido tras Buenaventura*).

HUACHO.— (*Mirando los objetos que les quedan*): Ya es poco lo que nos va quedando.

MELITON.— Así es.

HUACHO.— Ojalá alcancemos a llegar antes. Antes que nos agarre el hambre, quiero decir.

MELITON.— Este tambor era de mi bisabuelo.

HUACHO.— Quiero decir, que la estrella nos lleve a alguna parte.

MELITON.— Hay cosas que no se pueden vender.

HUACHO.— Lo mismo pienso, don Melitón. Debe haber.

MELITON.— Yo nunca conocí una casa. Un techo. ¿Me comprendes? Cuatro paredes y un techo. Mi abuelo era artista. Mi padre también y todos lo han sido, de padres a hijos, como si nos fuéramos entregando algo los unos a los otros. Como siempre viajábamos, nunca tuvimos una casa. Un pedazo de tierra ¿me comprendes? Algo que uno se pare a mirar y diga: Esto es mío. Pero junto con el trabajo nos fuimos traspasando algunas cosas. Este tambor, por ejemplo, este tambor con sus platillos de oro. Nací viéndolo apoyado en la espaldá de mi padre o en un rincón de la pieza que ocupábamos o contra un árbol cuando teníamos que dormir a cielo descubierto. ¿Me comprendes? Este tambor es como si fuera mi casa. . .

HUACHO.— Me gustaría. . .

MELITON.— ¿Qué cosa?

HUACHO.— Tener algo así. Algo que me recordara algo. Algo que durara.

BUENAVENTURA.— (*Entrando por donde salió*): ¡Ya está! Allá se fue ese mugriento con todo lo que nos ha ido robando!

(*Se escucha una voz lejana que repite como un eco:*
"Chao. . . Chao. . .")

HUACHO.— Debe ser el lorito.

BUENAVENTURA.— El es. . .

(*Hay un momento de silencio. Una débil luz se insinúa*).

MELITON.— Bueno, lo mejor es seguir. Ya está aclarando.

HUACHO.— Así es.

BUENAVENTURA.— Y ahora que tenemos estos pitos no sería mejor bajar al pueblo y echarnos algo al cuerpo?

MELITON.— No hay tiempo.

BUENAVENTURA.— Tengo hambre.

MELITON.— La estrella está para ese lado.

BUENAVENTURA.—Tengo hambre, oiga.

MELITON.— Todos tenemos hambre. Pero hay que seguir.

BUENAVENTURA.— ¿Y de qué me sirvió vender la cuestión esa, entonces?

MELITON.— Ya encontraremos un poblado.

BUENAVENTURA.— ¿Adónde? Si ésto es un peladero.

MELITON.— Preguntaremos.

BUENAVENTURA.— ¿A algún tiuque que pase volando?

HUACHO.— Allá parece que viniera alguien.

BUENAVENTURA.— A ver...

MELITON.— Y viene hacia acá.

BUENAVENTURA.— Y trae un canasto. Pueda ser que sea comida.

HUACHO.— Eh... eh... señorita...!

(Entra Juana Buey. Trae un canasto cubierto por una servilleta y avanza con ligereza. El Huacho es el primero que la ve).

HUACHO.— Oiga...

BUENAVENTURA.— Si hasta me parece conocida.

HUACHO.— ¡Señorita!

(Juana se detiene asustada).

MELITON.— Por favor, señorita, no se asuste.

HUACHO.— ¿Qué es lo que trae en ese canasto?

JUANA.— Nada.

MELITON.— Déjeme hablarle a mí. *(Se acerca a ella)* ¡Buenos días, señorita!

JUANA.— Buenos.

MELITON.— ¿Es éste el camino que lleva al pueblo?

JUANA.— ¿A cuál pueblo?

MELITON.— Al suyo.

JUANA.— Yo no soy nada del pueblo, soy del fundo.

MELITON.— Ah. ¿Y queda muy lejos?

JUANA.— ¿Qué cosa?

MELITON.— El fundo.

JUANA.— No, a la vueltecita de la loma, no más. Mire, no tiene más que seguir derecho, después dob.a, después sigue derecho, después dobla de nuevo y ahí. . .

MELITON.— Ahí está el fundo. . .

JUANA.— No, ahí tiene que seguir derecho de nuevo. Y entonces sí que están las casas.

(Mientras habla, Buenaventura y el Huacho han tratado de levantar la servilleta que cubre el canasto. Meliton los sorprende).

MELITON.— ¡Quédense quietos! Tiene que perdonarlos, señorita. Lo cierto es que tenemos mucha hambre.

JUANA.— ¡Ay, qué lástima que no les pueda dar nada. . .! Estas cosas son para el “piquis niquis”.

MELITON.— ¡Ah!

JUANA.— Voy para el tranque. Los patrones y los niños van a tener un “piquis niquis”. Me mandaron antes con las cosas, porque no cabían en el coche.

BUENAVENTURA.— ¿Y no nos podría dar algo, aunque más no fuera un pedazo de pan?

JUANA.— No traje pan. Está todo hecho sambuche.

BUENAVENTURA.— Y un trago, más que no fuera de agua.

JUANA.— Tampoco hay agua. En los “piquis niquis” los patrones toman aloja. Pero la traen en el coche, porque dijeron que yo podía quebrar las botellas. ¿Ustedes son músicos. . .?

MELITON.— Artistas.

HUACHO.— ¿Le gustaría comprar un cancionero? Tengo todos los nuevos con la letra de las canciones modernas.

JUANA.— Yo siempre me las aprendo de memoria. Como no sé nada leer. . .

BUENAVENTURA.— (*Siempre a la siga del canasto*) ¿Por qué no se sienta con nosotros? Un rato al menos...

JUANA.— Mire, mal no me vendría. La tirada desde las casas es sumamente larga y vengo más cansada que... que...

BUENAVENTURA.— Que un buey...

JUANA.— ¡Bah! ¿Y cómo lo adivinó?

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

JUANA.— Que me llamo así.

MELITON.— ¿Cómo?

JUANA.— Buey.

LOS TRES.— ¡Buey!

JUANA.— Bueno, lo cierto es que me llamo Juana Buey. Me viene de mi taita. El se llamaba Aristides Espinoza; pero el patrón le puso Buey.

BUENAVENTURA.— ¿Y eso no le importa?

JUANA.— Por qué me había de importar. Si era el nombre de mi papá. Y la patrona dice... ¿Cómo es que dice? Dice que lo llevo con soltura, si eso es, porque soy tan quedada como mi taita. ¿Y ustedes qué andan haciendo?

MELITON.— Andamos siguiendo algo.

JUANA.— (*Con desconfianza*) ¡Ah!

HUACHO.— Andamos a la siga de una estrella!

BUENAVENTURA.— (*Hipnotizado por el canasto*) ¿Usted cree que se enojaría mucho su patrona si me como uno de estos huevos?

JUANA.— ¡Ay, no sé! (*Lo mira y se siente trasportada por la mirada del hombre. Buenaventura está muy cerca de ella y la mujer parece sentir su presencia inmediata*). Claro que están contaditos, porque la patrona es muy fijada. (*Vuelve a mirarlo y ahora ya no puede desprenderse de la vista*). Claro que uno... le podría decir que se me cayó del canasto... ¿no le parece?

BUENAVENTURA.— (*Mientras parte con gula el huevo*). Así me parece.

JUANA.— (*A los otros*): Yo nunca he seguido estrellas. La verdad es que nunca he seguido nada,

salvo cuando la patrona me manda perseguir las gallinas que se lo pasan yendo del gallinero. Pero más mejor que no me dé a la conversa, porque soy muy habladora y se me puede pasar la hora y si no estoy en el tranque cuando lleguen las patronas...

HUACHO.— (*Interrumpiéndola*): ¿Y no cree que le podría decir que se le cayeron dos huevos en lugar de uno?

JUANA.— (*Con susto*): ¿De dónde?

HUACHO.— Del canasto, pues.

JUANA.— Ah... Bueno, cómaselo no más. La castellana está ponedoraza. (*Acercándose a Melitón le pregunta*): ¿Y dónde van con esa cuestión?

MELITON.— La vamos siguiendo.

JUANA.— ¡Ah!

MELITON.— Oiga, usted no cree que...

JUANA.— Que le podría decir que se me cayeron tres huevos?

MELITON.— No. ¿Por qué no le dice que se le cayó el canasto entero?

JUANA.— Me mata pues.

MELITON.— Es que a lo mejor no tiene para qué decirselo.

JUANA.— Ah, mire la gracia, como si no me fuera a ver.

MELITON.— Es que a lo mejor no la ve.

JUANA.— ¿Cómo?

MELITON.— ¡Véngase con nosotros!

JUANA.— ¿A la siga del astro? (*El asiente*). Pero si ni siquiera sé donde van.

BUENAVENTURA.— Nosotros tampoco. Pero nos vamos todos juntos y eso es lo que importa.

JUANA.— Ay... tentada estoy... Pero, ¿qué me dirá la patrona? Siempre he hecho lo que ella me dice que haga.

BUENAVENTURA.— Véngase de una vez y olvídense de la patrona.

JUANA.— Es que allá tengo cama y comida. (*Piensa durante algunos segundos, los mira*). ¿Con

ustedes tendría casa y comida? (*Ellos no contestan*)
¡Ah! ¿No ven, pues? Allá en el fundo tengo casa y comida.

BUENAVENTURA.—Algo hay que perder cuando se quiere ganar algo.

JUANA.—¿Y qué es lo que vamos a ganar?

BUENAVENTURA.—Parece que eso se sabe después.

JUANA.—¡Ay! Estoy sumamente tentada, no crean que no.

BUENAVENTURA.—Véngase entonces.

JUANA.—Ganas no me faltan.

HUACHO.—¿Y qué espera...?

JUANA.—Sí, pues, qué es lo que espero...

BUENAVENTURA.—¡Anímese!

JUANA.—(*Mira a Buenaventura, nuevamente se siente atraída*). Bueno, pero con una condición.

BUENAVENTURA.—Nada de condiciones.

(*Le arrebatan el canasto y corren a sentarse en un lugar donde se aprontan a comer. Juana está en el centro. Ríen. Gritan*).

JUANA.—Con una condición, oiga...

BUENAVENTURA.—Nada de condiciones. Acuérdesse que hay que perder algo.

HUACHO.—Claro, para ganar lo que se quiere ganar.

JUANA.—Ya, pues, déjenme algo a mí.

BUENAVENTURA.—Pero si usted debe haberse tomado su desayuno.

JUANA.—No había salido nada el pan todavía y cortada de hambre ando.

HUACHO.—Coma no más, hay para todos.

JUANA.—Es que no dejan ni ver.

BUENAVENTURA.—Ya no se queje más y coma. (*Le pasa la presa de pollo que él había estado comiendo*). Tome.

JUANA.—Perro no soy, oiga. Estos son puros huesos.

BUENAVENTURA.—Partamos el otro pollito entonces. (*Risas de todos*).

HUACHO.—Nunca había comido uno mejor.

JUANA.—De los huevos de la castellana, pues.
(*De pronto se inmoviliza*) ¡Ay! ¿Qué me irá a decir la patrona?

MELITON.—Nada, porque no la va a volver a divisar. (*Risas*).

JUANA.—Tiene razón. ¡Me siento tan bien! y tan contenta! Si hasta ganas de cantar tengo.

BUENAVENTURA.—¿Y en qué topa?

JUANA.—Es que nunca he sabido. (*Se avergüenza después de esta confesión súbita*). Siempre he querido y nunca he sabido.

HUACHO.—Yo le voy a enseñar.

BUENAVENTURA.—¡Epale! Yo le voy a enseñar. No hay mejor profesor que este pechito.

JUANA.—De muy cerca viene la recomendación.

BUENAVENTURA.—Pruebe, pues, y si no le gusta le devuelto la plata. (*De inmediato empieza a entonar la melodía que ha estado vibrando en el aire*).

El que ganar quiere algo
listo estará pa'perder
porque en la vida, mi vida,
siempre tendrás que escoger,
ya que si gano.

MELITON Y HUACHO.—(*Juntos*): ¡Perdiendo!

BUENAVENTURA.—Gano las cosas...

MELITON Y HUACHO.—Sabiendo.

JUANA.—Miren que bonito, ¿no?

BUENAVENTURA.—Usted ahora, repita: el que ganar quiere algo.

JUANA.—El que... ganar... quiere.. algo...

BUENAVENTURA.—Listo estará pa'perder.

JUANA.—(*Con más confianza*): Listo estará pa'perder.

BUENAVENTURA.—:

Porque en la vida, mi vida
siempre tendrás que escoger.

JUANA.— Eso sí que no lo entiendo.

BUENAVENTURA.— ¿Y qué importa si es canción no más? (*Risas*).

(*Empiezan nuevamente a cantar la canción. Juana se equivoca y la canción termina en un perseguirse y risotadas*).

JUANA.— (*Estallando con euforia al final*): ¡Qué bien me siento! ¡Qué contenta estoy! ¡Si hasta puedo cantar! (*Y vuelve nuevamente a cantar un verso de la canción con voz aguda y destemplada*): ¿Me oyeron? Puedo cantar... puedo cantar! Allá en las casas los chiquillos me perseguían gritando: ¡Juana Buey...! cantas como buey... ¡Eso es verso! ¿sabe? ¡Si me oyeran ahora!

MELITON.— ¡Bueno! ¡Nos vamos a tener que ir yendo!

JUANA.— Y por qué no se quedan un rato más. Lo estamos pasando tan bien.

BUENAVENTURA.— Pero si usted se viene con nosotros.

JUANA.— ¿Con ustedes?

BUENAVENTURA.— ¿Qué ya se nos echó para atrás?

JUANA.— Me han entrado todas las dudas.

HUACHO.— Yo creí que se había decidido.

JUANA.— No es tan fácil. Allá tengo una pieza, una cama, una patrona que me dice lo que tengo que hacer. Y acá...

BUENAVENTURA.— Acá me tiene a mí, pues.

JUANA.— Allá tengo un lugar que conozco y un asiento en la mesa. Y acá...

HUACHO.— Acá nos tiene a todos. (*Risas*).

JUANA.— ¿Pero será para siempre? No vaya a ser cosa que me dejen botada por ahí.

MELITON.— Mírenos... ¿Nos halla cara para eso?

(*Los tres hombres están de pie frente a ella. Juana los mira*).

JUANA.— (*Después de un tiempo*): Ya. Me decidí. (*A Buenaventura*): ¿Y usted no me dice nada?

BUENAVENTURA.— ¡Yo ya lo sabía!

JUANA.— ¡Mírenlo!

(*Salen cantando y riendo, cuando se escuchan las voces que llaman desde un coche que pasa a lo lejos, las de los patrones*).

VOCES.— ¡Juana, ¡Juana!

JUANA.— ¡Ya voy! (*Toma el canasto, mira a sus compañeros y murmura entre dientes*): ¡Ya voy, ya voy!

(*Cuando han desaparecido, también por arriba y por el otro lado aparece el ciego y canta*):

CIEGO.— (*Cantando*):

El que ganar quiere algo
Listo estará pa'perder
Porque en la vida, mi vida
Siempre tendrás que escoger.
Ya que si gano perdiendo
Gano las cosas sabiendo.

(*Termina de cantar el ciego y comienza a anocheecer. Los peregrinos han dado vuelta por detrás de la panorámica. Es de noche. A lo lejos se escuchan algunos truenos. Contra la panorámica se perfilan los personaje que avanzan. Vienen hablando. Entran por el practicable de abajo*).

JUANA.— ¿Qué es eso?

MELITON.— Truenos que andan entre los cerros.

BUENAVENTURA.— (*Mirando el cielo*): ¡Puchas! Me cayó una gota.

JUANA.— ¿Adónde?

BUENAVENTURA.— Aquí en la nariz. ¿No me la ve? De seguro que se va a largar a llover.

JUANA.— ¿Y nosotros? ¿Nos quedamos a cielo descubierto?

BUENAVENTURA.— No, pues, mi hijita, si le andamos trayendo un paraguas en el bolsillo. (*Esboza un gesto como si quisiera abrazarla*).

JUANA.— Ya pues, déjese.
MELITON.— Será mejor que acampemos por acá. El aguacero es seguro.
HUACHO.— Allá hay unas rocas para allegarnos. Y podemos encender un fuego.
MELITON.— Buena idea. (*Sale*).
JUANA.— Ya va siendo hora de comer.
BUENAVENTURA.— Hora será; pero de ahí que comamos. . .
VOZ DE MELITON.— ¡Sebastián!
HUACHO.— Mande. . .
VOZ DE MELITON.— Ven a ayudarme a descargas las cosas. (*Huacho sale*).
BUENAVENTURA.— No sea arisca.
JUANA.— Arisca soy, porque así me enseñaron a portarme con los frescos.
BUENAVENTURA.— Le enseñaron mal.
JUANA.— ¿Ah, sí? ¿Y usted me va a aprender?
BUENAVENTURA.— Claro, pues, ¿no le enseñé la canción? ¿No soy buen profesor?
JUANA.— Ya, pues, déjese. Si me va a cantar otra canción, cántemela.
BUENAVENTURA.— Para cuando quiera. Se la escribí a usted.
JUANA.— ¿A mi?
BUENAVENTURA.— De principio a fin.
JUANA.— ¿Y cómo dice?
BUENAVENTURA.— Dice:
Siento que el aire esta noche
viene con mar y con sal
veo que el cielo esta noche
brilla como un raudal. . . Déjeme si-
quiera la manito. Eso no le puede hacer mal.
JUANA.— La patrona me ha dicho que no.
BUENAVENTURA.— ¿Qué no qué?
JUANA.— Que no aguante ni que me toquen la mano. Que por ahí empiezan.
BUENAVENTURA.— ¡Bah! Y cuando la gente educada se saluda, ¿no se da la mano acaso?

JUANA.— Es que eso es la gente educada.

BUENAVENTURA.— ¿Y yo qué soy entonces?

JUANA.— (*Después de pensarlo*): Bueno, le doy la mano. (*El se la toma*). Pero agárremela y me la devuelve. Tal como lo hacen los patrones.

BUENAVENTURA.— Después vamos para esas rocas. (*Juana asiente*).
(*Entran Melitón y el Huacho. Han dejado lo que traían junto a las rocas*).

MELITON.— Nos aguantaremos aquí hasta que pase el aguacero. (*Mirando el cielo*): Fuerte parece que va a ser. Las nubes están que amenazan.

JUANA.— No se nos vaya a nublar, oiga. No vaya a ser cosa que se nos pierda el astro.

HUACHO.— Ese no se pierde nunca. Siempre se ve.

JUANA.— ¿Siempre?

HUACHO.— De día y de noche. Y aun cuando va a llover y el cielo está con nubes, siempre hay una esquina por donde asoma. ¿Ve? ¡Allá está! (*Ruido muy leve de la estrella*).

JUANA.— (*Mirando*): ¿Adónde? No la veo... Hay tantísima nube... ¡Ah! (*La ha descubierto y queda muda*): ¡Qué grande! Si parece un hoyo en el cielo. No vaya a ser cosa que se caiga un ángel por ahí.

(*Apenas ha pronunciado estas palabras, se escucha a lo lejos un trueno, luego la luz de un rayo los inmoviliza y una muchacha irrumpe, corriendo entre ellos. A primera vista, y mientras retumba el trueno, parece un ángel, un ángel con el vestido roto y las alas desgarradas. Permanece un instante en el centro de ellos. Parece un pájaro en una jaula. Trata de arrancar, pero los hombres se interponen en su camino*).

JUANA.— ¡Miren!...

BUENAVENTURA.— ¿Quién será?

HUACHO.— ¿Qué le habrá pasado?

MELITON.— Lo mejor es ir a ver.

JUANA.— Espérenme... Con cuidado, déjenme a mi. (*Acercándose*): ¿Qué le pasa mijita?

MELITON.— ¿Adónde va?

HUACHO.— ¿Qué te pasa?

BUENAVENTURA.— ¿Te andas arrancando?

MUCHACHA.— Tengo miedo.

JUANA.— ¿De qué, mi pajarito?

MUCHACHA.— De... de... (*Comienza a llorar. Juana la toma entre sus brazos como a un niño*).

JUANA.— Llore... llore no más, mi hijita. Desahóguese cuanto quiera. Eche su buen llanto que así se deshacen las penas como terrones de azúcar... Eso es, mi hijita...

MUCHACHA.— (*Reponiéndose poco a poco*): ¿No me vienen siguiendo?

JUANA.— ¿Quién, mi hijita?

MUCHACHA.— Los que venían detrás.

JUANA.— Mírenla... si tiembla como un chincolito. ¿Quién venía detrás?

MUCHACHA.— Unos hombres vestidos de negro. Unas mujeres... Estábamos ensayando. Cerca del colegio. Es un nacimiento que hacemos para la Pascua, yo soy el ángel que le avisa a los pastores.

JUANA.— ¿Y entonces?

MUCHACHA.— De repente los vi. Traían un cajón. Negro también. Y se acercaban. Eran como gente mala.

JUANA.— Pero si ese es el entierro, hijita, que anda por estos lados. Pero ya lo meterán bajo tierra y se acabará el mal.

MUCHACHA.— ¿Cierto? Quise gritar, pero tenía un nudo aquí... (*Se toma la garganta*) y no podía. Los hombres venían callados, y las mujeres llorando... no supe qué hacer y eché a correr.

JUANA.— Hizo bien, pues.

MUCHACHA.— ¿No me vienen siguiendo?

JUANA.— Nadie, mi angelito. Y por lo demás nos encontraste a nosotros.

MUCHACHA.— (*Mirándolos por primera vez*):
¿Quiénes son ustedes?

JUANA.— Ellos son artistas y yo soy la Juana Buey.

MELITON.— Lo mejor será que te quedes un rato con nosotros. Juana, cuidala. Mientras iremos a buscar leña para encender un fuego. Vamos... Y después llévatela para... (*Melitón se aleja, Buenaventura lo sigue, el Huacho permanece mirando a la muchacha*): ¡Eh, Sebastián!

MUCHACHA.— (*A Juana*): ¿Me van a llevar de vuelta al colegio?

JUANA.— Te vamos a llevar con nosotros.

MUCHACHA.— Pero es que tengo que volver.

JUANA.— ¿Por qué?

MUCHACHA.— Porque soy el ángel.

JUANA.— Ya no, pues, mi hijita. Si se arrancó, de seguro que han escogido a otra.

MUCHACHA.— ¿Usted cree?

JUANA.— Sí, alguien tiene que haberle ido a avisar a los pastores?

MUCHACHA.— ¿Adónde van?

JUANA.— (*Mientras comienza a desprenderle las alas*): Tras ese astro. ¡Mírelo! Ese que brilla más que los otros. (*La muchacha lo mira. Hay un instante de silencio*): ¿No dices nada?

MUCHACHA.— ¡Chit...! Le estoy pidiendo una cosa.

JUANA.— ¿A la estrella? Pero si no es la primera, mi hijita.

MUCHACHA.— Pero es la más grande que he visto. Y estoy segura que me lo dará. Es demasiado grande para que no me resulte.

JUANA.— ¿Y qué es lo que le pidió?

MUCHACHA.— ¡Chit...!

(*Durante el momento de silencio entra el Huacho. Ella al abrir los ojos lo ve. El Huacho trae algunos palos entre los brazos*).

HUACHO.— (*Después de un tiempo*): ¿Vas a seguir con nosotros?

JUANA.— Claro que sí. ¿No es cierto, mi hijita?

MUCHACHA.— ¿Qué?

JUANA.— Que se va a ir con nosotros, pues.

MUCHACHA.— No sé. . .

JUANA.— Ya pues, déjese de cosas. Mire que si no me voy a enojar y la vamos a dejar sola. (*La muchacha la mira asustada*): Y gánese para acá para que termine de sacarle estas cuestiones.

(*Entra Melitón, trae un atado de leña*).

MELITON.— ¿Todavía están aquí? ¿Qué no les dije que se allegaran a las rocas?

JUANA.— Ya vamos, don Melitón. Ya vamos.

(*Melitón cruza y sale*).

HUACHO.— (*A la muchacha mientras Juana termina de desprenderle las alas*): ¡Vente!

MUCHACHA.— Allá me están esperando.

HUACHO.— Acá también. Te estábamos esperando para que siguieras con nosotros.

JUANA.— ¡Ya está! Las voy a guardar para lavarlas en el primer río que encontremos... Si están buenas todavía. . . (*Inicia mutis hacia el lado donde está Buenaventura*) ¡Y vengan de una vez que si no don Melitón se va a enojar. . . (*Salen*).

HUACHO.— Yo ya te conocía.

MUCHACHA.— ¿Si?

HUACHO.— Te había visto antes.

MUCHACHA.— ¿En la Feria?

HUACHO.— Entonces... ¿tú también te acordabas?

MUCHACHA.— Quiero decir que. . . (*Pero no encuentra palabras para mentir*): Sí Tú estabas en un rincón, tocando ese instrumento. (*Señala el triángulo que cuelga de su cinturón*) y me mirabas todo el tiempo, como si te estuvieras asomando a una ventana chica.

HUACHO.— Quédate. . . ¡Mira! ¿No te ha contado la Juana? Mira lo que andamos siguiendo. ¿La ves? Camina a través del cielo y nosotros la seguimos.

MUCHACHA.— ¿Para qué?

HUACHO.—Para encontrarla. Un día tendrá que aparecer y nosotros alargaremos el brazo... así... (*Indica el astro*) y entre todos la descolgaremos.

MUCHACHA.— ¿Y?

HUACHO.—La habremos encontrado. Tendremos algo ¿me comprendes? Algo que es cierto y que dura siempre. ¿Cómo te llamas?

MUCHACHA.— ¡Angélica!

(*Entre cajas se escucha a Juana y Buenaventura*)

VOZ DE JUANA.— ¿Y para cuándo es la canción?

VOZ BUENAVENTURA.—

Siento que aire esta noche

Viene con mar y con sal

Veo que el cielo esta noche

Brilla como un raudal.

VOZ DE JUANA.— ¡Qué lindo, es para mí!

VOZ BUENAVENTURA.—

Si todo se viste de fiesta

¿Por qué me miras así?

Que es fiesta lo que yo siento

Lo que siento por tí.

VOZ JUANA.— ¡Ay qué lindo! ¿por qué no lo repite para los dos?

VOZ BUENAVENTURA.—

En el silencio quedamos

¡Calla! que el alma calló

Es porque juntos estamos

Juntos los dos, tú y yo.

VOZ JUANA.— ¡Por Dios que me gustó! (*Risas*)

MUCHACHA.— ¿Oyes?

HUACHO.— Es Buenaventura que le está cantando a la Juana.

MUCHACHA.— Parece que estuviera triste.

HUACHO.— Es la canción.

MUCHACHA.— (*Después de un tiempo*). Está tan callado todo.

HUACHO.— Es por la lluvia.

MUCHACHA.— ¿Por qué?

HUACHO.—Después que llueve todo se calla.

MUCHACHA.— ¡Mira el camino! Lleno de posas.

HUACHO.— (*La mira un instante y luego también habla de otra cosa*). Son las huellas de las carretas. El agua las llena siempre.

MUCHACHA.— ¿Y por qué no cantas tu también?

HUACHO.— No tengo con qué.

MUCHACHA.— ¿No quieres cantarme? Así como Buenaventura le canta a la Juana.

HUACHO.— No sé cantar sin instrumento.

MUCHACHA.— ¿Y el triángulo?

HUACHO.— (*Sin querer contestar la pregunta*). ¡Mira! Después de un rato vas a oír cómo la tierra chupa el agua. Se parece al ruido de los grillos.

MUCHACHA.— ¿Y qué hiciste con el triángulo?

HUACHO.— Lo vendí.

MUCHACHA.— ¿Lo vendiste?

HUACHO.— Sí, para poder comer en el último pueblo. Era una de las últimas cosas que nos quedaban. Se lo vendí a Fanor.

MUCHACHA.— ¿Cuál? ¿Un hombre chico con una maleta llena de cosas?

HUACHO.— El mismo.

MUCHACHA.— No me gusta.

HUACHO.— A mi tampoco.

MUCHACHA.— (*Mientras la voz de Buenaventura se pierde, después de un tiempo*). Ahora se quedó callado.

HUACHO.— Angélica, ahora me tienes a mí.

MUCHACHA.— Me gusta cómo se pone el aire cuando acaba de llover. Aquí hay una posa tan grande. (*Ha avanzado hacia la parte anterior del escenario y ahí parece mirar una posa. De pronto se inmoviliza*). ¡Sebastián!

HUACHO.— ¿Qué?

MUCHACHA.— Ven.

HUACHO.— ¿Qué pasa?

MUCHACHA.— Apúrate.
(El Huacho se acerca. Angélica está arrodillada junto a la posa y mira casi hipnotizada su hallazgo. El Huacho saltando entre los charcos, se ha colocado a su lado).

MUCHACHA.— Ten cuidado... ¡Mira!

HUACHO.— ¿Qué?

MUCHACHA.— Ahí al fondo.

HUACHO.— *(Después de mirar y con tono incrédulo y maravillado).* Es la estrella!

MUCHACHA.— ¿Quién iba a pensar que la encontraríamos en esta posa?

HUACHO.— Y tan brillante como en el cielo.

MUCHACHA.— Más brillante y más grande.

HUACHO.— Parece de plata.

MUCHACHA.— Y nosotros que pasábamos mirando el cielo.

HUACHO.— Tan cerca que está.

MUCHACHA.— Y tan quieta. Como si estuviera esperando que alguien la tomara.

HUACHO.— ¡Voy a ir a buscar a los otros...!

MUCHACHA.— ¡Nó! No los vayas a buscar...
Todavía. Nosotros la vimos primero.

HUACHO.— Pero...

MUCHACHA.— Tómala tu antes. Nada más que para mí.

HUACHO.— ¡Angélica!

MUCHACHA.— ¡Sí! ¡Nada más que para mí!
(Durante unos segundos los dos permanecen inmóviles mirándose. El Huacho obedece. Se arremanga e introduce el brazo en el agua del charco. Busca durante algunos segundos y es posible ver cómo su mano palpa el fondo arenoso).

HUACHO.— No la encuentro.

MUCHACHA.— A ver, déjame probar a mí.

(Introduce su mano en el agua y busca. Ahora las dos manos parecen dos peces dentro del agua fría. Dos peces que nadan sin tocarse).

HUACHO.— ¡Qué fría está el agua!

MUCHACHA.— Y el fondo es tan suave...

HUACHO.— ¿La encuentras?

MUCHACHA.— No...

(De pronto las dos manos se encuentran bajo el agua).

LOS DOS.— ¡Aquí!

(Cada uno coge la mano del otro creyendo que es la estrella y la sacan del agua. Se miran durante un segundo, van a reír, pero luego se avergüenzan.

Bajan la vista hacia el charco).

HUACHO.— ¡Mira... ahí está...

(Y los dos comprenden que la estrella no es sino un reflejo en el agua. Miran hacia el cielo y la descubren allá arriba).

MUCHACHA.— Allá...

HUACHO.— Y este no es sino el reflejo.

MUCHACHA.— ¿Por qué no miré antes hacia arriba?

(El cortejo pasa por atrás entre truenos y relámpagos).

HUACHO.— *(Con aprehensión):* ¡Angélica! Una nube la va a cubrir.

MUCHACHA.— Mírala cómo avanza.

HUACHO.— Es una nube negra.

MUCHACHA.— Se parece... se parece... a esos que me persiguieron. ¡No! No quiero que la cubra.

HUACHO.— Ya casi no se ve.

MUCHACHA.— Tengo miedo.

HUACHO.— Se nos perdió.

MUCHACHA.— Sí. ¡Se nos perdió!

(Pausa. Desaparece la estrella. Se escuchan los gritos de Juana. Entra).

JUANA.— ¡Don Melitón! ¡Don Melitón! ¿Dónde está don Melitón?

MELITON.— *(Apareciendo):* ¿Quién me llama?

JUANA.— ¿Vió? ¿Vieron lo que pasó?

BUENAVENTURA.— Una nube grandaza se le puso por delante.

HUACHO.— Y la escondió.

JUANA.— Dios mío... la escondió y ya no se ve.

HUACHO.— No, no se ve...

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer?

BUENAVENTURA.— La nube no quiere moverse. ¡Miren!

JUANA.— ¡Pero miren! Corren que corren las otras. Y ésa se queda.

HUACHO.— Se queda y la esconde.

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer?

TODOS.— ¿Qué vamos a hacer?

(Se apagan las luces y al volver a encenderse sólo se ve al ciego que aparece y canta).

CIEGO.— *(Cantando):*

En la noche que era bella
Se han quedado confundidos
Sin saber por qué ha venido
El cortejo por la huella
A esconderles esa estrella
Más la historia aquí descansa
Y los versos se arremansan
Es un soplo pa' este ciego
Que les dice como un ruego
Vuelvan pronto y sin tardanza.

TELON LENTO

SEGUNDA PARTE

(Se ve atravesar a los personajes por el fondo. Van siempre caminando. Pero ahora la luz ha cambiado. Hay una sombra como la que se encuentra bajo los árboles en los bosques. La Abuela y Perico Burro aparecen. La Abuela trae una de esas casitas para recordar a los muertos, que se ven en los caminos con algunas velas encendidas y otras que encenderá mientras habla. La Abuela está en primer plano. Perico Burro lleva un bonete con orejas de burro).

ABUELA.— Ya pues, Perico.

PERICO.— Me cansé.

ABUELA.— Ya nos queda pco.

PERICO.— Me cansé, le digo.

ABUELA.— Haz un esfuerzo.

PERICO.— Estoy cansado.

ABUELA.— ¡Buen dar con el chiquillo porfiado! Si a veces me dan ganas. . .

PERICO.— La señorita Fresia me dijo que no me sacara este gorro.

ABUELA.— Ese es el gorro de los flojos. De los tontos.

PERICO.— Usted será la tonta.

ABUELA.— Ven, Perico. Mira que luego va a hacerse más oscuro.

PERICO.— Y la señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre.

ABUELA.— Eso te lo dice siempre, porque eres más burro que tu propio padre que se llama Burro por apellido. Ya, pues, Perico. . . Mira si no te levantas y vienes conmigo, capaz que el ánima te venga a penar esta noche.

PERICO.— Yo no creo en las ánimas.

ABUELA.— ¡Ave María Purísima! Qué chiquillo tan descreído. No hay nada más cierto que un ánima. Y la casa de tu padre está llena, porque él tampoco cree y así las criaturas aprovechan para pasarse como ratones por el entretecho. Vas a ver. . . Si no te vienes conmigo a construir la animita ahí donde acriminaron al finado, esta misma noche vendrá a tironearte de los pies. . .

PERICO.— No creo en las ánimas.

ABUELA.— Tú no crees en nada, porque eres un ignorante.

PERICO.— Así es cómo me dice la señorita Fresia.

ABUELA.— Ni siquiera te has podido aprender la lección del ojo. Hasta yo que nunca he sabido leer, me aprendí el ojo.

PERICO.— (*La mira un instante y luego*): ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¿Qué?

PERICO.— ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¡Cara de burro!

PERICO.— ¡Cara de mono!

ABUELA.— ¡Cara de burro!

PERICO.— ¡Cara de mono! Siempre una vez antes que tú, cara de mono.

ABUELA.— (*Se da cuenta que la ha derrotado. Permanece muda durante algunos segundos y luego enhebra sus frases*): Me voy a llevarle la casa a la animita para que tenga donde reposar y no ande merodeando por los caminos y las casas de los cristianos. . . (*Perico permanece imperturbable*): Por algo me dicen la albañila, porque me lo paso ha-

ciendo animitas en todas las partes donde se han acriminado los demás. (*Esta historia la va contando a Perico y al público*). (*Rezo*):

Animita blanca

Animita del camino

Ampara a tus peregrinos

Ayúdalos en el camino. — ¿No conocen estos cerros? En cada vuelta hay una casita con unas pocas flores y una vela que vengo a cambiar una vez a la semana. Cuando sé el nombre del finado, se lo hago escribir al Tuerto Ramón, que no cree en estas cosas; pero le gusta ganarse un par de pesos. Nos venimos los dos de mañanita cuando el sol puntea detrás de la loma. El Tuerto dice que es ése el mejor momento. Entonces saca un vidrio grueso. Lo pone así... y así... (*Va haciendo gestos a medida que habla*): hasta que pesca el rayo de sol, y la madera se va quemando en letras. Yo a veces me siento en el suelo y le miro el ojo a través del vidrio grueso. Se le ve grandazo, como uno de pescado. Y se lo miro mucho rato, porque al Tuerto le gustan los trabajos bien hechos. A veces se demora una mañana entera, o dos, según como esté el sol; pero así el finado queda con nombre y los que pasan pueden rezarle en persona. Y mientras más uno les reza, más se quedan en esas casitas y no vienen a visitarla a una. Es la única manera de mantenerlas lejos, eso o un tambor...

PERICO.— (*Interrumpiéndola*): Un tambor.

ABUELA.— Cállate chiquillo moledera. Si no quieres escuchar esta historia date vuelta para el otro lado. (*Enhebra nuevamente su monólogo*): Un tambor es lo mejor para espantar ánimas. Mira, por el camino, te contaré la historia del finado... (*Nuevamente enhebra su monólogo, mirando al público como si estuviera contando un cuento*): Le decían el Tordo, por el color creo yo. Por lo negra que tenía el alma. Si le robaba hasta a los pobres... Fue salteador desde chico, desde que se arrancó de su casa. Hay gentes que nacen así, con el mal adentro.

PERICO.— ¿Qué hizo, abuela?

ABUELA.— Nada. Ese Tordo era malo, el más malo de todos. Pero una no está para juzgar estas cosas. Una está para consolar a los muertos y hacerles la vida más llevadera a los que no se han podido ir al cielo. Bueno... cuentan que anteayer en el Cerro Grande...

PERICO.— ¿Y cómo sabe que éste no se fue al cielo?

ABUELA.— Raro sería; pero no imposible. Dicen que para todos los arrepentidos están abiertas las puertas del cielo. Pero yo me pregunto si ha tenido tiempo de arrepentirse. Seis carabineros lo andaban buscando, persiguiendo por los cerros. Y un hombre que se arranca no tiene tiempo para pensar en otra cosa... Porque lo cierto es que cuentan, que estando allá en el Cerro Grande...

(Pero interrumpe su relato al ver aparecer el cortejo fúnebre).

HOMBRE.— ¿Queda muy lejos el cementerio, señora?

ABUELA.— A la vuelta de la loma, no más.

HOMBRE.— ¿Y este es el camino?

ABUELA.— No tiene más que seguir derecho. Llega al pueblo, lo atraviesa y a la salidita está el cementerio. No hay como perderse...

HOMBRE.— Gracias, señora. *(Se aprontan para salir pero la abuela los interrumpe).*

ABUELA.— Mire lo que son las cosas. Justamente yo iba a hacerle una animita allá donde cayó.

MUJER I.— Falta le va a hacer, porque éste que llevamos a enterrar es el mal mismo.

ABUELA.— Si quieren los acompaño para mostrarles el camino.

HOMBRE II.— Véngase con nosotros, señora.

ABUELA.— ¡Con lo que me gusta acompañar los muertos!

HOMBRE II.— Véngase con nosotros, señora. El quería un funeral grande.

(La Abuela se vuelve a Perico).

ABUELA.— Vamos, Perico.
PERICO.— Nó.
ABUELA.— Vente, chiquillo.
PERICO.— No me gustan los muertos.
ABUELA.— No seas tonto. Es como ir al des-
file.

PERICO.— No quiero.
ABUELA.— Ya se me taimó. Vente de una vez
por todas, moledera.

PERICO.— No voy a ni una parte.

ABUELA.— Entonces, espérame aquí. Pero no
te vayas a mover, porque tu madre no me perdonar-
ría... (*A los del cortejo*): Espérenme que ya voy...
(*A Perico*): Espérame aquí mismo... (*Y sale co-
rriendo tras el cortejo*): Con lo que me gusta acom-
pañar a los muertos...
(*Casi al instante aparece el ciego, quien conversa
con Perico*).

PERICO.— ¡Hola!

CIEGO.— ¡Hola, Perico!

PERICO.— ¿No vas a cantar ahora?

CIEGO.— Nó. Vine a conversar contigo.

PERICO.— La señorita Fresia de nuevo me pu-
so un dos en lectura.

CIEGO.— Sí. Lo sé.

PERICO.— ¡Ah, de veras que lo vi mirando por
la ventana! ¿Por qué nunca se viene a sentar con
nosotros?

CIEGO.— A veces entro, pero no me gusta el
ruido de la tiza.

PERICO.— ¿Cuando chirria en el pizarrón?

CIEGO.— Sí.

PERICO.— Lo hacemos de adrede. (*Corre hacia
el ciego*): Para molestar a la señorita Fresia.

CIEGO.— Es lo que me parecía.

PERICO.— A mí no me importa.

CIEGO.— ¿Qué cosa?

PERICO.— Ni el ruido de la tiza ni que la mo-
lesten. (*Pausa*): ¿Y para qué trajo la vigüela si no
va a cantar?

CIEGO.— Siempre ando con ella.

PERICO.— ¿Me la presta?

CIEGO.— Tómala tú mismo... (*El niño la recibe y toca una o dos notas*): ¿Por qué no te fuiste con tu abuela y los otros?

PERICO.— No me gustan los muertos.

CIEGO.— ¿Por qué?

PERICO.— Es lo único que no me gusta... (*Toca otra nota*): ¿Se acuerda de ese chincol que tenía?

CIEGO.— Sí.

PERICO.— Lo ponía en la ventana y se entraba a la pieza. Lo ponía en la pieza y se salía a la ventana. Andaba para uno y otro lado, nunca para el que yo quería. Así era como me gustaba. (*Toca una nota*): Después, cuando se murió, lo dejaba en la ventana y ahí se quedaba. O en la pieza y no se movía. (*Pausa*). Lo enterré. (*Toca una última nota y le devuelve la guitarra*). Toma. ¿Por qué no me canta algo?

CIEGO.— Porque estamos esperando a otros que van a llegar. Mira... Creo que ya se acercan. ¿Los ves?

PERICO.— ¿Dónde?

CIEGO.— Allá en la vuelta. Van a ser amigos tuyos.

PERICO.— Yo no tengo amigos. La señorita Fresia dice que soy demasiado burro para tener amigos.

CIEGO.— Esto van a ser amigos tuyos. Son como el chincol que tenías. No se quedan quietos en ninguna parte.

PERICO.— ¿Y qué andan haciendo por el camino?

CIEGO.— Buscando.

PERICO.— ¡Ah!

CIEGO.— ¿Los ve ahora?

PERICO.— Muy cansados parece que vinieran.

CIEGO.— Hace días que andan perdidos. Tres veces han pasado por este mismo cruce y no se han dado cuenta.

PERICO.— También parece que trajeran hambre.

CIEGO.— Hambre y frío. Etas últimas noches se han entumido, los pobres!

PERICO.— ¿Y esa de blanco? Casi parece que se fuera a caer.

CIEGO.— Es la que está más enferma. ¡Pero, cuidado! Ya se acercan... Epéralos aquí.

(El Ciego sale. Perico permanece en un rincón y los que llegan no lo ven en un principio. Los cinco personajes avanzan con cansancio, mirando de pronto hacia el cielo, gesticulando. Angélica aparece muy cansada. El Huacho la sostiene. La ayuda a caminar).

HUACHO.— ¡Don Melitón!

MELITON.— ¿Qué hay?

HUACHO.— Angélica no está nada de bien.

JUANA.— ¿Qué es lo que le pasa?

BUENAVENTURA.— Hambre debe ser la que tiene.

JUANA.— *(Se acerca a ella)* ¡Pobrecita...!

MELITON.— Tenemos que seguir.

HUACHO.— Pero si ya casi no puede avanzar. Descansemos un poco.

MELITON.— No hay tiempo.

BUENAVENTURA.— No ves, chiquillo. ¿No te lo decía? Ahora andamos peor que antes. A manotones con un cielo nublado.

JUANA.— *(Levantando la mirada hacia el cielo)* ¿Cuándo irá a aparecer, Dios mío?

BUENAVENTURA.— Siguiendo algo que ni sabemos donde está...

JUANA.— *(Indicando hacia arriba)* Allá está...

BUENAVENTURA.— ¿Y cómo lo sabes?

JUANA.— Don Melitón me lo dijo.

BUENAVENTURA.— Mírenla... Antes era la patrona y ahora es don Melitón. Escúcheme a mí de cuando en vez, pues.

(Angélica tiene un desfallecimiento. Está a punto de caer).

HUACHO.— ¡Don Melitón!

(Todos se juntan alrededor de Angélica)

MELITON.— Descansemos un rato. Veamos si se encuentra algo de comer en los alrededores.

BUENAVENTURA.— Usted cree que los árboles de acá son como los del Norte. De los que se estira la mano y...

JUANA.— Callado, que no vé que la niña no está bien.

BUENAVENTURA.— Las fuerzan se van acabando, pues. Y cuando las fuerzas...

(Sigue murmurando entre dientes mientras descargan lo poco que les queda).

HUACHO.— *(A Buenaventura)*: Ya no se me ocurre qué vender. Pero algo tenemos que cambiar por comida.

BUENAVENTURA.— *(Señalando a Melitón)*: Debiera vender el tambor. Fanor dijo que le daría un buen precio...

HUACHO.— No quiere. El otro día conversé con él. Pero dice que lo está guardando para algo más importante.

BUENAVENTURA.— Más importante... ¡Cómo si morirse de hambre fuera poco! Todos hemos vendido hasta las tiras que teníamos y él...

JUANA.— No hable así, oiga.

BUENAVENTURA.— Usted se calla, señora.

JUANA.— ¿Por qué, pues, si la boca es mía?

BUENAVENTURA.— *(Amenazándola con un gesto)* ¡Callada que ni nó...

JUANA.— Esto sí que está bueno... *(Juana esquiva el golpe, llora, en eso descubre a Perico Burro y lanza un grito).*

PERICO.— (*Avanzando*): No se asuste, señorita. Soy Perico Burro.

JUANA.— ¿Burro?

PERICO.— Claro, como los porotos.

BUENAVENTURA.— ¿Qué andas haciendo por estos lados?

PERICO.— Vengo del colegio. La señorita Fresia me dijo que le hacía honor a mi nombre, me puso este gorro y me mandó a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA.— ¿Y tú?

PERICO.— Voy a ver a mi mamá.

BUENAVENTURA.— ¿Con bonete?

PERICO.— Claro. La señorita Fresia me recomendó mucho que no me lo sacara. (*Pasándole a Juana un pirulín que ha sacado del bolsillo*): Tome.

JUANA.— ¿Qué es?

PERICO.— Un pirulín, para que se lo des a ella. (*Indica a Angélica*): Está un poco sucio, porque lo tenía en el bolsillo, pero chupándolo se limpia. (*Introduce la mano en su bolsillo y va sacando objetos que luego distribuye*): Pan... una manzana... este es cordel, no más, la honda... Este es pan también. Es más viejo, pero está bueno todavía... Una galleta... No, este no, es una cuestión para cazar chincoles, no se come. Más pan...

BUENAVENTURA.— Oye, ¿y no tendrías un litrito de vino en ese bolsillo mágico?

JUANA.— Déjalo... Las gracias hay que darle... (*Extiende su mano*): Yo soy la Juana Buey. (*En el momento de ir a estrechársela se detiene como hipnotizada*): ¡Don Melitón! ¡Don Melitón! ¡Mire lo que tiene esta criatura en los ojos!... (*Perico los cierra*). No, no los cierras! ¡Vengan a ver!

MELITON.— ¿Qué cosa?

JUANA.— Dos luceros tan grandes como un puño, igualito al que andamos siguiendo. (*Todos, excepto Angélica, lo rodean. Hablan a un tiempo*).

BUENAVENTURA.— ¡De veras!

HUACHO.— Le llenan los ojos.

JUANA.— Si parece que brillaran como en el cielo.

PERICO.— (*Se desprende de los que lo rodean*) No tengo nada en los ojos. Déjenme tranquilo.

JUANA.— No seas mal criado. ¿Que no ves que te estamos mirando los ojos? ¿Para qué los cierras? A ver, mi hijito, déjeme mirárselos...

HUACHO.— ¿Y no será la que nosotros veíamos allá arriba?

JUANA.— La misma que se habrá caído... y que este niño la recibió en los ojos... ¿Qué dice usted don Melitón?

MELITON.— Perico, ¿no has visto allá arriba una estrella grandaza?

PERICO.— ¿Dónde?

MELITON.— Allá arriba, en el cielo.

PERICO.— Está lleno de nubes.

MELITON.— Ahora sí, pero antes ¿no la viste?

JUANA.— Esa es la que nosotros andamos buscando.

PERICO.— ¡Ah!

JUANA.— ¿La vio, mi hijito? Contésteme. ¿No la vio brillando allá arriba? (*Perico se encoge de hombros*): En todo caso tras ella vamos.

PERICO.— ¡Ah!

JUANA.— ¿Y no te gustaría venir con nosotros?

PERICO.— (*Volviendo a encogerse de hombros*): No sé...

JUANA.— Te va a gustar el paseo. Nos vamos por un camino y luego por otro. Se van viendo cosas, conociendo gente...

MELITON.— ¿No te quieres venir con nosotros, Perico?

JUANA.— Claro que quieres, ¿no es cierto?

MELITON.— ¿Quieres?

BUENAVENTURA.— ¡Vente!

PERICO.— No puedo moverme de aquí.

JUANA.— (*Un poco impaciente*): ¿Estás pegado?

PERICO.— Estoy esperando a mi abuelita que se fue con unos al cementerio.

JUANA.— ¿Quién se le murió?

PERICO.— Los va acompañando no más.

JUANA.— Entonces tiene que volver, pues. Y apenas vuelva le pedimos permiso para llevarte. ¿No le parece don Melitón? Tienes que seguir con nosotros y vas a ver lo bien que lo vas a pasar. Todos seremos amigos tuyo. Y te vamos a enseñar una canción.

PERICO.— Ah, no. Si hay que aprender algo, no.

MELITON.— ¿Cómo?

PERICO.— Prefiero quedarme. Además mi abuelita no me daría permiso.

MELITON.— Yo se lo pediré.

PERICO.— No se lo va a dar tampoco.

MELITON.— Tienes que venirte con nosotros.

HUACHO.— ¡Vente con nosotros!

TODOS.— (*Rodeándolo*): Si, vente... vente...

(*Se produce de pronto un silencio*)

MUCHACHA.— (*Llamándolo con voz débil*):

¡Perico...!

(*El niño se separa del grupo y se acerca a la Muchacha con cierta curiosidad*)

PERICO.— ¡Hola! ¿Cómo te llamas?

MUCHACHA.— Angélica.

PERICO.— Pareces un ángel, pero roto.

MUCHACHA.— Perico vente... vente con nosotros...

VOZ ABUELA.— ¡Perico! ¡Perico...!

BUENAVENTURA.— Por allá por el camino se divisa alguien.

MELITON.— ¿Será tu abuela?

VOZ ABUELA.— ¡Perico... Perico...!

PERICO.— Es ella. (*A Melitón*): Háblele usted.

ABUELA.— (*Entrando*): ¡Perico...! Perico...!
¿Dónde te has metido? Ven para que te cuente todo lo que esa señora... (*Viendo a los demás*): ¿Y quiénes son estos?

MELITON.— (*Adelantándose*): Buenas tardes, señora.

JUANA.— Buenas tardes. (*Su mirada se clava en el tambor*).

MELITON.— Somos un grupo de artistas que andamos. . .

ABUELA.— (*Interrumpiendo*): ¿Ese tambor es suyo?

MELITON.— Mío.

ABUELA.— ¿Y no lo vende?

MELITON.— ¿Por qué?

ABUELA.— Porque yo se lo compraría.

JUANA.— Don Melitón no vende su tambor.

MELITON.— ¿Cuánto me ofrece?

JUANA.— ¡Pero, don Melitón. . . !

MELITON.— Yo sé lo que hago, Juana. (*A la Abuela*): ¿Cuánto me ofrece?

MUCHACHO.— ¡Don Melitón. . . !

BUENAVENTURA.— ¡Déjalo!

ABUELA.— ¿Pero para qué tanta historia? Yo lo único que le ofrecí fue comprarle el tambor.

MELITON.— ¿Y qué estaría dispuesta a dar por él?

(*Fanor aparece en ese momento, casi como si hubiera brotado de la tierra. Lo acompaña Ana que viene cargada con todo lo que Fanor ha ido comprando a través del viaje. Siempre lleva los ojos cubiertos y murmura entre dientes.*)

FANOR.— Ochenta pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— ¿Cómo dice?

ABUELA.— Que yo le doy ochenta y cinco.

FANOR.— Cien pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Doscientos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Quinientos pesos y negocio terminado.

ABUELA.— Y cinco

FANOR.— Mil

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— No sea empecinada, señora. Yo hace tiempo que ando comprándole a estos caballeros. Estoy seguro que me van a dar la preferencia. (*A Melitón*): Tres mil pesos.

ABUELA.— Y cinco.

FANOR.— Diez mil pesos. (*Asombro general*).

ABUELA.— Y cinco. (*Alegría general*)

PERICO.— (*Por lo bajo a la Abuela*): Dile cara de cuervo.

ABUELA.— (*A Fanor*): Cara de cuervo.

FANOR.— Usted tendrá cara de cuervo, vieja ollejo.

ABUELA.— (*Imperturbable*): Cara de cuervo. Siempre una vez antes que tu, cara de cuervo.

FANOR.— ¿De dónde salió esta vieja loca? ¿Y usted no dice nada, don Melitón? ¿A quién le va a vender su tambor?

MELITON.— A usted, no.

FANOR.— Pero si hace tiempo que ando interesado en él.

MELITON.— ¡Por eso mismo!

FANOR.— Yo he sido quien les ha ayudado. Volví a ver si necesitaban algo.

HUACHO.— Volvió a comprarme el triángulo por un par de pesos.

BUENAVENTURA.— Y a mi las pocas pilchas que me quedaban.

JUANA.— Y a mí las tiras con que me amarraba los chapas.

MELITON.— A usted no se lo vendería ni por cien mil pesos.

FANOR.— No tiene para qué hablarme en ese tono.

MELITON.— Yo hablo como se me antoja.

FANOR.— Le va a pesar.

MELITON.— Váyase de una vez... mejor...

FANOR.— ¡Desgraciado! Si no hubiera sido por mi se habrían muerto de hambre.

MELITON.— Tal vez habríamos encontrado alguien honrado que nos ayudara, en vez de venderle a usted los monos por un pedazo de pan duro.

FANOR.— Vámonos, Ana... Ya volverán estos muertos de hambre a pedirnos ayuda. Ya nos volveremos a encontrar...

JUANA.— Claro; cuando esté escondido detrás de las rocas para sacarnos la ropa del cuerpo...

PERICO.— ¡Cara de cuervo! ¡Cara de cuervo! *(Ya han desaparecido Fanor y Ana. Los demás siguen gritando)*.

MELITON.— Y ahora, señora, el tambor es suyo.

ABUELA.— ¿Pero cuánto me va a cobrar? Lo cierto es que a mi no me quedan más que cinco pesos.

MELITON.— No quiero ni un solo peso, señora. Se lo doy a cambio de un permiso.

ABUELA.— ¿Un permiso? ¿Qué permiso?

MELITON.— Que le de permiso a Perico para que venga con nosotros a la siga de una estrella que andamos buscando.

ABUELA.— Andate con ellos entonces. Pero me lo traen de vuelta ¿eh? se los presto para que les ayude a buscar lo que andan buscando; pero usted me promete traérmelo de vuelta.

MELITON.— Le doy mi palabra, señora.

JUANA.— Cómo que me llamo Juana Buey.

MELITON.— Aquí tiene el tambor. *(Se lo entrega)*: ¿Le importaría si me quedo con los p'atillos?

ABUELA.— El tambor es lo que me interesa.

JUANA.— Entonces guárdese el tambor y véngase con nosotros, señora.

ABUELA.— Yo tengo que cuidar mis animitas. Pero aquí los voy a estar esperando y cuando hayan descubierto la cuestión esa, me vienen a contar.

MELITON.— Ya que estamos de acuerdo en todo, vamos andando. ¿Cómo te sientes, Angélica?

HUACHO.— Más alentada parece que estuviera.

MELITON.—¿Te sientes con fuerzas para seguir?

MUCHACHA.—Sí.

MELITON.—Sigamos entonces... Tú, Perico, ponte a la cabeza y dinos hacia dónde caminamos.

PERICO.—En la escuela, la señorita Fresia siempre me pone al final de la cola.

JUANA.—Ya ves, con nosotros sales ganando.

PERICO.—Para allá, entonces.

ABUELA.—Para allá queda el pueblo.

MELITON.—Por el camino nos las iremos ingeniando. Lo importante es irse ahora. No perder tiempo.

TODOS.—Vamos... vamos...

(Todos se aprontan para partir. Recogen lo que les queda y van saliendo).

ABUELA.—Perico... Perico... ¿No te vas a despedir de tu abuela?

PERICO.—Pero si voy a volver luego.

ABUELA.—Despídete de todas maneras.

PERICO.—Chao...

ABUELA.—Chao...

(Van saliendo cantando. La Abuela queda sola. Coge el tambor entre sus brazos y mira por última vez en dirección por donde los demás han salido)

ABUELA.—Chao... chao... cara de burro. Siempre una vez antes que tú: cara de burro.

(Luego se escuchan los golpes que da sobre el tambor y sale. Entra María Chica y Laura Candela por la parte alta, arriba atrás).

MARIA CHICA.—No sé por qué te hice caso, Laurita. No se por qué siempre te hago caso. Allá en la feria, deberíamos habernos leído la suerte con la adivina de don Fanor.

LAURA.—¿Y para qué?

MARIA.—A lo mejor nos habría adelantado, cómo iba a ser esto.

LAURA.—¿Qué ya se te acabó el entusiasmo del viaje? ¿Qué le hallas a esto?

MARIA.— No sé... lo imaginaba distinto. Con menos lluvias. Que sería más... bonito.

LAURA.— Es que tu te lo pasas creyendo que las cosas van a ser más bonitas. Son siempre iguales, María, siempre... ¡Ya está! Lo único que faltaba. ¡Se me salió un taco!

MARIA.— Trata de enderezar el clavo. A veces se arreglan.

LAURA.— ¡Qué se va arreglar! Y no tengo más zapatos que estos para cuando lleguemos a la casa.

MARIA.— Mañana te compras.

LAURA.— Pero esta noche ya habrá fiesta. Le escribí a las chiquillas que tuvieran todo listo. Hay que empezar a hacer negocios desde hoy mismo.

(Pausa).

MARIA.— ¿Tú crees que la casa será...

LAURA.— ¿Bonita? Un barracón, pues, como todas. Con hartos gritos, con harto trago y el diablo sentado en cada pieza.

MARIA.— ¡El diablo...!

LAURA.— El único que anda siempre entre nosotros. Un diablo de ojos abiertos y manos rápidas. A veces me dan ganas de tenerlo frente a mí, para...

MARIA.— No digas eso, Laurita. (*Sube*): No vaya a ser cosa que se nos aparezca.

LAURA.— ¡Ojalá, hija! Así por lo menos podría pedirle algo a cambio del alma. Tú... qué le pedirías?

MARIA.— ¿Al diablo?

LAURA.— Claro. También es hombre y se le puede pedir.

MARIA.— Bueno... si en verdad fuera un hombre, un caballero quiero decir, le pediría... que me contara algo, ¿comprendes? que me hablara de algo que yo no conociera. Me gusta que me hablen de cosas en las que una puede creer...

LAURA.— ¡Claro! Para que te metan el dedo en la boca como lo hacen todos. Te das cuenta que de repente van a llegar los días malos y no vas a poder

volverte para atrás? No seas tonta, no escuches cuentos, trabaja y ahorra... ¡Ya está! Parece que así estuviera más o menos (*Vuelve a ponerse el zapato*): ¿Sabes lo que yo le pediría al diablo (*Riendo*): ¡Un par de zapatos a cambio del alma! Y vamos caminando que de no, no llegaremos nunca. ¡Esta María Chica! ¡Qué sería de tí, si no existiera la Laura Candela! (*Ha iniciado el mutis*).

MARIA.— (*Permanece sola, piensa en voz alta*): Sí... ¿qué sería de mí...?

VOZ LAURA.— ¡Vamos!

MARIA.— (*La sigue*): Voy...

(*Han salido y entra el Ciego y canta*).

CEIGO.— (*Cantando*):

El camino aquí se dobla
Y en su codo se ha p'antado
Aquel árbol del pecado
donde el vicio, precio cobra
Y el dolor come las sobras.
Casa es sin esperanza
Sin ventanas ni salidas
Y se cruza en toda vida
Sólo aquellos con templanza
logran ir con los que avanzan.

(*Apenas el Ciego ha terminado de cantar, hay un momento de silencio y luego el escenario se llena de luces cambiantes y estalla en su centro mismo una fiesta. Es un golpe brusco, casi como la iluminación que produce un rayo y nos encontramos en un lugar distinto. Se escuchan risas, gritos, música y vemos a cuatro mujeres: María Chica, Laura Candela, Rosalía y Cora, perseguidas por un hombre (Fanor) que lleva una máscara de diablo pintarrajeada. Otras parejas bailan o se abrazan en los rincones*).

MARIA CHICA.— (*Perseguida por el hombre con máscara*): ¡El diablo! ¡El diablo! (*Las otras prostitutas corren a refugiarse*).

LAURA CANDELA.— ¡No se asusten! ¡Si no es más que el diablo...!

HOMBRE 1.— Eso es... Cánsalas no más...
Que después entramos a tallar nosotros...

HOMBRE 2.— ¡Claro! Si ahora tenemos al mismo diablo para que nos haga el trabajito fino...!
(*Grandes risotadas*).

ROSALIA.— ¡Ay, me va a tocar!

CORA.— ¡Ay, si parece que tuviera electricidad...

(*De pronto en su carrera el hombre de la máscara queda frente a Laura Candela. Ella lo enfrenta*).

LAURA CANDELA.— ¡Epale! Que aquí estoy yo... (*El hombre se detiene y los demás se separan. Igual que lo que hacen los espectadores en torno a dos personas que van a luchar*): ¡Atrévete conmigo! Por algo me llaman la Laura Candela. Porque soy capaz de encender los bosques roceados... A ver... a ver... ¡Atrévete conmigo...!

HOMBRE 1.— ¡Miren la Laurita!

HOMBRE 2.— ¡Esta si que salió con agallas...!

MARIA CHICA.— Cuidado, Laura, que a lo mejor es peligroso...

(*Están como dos luchadores en el centro de una pista. El hombre da un paso, extiende la mano como para agarrarla*).

LAURA CANDELA.— ¡Pásame esa mano! (*Se la agarra*): ¡Miren las manos del diablo! Ni pezuñas tiene... (*Risas. El hombre retira la mano*): ¡Pero olor a azufre si que deja... (*Se huele la pro mano*): ¡Ese olor que marea más que no sé qué...

MARIA CHICA.— ¡Cuidado, Laura!

ROSALIA.— ¡No sabemos ni quién es!

HOMBRE 1.— ¡Voy por la Laurita!

HOMBRE 2.— Vamos, Laurita!

(*Vuelven a enfrentarse los contendores. Avanzan y retroceden igual que si estuvieran presos en los movimientos de algún ritual*).

LAURA.— Ven, diablo, ven para que te saque esa cara y ver la que tienes de verdad.

HOMBRE I.— ¡Así me gusta Laurita! ¡Búsca-
le camorra!

ROSALIA.— ¡No vaya a ser cosa que no ten-
ga cara...!

LAURA.— ¡Ven...! Hasta ahora siempre te he
visto de noche y tan requete cerca que ni sé cómo
eres.

HOMBRE 2.— ¡Sácale la cara... sácasela!
(*Con un movimiento brusco Laura Candela le arran-
ca la máscara. Aparece Fanor*).

MARIA CHICA.— ¡Don Fanor!

HOMBRE I.— ¿Qué ya se conocían?

HOMBRE 2.— ¡No vale así!

LAURA.— ¡Mírenlo, si es don Fanor en perso-
na... ¿Y de dónde viene?

FANOR.— ¡De la fiesta de la Diablada!

LAURA.— ¡Pásenle un trago de ponche! ¡Y la
ponchera también!... para que le eche malicia que
falta le hace.

CORA.— Es re viejo... no me gusta.

LAURA.— Pasemos para la otra pieza, don Fa-
nor. Ailá está el ponche como lo piden.

(*Salen hacia la derecha arrastrando a Fanor. Oli-
verio permanece en el lugar. Mirando siempre y es-
condida entre las sombras, Ana. Al ir a desapare-
cer con los demás María Chica se da vuelta. Se es-
cucha música en el interior*).

MARIA CHICA.— (*A Oliverio*): No se quede ahí
con esa cara, mire que nos agua la fiesta.

OLIVERIO.— Estoy mirando, pues.

MARIA CHICA.— ¿Y por qué no viene a pro-
bar el ponche?

OLIVERIO.— Luego voy a tener que irme.

MARIA CHICA.— ¿Adónde se va a ir a esta ho-
ra? Aquí nadie viaja de noche. Los bosques son de-
masiado oscuros.

OLIVERIO.— Justamente. A esa hora es cuan-
do aparece.

MARIA CHICA.— ¿Qué cosa?

OLIVERIO.— Una mariposa que ando persiguiendo.

MARIA CHICA.— ¿Una mariposa?

OLIVERIO.— Una que se da en esta zona. A lo mejor usted la ha visto. Tiene las alas blancas y una estrella pintada en cada una.

MARIA CHICA.— ¿Una estrella? Esa que está allá (*señala a Ana*) se lo pasa hablando de una estrella.

OLIVERIO.— Pero ésa será del cielo.

MARIA CHICA.— Del cielo uigo yo, aunque esas hace días que no las vemos. Ha estado todo cubierto y sin un soplo de viento para correr las nubes. Llueve, eso sí. Todo el tiempo. (*Bruscamente cambia de tono*): ¿Es bonita?

OLIVERIO.— ¿No quiere ir a buscarla conmigo?

MARIA CHICA.— No puedo. A esa hora trabajo.

OLIVERIO.— No trabaje por hoy.

MARIA CHICA.— Es que a lo mejor pierdo de ganar.

OLIVERIO.— Pero gana viendo la mariposa. Como dicen, algo tiene que perder uno...

MARIA CHICA.— ¿Para ganar algo?

OLIVERIO.— Eso es.

MARIA CHICA.— (*Tras algunos titubeos*): Nó, mejor que no. Tengo que ahorrar para los días malos. La Laurita me lo pasa diciendo: "Economiza para cuando vengan los días malos..." ¿Y sabe una cosa? Aquí en medio del frío y de la lluvia, me he dado cuenta que puede haber días malos...

(*Aparecen Rosalía, Laura y Fanor*).

FANOR.— ¡Don Oliverio! ¡Usted por estos lados...!

OLIVERIO.— Así es don Fanor.

FANOR.— No ve pues. ¿No le dijo la Ana que iba a viajar.

OLIVERIO.— Así no más fue.

FANOR.— (*Acercándose y guiñándole*): ¡Haber sabido antes que le gustaba la remolienda! Allá lo habría llevado a un lugar que conozco...

OLIVERIO.— Cuestión que me invitara, don Fanor. Siempre digo que sí cuando me invitan.

FANOR.— ¿Siempre? No vaya a ser cosa que caiga en un traspíe de repente.

OLIVERIO.— Caigo y me levanto, pues...

FANOR.— (*Riendo*): ¡Se levanta!... ¡Este don Oliverio! ¡Si hasta su chiste tiene!

ROSALÍA.— (*A Oliverio*): Por ahora venga a bailar con nosotros. Venga un rato, qué más da... Un cuarto de hora... Vamos María Chica.

(*Salen Oliverio, Rosalía y María Chica*).

LAURA CANDELA.— ¡Mire, parece que vinieran otros clientes! ¡Rosalía, trae un vaso para alegrar a los recién llegados!

FANOR.— (*Los mira*): Mejor que la encuentren sola. No vaya a ser cosa que yo los corra. (*Sale*).

LAURA.— (*Fanor ha desaparecido. Ella se da vuelta hacia los recién llegados que son Buenaventura y el Huacho*): Pasen... pasen... ¡Pero qué cara traen! Si parecen aparecidos... (*Llamando*): ¡Rosalía!

BUENAVENTURA.— Andamos buscando un lugar donde pasar la noche.

LAURA.— Este es el que les conviene, entonces. Aquí se pasa la noche hasta la mañana misma...

HUACHO.— (*A Buenaventura*): Vámonos mejor.

LAURA.— ¿Qué tiene miedo? (*Entra Rosalía con los dos vasos de ponche*): ¡Aquí están los refuerzos! Un trago de ésto y se vuelan todos los miedos.

BUENAVENTURA.— La verdad es que mal no nos vendría.

LAURA.— Entonces, ¿qué espera?

BUENAVENTURA.— ¡Salud, pues!

HUACHO.— Vamos, Buenaventura. ¡Vamos a buscar a los otros que se quedaron allá!

LAURA.—Mire que ha salido terco su compañero.

BUENAVENTURA.—Es que es huaina. ¡Va a tener que avispármelo!

LAURA.—Déjemelo a mi! ¡Y usted descanse y entreténgase que para eso es esta casa! (*Llama*): ¡Cora! ¡Lucy! ¿Dónde se han metido todos? ¡Vengan a recibir a los recién llegados! (*Aparecen todos y cantan estribillo de la cueca*).

CANTORA.—

Se pide saber que siempre,
nadita se consigue
mi vida si no se pierde.
Si no se pierde ¡Ay sí!
mi vida lo que se tiene,
y se espera hasta el fin
se espera lo que se quiere.
¡Ay sí! que lindo juese
si juese lo que juera.
Para subir al cielo
al cielo se necesita
saber poner los pieses
mi vida de subidita.
De subidita ¡Ay sí!
mi vida y sin temores,
caminar hasta el fin
mi vida por donde toque.
Dale pues caminando
Ay sí, ay y no te importe.

LAURA.—¡Vamos! ¡Hay que animar la fiesta...! ¡Un poco de música! ¡Y échenle más fruta al ponche, más vino y más malicia! A ver si encendemos la casa como un faro en medio de esta lluvia que no para...! ¡Eso es! ¿Qué no ven que después de acá se acaba la tierra y comienzan las nieves? ¡Aquí por lo menos hay ruido! ¡Que se oiga! (*Se incorpora a la fiesta y cantan y bailan*). (*Fanor aparece en ese instante. Nuevamente se ha puesto la máscara*).

ROSALIA.— (*Chillando en broma*): ¡El diablo!
¡el diablo!

(*Las mujeres gritan perseguidas por Fanor. Rien ahora y van desapareciendo. El escenario queda vacío durante algunos segundos mientras se apagan los ruidos de la fiesta. Aparecen arriba: Melitón, Juana, Angélica y Perico Burro.*)

MELITON.— ¿Estás segura que cortaron hacia este lado?

JUANA.— Perico los vio. Y a él lo andamos siguiendo.

MUCHACHA.— Tengo miedo. . .

JUANA.— Quédese tranquila, mi hijita. Deben andar buscando un lugar donde pasar la noche.

MELITON.— ¡Y esta lluvia que no para! Gánese para acá que está más protegido.

JUANA.— Ven, Perico, no te vavas a constipar.

PERICO.— No me enfermo nunca. Es en lo único que tengo buena nota: en asistencia.

JUANA.— De todas maneras. . . Mira que yo me hice responsable con tu abuelita.

MELITON.— No los diviso por estos lados.

PERICO.— Le podemos preguntar al ciego si los ha visto.

JUANA.— ¿A cuál ciego?

PERICO.— A ese que está allá.

JUANA.— ¿Dónde? Que no lo veo con esta lluvia.

MUCHACHA.— Allá parece que hubiera alguien.

JUANA.— ¿Dónde, mi hijita?

MUCHACHA.— Allá. . .

MELITON.— ¡Cuidado. . .! Alguien viene. . .

(*Aparecen María Chica y Oliverio.*)

MARIA.— ¿Es verdad que tiene que irse?

OLIVERIO.— Se me está haciendo tarde.

MARIA.— Me gustaría tanto ir a ver la mariposa.

OLIVERIO.— ¿Y por qué no me acompaña entonces?

MARIA.— No puedo...

OLIVERIO.— Hay que hacer lo que uno tiene ganas...

MARIA CHICA.— No siempre se puede. Acá estoy... no sé... acostumbrada. Es mi trabajo, ¿comprende? Me da miedo buscar otra cosa.

OLIVERIO.— No se le dé nada. Yo volveré a mostrársela.

LAURA.— *(Desde adentro)*: ¡María, María!

MARIA.— ¿De veras?

LAURA.— ¿Dónde te has metido?

MARIA.— Tengo que irme ahora. *(Antes de salir se detiene)*: Ojalá vuelva, ah?... Ojalá... *(Desaparece)*.

(Oliverio permanece un segundo mirándola y luego se decide a partir. Desde lo alto hablan los que están mirando).

JUANA.— ¿No ves que no era el ciego?

PERICO.— El ciego es otro. Allá anda.

JUANA.— ¿Dónde que no lo veo?

PERICO.— Anda con nosotros todo el tiempo.

(Durante este diálogo Oliverio se ha aprontado para partir. Angélica baja corriendo hacia él).

(Aparece abajo Laura Candela y Buenaventura y luego todos los que están en la fiesta. Entre risas y gritos. Fanor con la máscara. Melitón, Juana y Perico contemplan de lo alto. Angélica ha quedado mezclada entre los de la fiesta).

JUANA.— *(Ahogando un grito)*: ¡Don Melitón!

MELITON.— ¿Qué pasa?

JUANA.— ¡Mire quién está ahí... ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA.— *(Deteniéndose un instante)*: Parece que alguien me llamó.

LAURA.— Ideas... Entre para adentro y tómeselo otro traguito y me cuenta de eso que andan buscando.

JUANA.— ¡Buenaventura!

BUENAVENTURA.— (*El hombre se da vuelta y ve a Juana*): ¡Juanita!
(*Hay un momento de silencio. Juana baja hacia Buenaventura*).

LAURA.— ¿Y de dónde salió esta huasa?

JUANA.— Usted mejor que se quede callada.

LAURA.— Mírenla... con chapas y dando órdenes. ¡Huasa deslavada!

JUANA.— (*Reteniéndose*): Mejor que no me haga hablar...

LAURA.— Quédate callada, ¡china mugrienta!

JUANA.— ¡Deslenguada!

LAURA.— ¡Huasa tonta!

JUANA.— ¡Sinvergüenza!

LAURA.— ¡Huasa bruta!

PERICO.— ¡Dile, cara de mono pintado!

JUANA.— ¡Cara de mono pintado!

LAURA.— Tú tendrás...

JUANA.— (*Gritando*): ¡Cara de mono pintado!
¡Cara de mono pintado!...

(*Laura Candela se lanza sobre ella y las dos mujeres se traban en combate. Los demás tratan de separarlas. Hay gritos, algunos de estímulo. Otros para tranquilizar. Y en ese instante pasa el cortejo fúnebre. En medio del silencio se escucha el grito de Angélica que corre a refugiarse en los brazos del Huacho*).

MUCHACHA.— ¡Esos son...!

HUACHO.— ¿Quiénes?

MUCHACHA.— Los que me andan persiguiendo.

HUACHO.— Quédate tranquila, ahora. Estás conmigo. No debíamos habernos separado nunca.
(*El cortejo se detiene. Uno de los hombres del cortejo se adelanta y dice*).

HOMBRE.— Nos habían dicho que para llegar al cementerio había que atravesar el pueblo.

HOMBRE I.— Un poco más allá compadre. Aquí todavía estamos vivos.

MARIA CHICA.— ¡No sea irrespetuoso! Que no ve que llevan un muerto.

HOMBRE CORTEJO.— ¿Falta mucho?

MARIA.— No, ya están por llegar.

LAURA.— (*Arreglándose el peinado*): ¿No quieren pasar a refrescarse? Traen cara de cansados.

HOMBRE CORTEJO.— Queremos llegar antes que nos cierren las puertas del cementerio.

LAURA.— Esas no las cierran nunca. Pasen a servirse un trago, más que no sea.

HOMBRE CORTEJO.— ¿Están de fiesta?

ROSALIA.— Aquí se está de fiesta todos los días.

HOMBRE CORTEJO.— Nosotros andamos de duelo.

LAURA.— Paremos la zandunga un rato, pues. (*Protestas de los hombres*). Más no faltaba. Si en esta casa se comprende el dolor.

HOMBRE CORTEJO.— Bueno, un trago les acepto. Uno para reponer las fuerzas.

LAURA.— Uno y después cuando vuelvan, otro. ¿Por que van a volver, no es cierto?

HOMBRE CORTEJO.— A lo mejor. Sobre todo si Uds. nos acompañan.

LAURA.— ¿Hasta el cementerio?

FANOR.— (*Sacándose la máscara*): ¿Y por qué no? Entre todos podemos ayudarlos a sentir... y después volvemos...

HOMBRE CORTEJO.— ¡Don Fanor! No lo sabía por estos lados.

FANOR.— ¡El mismo, pues! Para servirlo.

LAURA.— Conforme. ¡Vamos! (*Se acerca a los músicos*) ¡Y ustedes váyanse cuanto antes! ¡No quiero volver a verlos.

JUANA.— ¡Mírenla!

LAURA.— ¡Llévense a sus rotosos! Que para nada sirven...

MELITON.— (*Reteniendo a Juana*): ¡Juana...!

LAURA.— Sí, eso es. ¡Váyanse! Y nosotros vamos chiquillas...

MARIA.— No quiero, ir Laurita.

LAURA.— No seas tonta. ¿Que no vé que andan cargados de plata?

MARIA.— Sí, pero es que...

LAURA.— ¿Te dan miedo los muertos? Piensa en los días malos entonces y no seas tonta. En este trabajo hay que aprender a no tener ni miedo ni esperanza. ¡Vamos!

(El Hombre del Cortejo vuelve a juntarse con los demás y las prostitutas sacan velos negros con los que se cubren la cabeza y van saliendo tras el cortejo. Oliverio se queda atrás. Fanor se lleva a Ana tras el cortejo).

FANOR.— Vamos, Ana.

ANA.— *(Regresando con cierta angustia):*

Algo llegará

algo volverá

estrella veo... *(Fanor la obliga a seguir con los del cortejo y en el momento de partir dice a Oliverio):*

FANOR.— Ya pues, don Oliverio, que nos vamos yendo.

OLIVERIO.— ¿Adónde?

FANOR.— Con ellos, pues, de ida y de vuelta *(Indica el cortejo que se aleja)*. Es una invitación. don Oliverio. Y usted me dijo que nunca las rechazaba.

ANGELICA.— *(Corriendo hacia Oliverio):* ¡No se vaya con ellos!

OLIVERIO.— ¿Cómo?

ANGELICA.— Tengo algo que decirle. Por favor no se vaya.

FANOR.— ¿Viene, don Oliverio?

OLIVERIO.— No, don Fanor, No voy en esa dirección.

(Fanor se encoge de hombros y sigue a los del cortejo que ya han desaparecido).

JUANA.— ¿Sigue con nosotros entonces?

OLIVERIO.— Depende hacia donde vayan.

ANGELICA.— Andamos siguiendo una estrella.

OLIVERIO.— ¿Con este cielo? Tendrán que esperar que se corran las nubes.

(Se produce de pronto un gran silencio. Todos vuelven a mirar el cielo y se dan cuenta que sigue cubierto casi sin remisión. Se reparten por el lugar, vagando. Juana se acerca a Perico Burro que se ha quedado adormilado y lo toma entre sus brazos.

Buenaventura se le acerca).

BUENAVENTURA.— ¡Juanita!

JUANA.— ¿Qué hay?

BUENAVENTURA.— ¿Está enojada?

JUANA.— ¡Chit! que el niño tiene sueño.

BUENAVENTURA.— Pero contésteme... ¿está enojada?

JUANA.— ¿Con quién?

BUENAVENTURA.— Conmigo, pues, por lo de endenante.

JUANA.— Son esas mujeres que tienen la culpa de todo.

BUENAVENTURA.— Así, es, de todo. Pero para mí, usted es la única.

JUANA.— ¿De veras?

BUENAVENTURA.— Como que me llamo Buenaventura. *(Le toma la mano)*. La única y para siempre.

JUANA.— *(Mirando hacia el cielo, muy suavemente)* ¡Ay, cuando me dice esas cosas, me parece que la veo... *(Mira a Buenaventura)*: ¿pero, qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde vamos a ir?

BUENAVENTURA.— *(Se encoge de hombros)*. ¡Chit...! parece que el niño se ha quedado dormido.

JUANA.— Así es no más... Quizás con qué estará soñando...

(Angélica y el Huacho en otro lugar del escenario)

HUACHO.— A veces, cuando estoy así, contigo, me parece que la veo. Miro y todo está oscuro, cerrado como una puerta, y de un repente, no sé por qué me parece que la veo...

MUCHACHA.— ¿Por qué la perdimos, Sebastián? ¿Por qué se nos fue? ¿Qué vamos a hacer ahora?

HUACHO.— Tal vez debíamos preguntarle a don Melitón.

MUCHACHA.— O al ciego... Uno que Perico dijo que nos andaba siguiendo. Pero ahora no lo veo. ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Adónde vamos a ir?

JUANA.— (*A Buenaventura*): Míralo... si parece que tiene una sonrisa. Debe estar soñando con algo agradable.

MUCHACHA.— (*Al Huacho*): ¿Escuchaste? Me pareció un ruido...?

HUACHO.— ¿No será el viento? Ah... si viniera y barriera todas estas nubes..

MUCHACHA.— No, no es el viento... ¿Qué vamos a hacer, Sebastián? ¿Qué vamos a hacer?

JUANA.— Y ahora se le nubló la carita, igual que el cielo... ¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí, solos, en medio de la oscuridad. Don Melitón... don Melitón...

MELITON.— ¿Qué hay...?

JUANA.— ¿Qué vamos a hacer ahora?... Mírenos... Mire cómo estamos... ¿Qué es lo que vamos a hacer? (*Pausa*).

MELITON.— Seguir.

BUENAVENTURA.— ¿Qué cosa?

MELITON.— La estrella.

BUENAVENTURA.— Pero si la perdimos hace rato.

MELITON.— (*Indicando el cielo*): Pero está allá.

BUENAVENTURA.— En el cielo, sí, pero... ¿dónde?

JUANA.— ¿Y hacia dónde camina?

HUACHO.— Volverá a aparecer.

ANGELICA.— ¿No la habremos perdido?

MELITON.— Las estrellas no se pierden. Están como clavos allá arriba.

JUANA.— ¿Cómo lo sabe?

MELITON.— Lo sé.

JUANA.— (*Después de un silencio*): ¿Vamos a seguir caminando entonces...? (*Perico se ha despertado*).

MELITON.— Sí. Hacia allá. Hacia donde nos llevaba la estrella.

Hay que seguir, porque seguir es lo único que podemos hacer.

Lo de atrás, ya está andado, nada nos trajo y nada nos traerá si lo volviéramos a caminar.

Hay que seguir, buscar y seguir, tratar de encontrarla otra vez.

Con ella íbamos.

Y adónde íbamos debemos llegar (*Pausa*).

Debemos decidir ahora

Quedarse o con los otros proseguir

Pero quien con nosotros siga

Lo hará con juramento

Con palabra y con fé.

BUENAVENTURA.— ¡Un juramento!

MELITON.— El de seguir hasta el final. Sobre estos platillos habremos de jurar.

Es lo único que nos queda.

Lo más santo también

(*Los va nombrando*): Sebastián, Angélica, Buena-ventura...

BUENAVENTURA.— (*A Juana*): ¿Tú, qué quieres?

JUANA.— Seguir.

BUENAVENTURA.— Entonces yo también.

(*Se acercan todos y lo rodean. Juana sostiene a Perico de la mano*).

MELITON.— Aquí. Juntos. Repitan conmigo... Juro por lo más santo que tengo.

TODOS.— Juro por lo más santo que tengo.

MELITON.— Seguir caminando.

TODOS.— Seguir caminando.

MELITON.— Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

TODOS.— Sin protestas, ni reclamos, sin querer volver atrás.

MELITON.— Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar.

TODOS.— Juro seguir con los otros, no separarnos hasta encontrar...

(Mientras continúa el juramento aparece Oliverio Pastor. Separado de los demás).

OLIVERIO.— ¡Niños... niños...! No se vayan todavía. Acabo de ver una Lynomorfa Tórpida y aunque es tarde tenemos que hablar de ella... Eso es... escuchen con atención. Las Lynomorfas Tórpidas pertenecen a la familia de las Lynomorfas Stellum y son muy difíciles de encontrar. Tienen las alas blancas y, como su nombre lo indica, una estrella va trazada en las alas... ¿La ven? Acérquense, pues... eso es...

(Por el extremo ha entrado María Chica. Lo mira, él extiende hacia ella su mano con la mariposa. Ella la contempla y después de un segundo dice):

MARIA CHICA.— ¡Qué bonita...! Y es verdad, tiene una estrella pintada en las alas.

(Se escucha el ruido de la estrella).

HUACHO.— ¿Oyen?

BUENAVENTURA.— ¿Qué?

HUACHO.— Allá a lo lejos.

JUANA.— Parece un ruido.

BUENAVENTURA.— ¿Tú crees que será?

HUACHO.— Se acerca.

BUENAVENTURA.— Yo también lo oigo.

HUACHO.— Cada vez más cerca.

BUENAVENTURA.— ¡Ya está aquí!

MELITON.— Es el viento.

TODOS.— Es el viento.

JUANA.— El viento que corre a través de los cerros, el viento que brinca, que toca campanas, que barre las nubes...

MUCHACHA.— ¡Miren...! ¡La estrella...! (*Se da vuelta hacia Oliverio Pastor y le dice*): Vénganse... vénganse con nosotros... Eso era lo que tenía que decirle... Vénganse con nosotros detrás de la estrella.

(*Se apagan las luces del escenario y cuando vuelve la luz está el Ciego sólo en el escenario y canta*).

CIEGO.— (*Cantando*):

Quedan unos cuantos versos
Pa'contar qu'ellos siguieron
Cuando allá arriba la vieron
Aclarando el cielo adverso
Por un viento tan disperso
Y por el camino van
Como antes buscarán
Y es posible que buscando
Por el mundo caminando
Algún día encontrarán.

F I N

EL ABANDERADO

Obra en dos partes

En recuerdo de A. L.

Esta obra fué estrenada por el Instituto del Teatro de la
 Universidad de Chile en Mayo de 1962 en el
 Teatro Antonio Varas.

REPARTO

Por orden de aparición

ALFEREZ DE "COLIGÜE BAJO"	Franklin Caicedo
OTRO ALFEREZ DE "COLIGÜE BAJO" ..	Ramón Sabat
MUJERES DE "COLIGÜE BAJO"	María Valle - María de la Luz Pérez - Claudia Paz
HOMBRES DE "COLIGÜE BAJO"	Flovio Candia - Alfredo Ma- riño - Eduardo Pérez - José Pineda
CORNELIA	Gabriela Hernández
CABO GONZALEZ	Andrés Rojas Murphy
CORNELIO TORREALBA	Lucho Barahona
BRUNA	Domingo Tessier
ZUNIGA	Fernando González
JUAN ARANEDA, alias "El Abanderado" ..	Mario Lorca
OTROS HOMBRES DEL BAILE DE "COLIGÜE BAJO"	Sergio Díaz - Carlos Garri- do - Fernando Bordeu - Ma- río Burgos - Miguel Littin - Luis Bravo
PEPA DE ORO	Carmen Bunster
"EL TORDO"	Jorge Lillo
YALA	María Castiglione
DORIS	Coca Melnick
ESTELA	Claudia Paz
CHELA	Raquel Vergara
SONIA	María Teresa Fricke
CANTANTE	Elga Cristina
GUIARRISTA	José Bravo
OTRO GUIARRISTA	Eduardo Pérez
CLIENTES	Fernando González - Armando Cavieres
VENDEDOR	Ramón Sabat
OTROS VENDEDORES	Jorge Acevedo - Carlos
VECINAS	Quintanilla - María Teresa Fricke - Claudia Paz - María de la Luz Pérez - Coca Melnick - María Castiglione - María Valle - Elga Cristina
VECINOS	Hernán Poblete - Sergio Díaz - Hugo Pertier - Hernán Pinto - Luis Bravo
ALFEREZ DE "LA CALAVERA"	José Bravo
HOMBRES DEL BAILE DE "LA CALAVERA"	Heine Mix - Jorge Boudon - Eduardo Pérez - Hernán Pinto - Fernando González
ALFEREZ DE "PEÑAS BLANCAS"	Sergio Aguirre
DONOSO	Tennyson Ferrada
RIQUELME	Rubén Sotoconil
OTROS POLICIAS	Armando Cavieres - Jorge Acevedo - Carlos Quintanilla

DIRECCION: Eugenio Guzmán

Escenografía: Guillermo Núñez

Vestuario: Sergio Zapata

Iluminación: Víctor Segura.

Esta obra obtuvo el Premio Unico Instituto del Teatro 1961

PRIMERA PARTE

Escena Primera

EN LAS AFUERAS DE UN PUEBLO

Las mujeres están adornando una cruz con guirnaldas y faroles, mientras los hombres, capitaneados por un alférez, ensayan bailes y cantos. Estos van acompañados por sonidos de flautas y redobles de tambores.

ALFEREZ.— (*Cantando*):

Buenos días, santo leño,
con la mayor devoción
te saludo, cruz bendita,
donde padeció el Señor.
Donde padeció el Señor,
lo digo desesperado,
donde padeció y sufrió
pa'salvarnos del pecado.
ahí derramó su sangre.
Pa'salvarnos del pecado
lo digo muy retumbante
en este sagrado leño,

MUJER 1.— (*A Mujer 2*): ¡Cuelga ese farol del brazo!

MUJER 2^o— Pero si ya tiene una guirnalda.

MUJER 1.— No importa. Hay que ponerle ropa aparente.

HOMBRE 2.— ¡Mírenla! ¿Y qué más le van a colocar?

MUJER 1.— De un todo, pues. Hay que vestir bien la cruz este año.

HOMBRE 3.— Para que se vea tan bonita como Ud.

MUJER 1.— Ya, pues, déjese...

HOMBRE 3.— ¡Beh! Tan arisca de un de repente.

(Vuelven a sonar las flautas y los hombres ensayan saltos del baile. Aparecen González y Torrealba, dos policías rurales).

HOMBRE 2.— ¡Ahí viene mi cabo González!

HOMBRE 3.— ¡Cabo! Teniente hay que decirle. ¿No ves que lo ascendieron?

GONZÁLEZ.— A cabo no más. Hay que ir despacito por las piedras. Teniente es todavía mi teniente Bruna... ¿Y en qué andan los brutos? Bailando como chuscas... con el perdón de las señoras.

ALFEREZ.— Preparando la partida, pues.

GONZALEZ.— ¿Y adónde se van ahora?

ALFEREZ.— Al pueblo de La Calavera para la fiesta de la Cruz de Mayo.

GONZALEZ.— ¿Todo el baile se va?

ALFEREZ.— Entero, pues. Como todos los años.

GONZALEZ.— Pero déjenme que les presente... Torrealba. Acaba de llegar esta mañana y ya le tocó pega. *(Todos lo saludan).*

ALFEREZ.— ¿Qué ha habido algún disturbio?

GONZALEZ.— ¿Que no oyeron?

ALFEREZ.— ¿Qué cosa?

GONZALEZ.— No lo saben entonces...

HOMBRE 3.— No, pues. ¿Qué?

GONZALEZ.— *(Hace una pausa, se da tiempo)*: Anoche cayó el Abanderado.

ALFEREZ.— ¿El salteador?

GONZALEZ.— El mismo.

VARIOS.—¿Y cómo? ¿Dónde? Cuéntenos, pues...

GONZALEZ.—Si me dan algo para refrescar la garganta antes. La traemos seca con el polvo (*Una de las mujeres va a buscar una botella con vino. Mientras a Torrealba*). Aprovecha para soltarte los cordones... (*A los otros*): Todavía no se halla con los bototos.

(*Torrealba obedece con gran alivio. Todos se acercan rodeando a González*).

HOMBRE 1.—Cuéntenos, pues. No se haga de rogar.

GONZALEZ.—(*Después de beber*): Ahí está mejor. Como lija la tenía...

HOMBRE 2.—¿Lo mataron?

GONZALEZ.—Todavía no, pues. Si cayó anoche no más.

HOMBRE 1.—¿Adónde?

MUJER 1.—Apostaría que fue en el Cerro Pardo donde dicen que tenía su escondite.

GONZALEZ.—Despacito... Soy yo el que voy a contar. Anoche, como a eso de las nueve, mi teniente Bruna recibió noticias de que habían visto al Abanderado.

MUJER 2.—¡Ave María Purísima! Si hacía meses que no se sabía de él.

MUJER 1.—Ya creíamos que se había ido a otro lugar.

GONZALEZ.—Le vinieron a decir que estaba donde la Pepa de Oro.

MUJER 2.—Remoliendo.

HOMBRE 2.—Pero si la Pepa de Oro es la madre del Abanderado.

MUJER 1.—Así es, pues. Miren lo que fue a echar el mundo.

MUJER 2.—Ella no es mejor. Pero es amiga de la policía, por eso que no le cierran el negocio y no la encierran a ella... (*De pronto se da cuenta de que está hablando frente a los policías*) Sin ofender a nadie ¿ah?

GONZALEZ.—Hable no más, señora.

MUJER 2.—Era sin mala intención.

GONZALEZ.—Hable no más; pero si quieren saber lo que pasó, déjenme meter basa a mí.

ALFEREZ.—Cuéntenos no más, mi cabo.

GONZALEZ.—Bueno, le vinieron a decir a mi teniente Bruna que estaba donde la Pepa de Oro. A nosotros nos pareció raro. Hace la punta de años que no se ven. Se arrancó cuando era cabro. Y la Pepa ni siquiera desea oír hablar de él. Dicen que lo borró de su memoria.

MUJER 2.—¿Entonces?

GONZALEZ.—Raro nos pareció; pero fuimos de todos modos.

ALFEREZ.—¿Y quién se lo vino a decir?

GONZALEZ.—Esa es la cuestión. El que se lo vino a decir era uno que llaman el Tordo, uno que anduvo con el Abanderado un tiempo, salteador también... pero ya cumplió su condena.

HOMBRE 1.—Uno que lo conocía entonces.

GONZALEZ.—Así es. Por eso mi teniente Bruna y yo le dimos fe.

ALFEREZ.—¿Y?

GONZALEZ.—Nos fuimos donde la Pepa de Oro con mi teniente y el Tordo. Golpeamos por la puerta de atrás. Adentro estaba la fiesta que ardía... pero no pudimos hablar con la dueña.

MUJER 1.—¿Por qué?

GONZALEZ.—Había ido para el Sur, a la ciudad, a buscar una pensionista nueva que le llegaba. Y ahí nos quedamos los tres... No nos atrevimos a entrar así, de golpe, por miedo a que se nos arrancara, y como no lo conocíamos...

ALFEREZ.—¿No lo conocían?

GONZALEZ.—No, pues. ¿No ve que hace tantísimos años que anda arrancando? Y sin conocerlo, no podíamos agarrarlo.

HOMBRE 1.—¿Y qué hicieron entonces?

GONZALEZ.—A mi teniente Bruna se le ocurrió una treta. Es medio pije; pero no se le puede

negar que es recontra ocurrente. Le dijo al Tordo que entrara y, como él conocía al Abanderado, que se acercara a saludarlo y a brindar... Nosotros, por la ventana, estaríamos aguaitando... A ver si me alcanzan otro traguito para refrescarme...

ALFEREZ.— (*Irrumpe con un canto monocorde*):

El Iscariote altanero
sin tenerle compasión
propuso en su corazón
entregar al Verdadero.

GONZALEZ.— ¿Qué le pasa a ése?

ALFEREZ.— Se me acaba de ocurrir un verso para la procesión. Oyéndolo cantar, se me ocurrió. (*Y vuelve a contar*):

Para entregarlo preso
se marchó con paso fijo
así, al Divino Hijo,
se atracó y le dió un beso.

GONZALEZ.— Bueno, soy yo o usted el que va a contar lo que pasó.

ALFEREZ.— Perdóneme, mi cabo... A veces los versos escasean y hay que agarrarlos al vuelo. Siga, siga no más.

GONZALEZ.— ¿No hay más interrupción?

ALFEREZ.— Ninguna.

GONZALEZ.— Sigo entonces. ¿Dónde iba?

MUJER 2.— Estaban aguaitando por la ventana.

GONZALEZ.— Vimos al Tordo acercarse a uno y ofrecerle un trago. Nosotros entramos con las carabinas cargadas. Comprenderán la trifulca que se armó. Las putas chillaban como lauchas, la cantora quedó con el grito pegado en la garganta y no se quién retrocedió chocando con la ponchera que se rompió como un espejo... Ese fue el momento que aprovechó el Abanderado para arrancar. Se lanzó por la ventana... y nosotros detrás. Se fue para el lado del Cerro Pardo... y nosotros siempre detrás. Por ahí anduvimos perdiendo la huella, y

tuvimos que retroceder hasta que lo oímos cruzando el río. Lo seguimos claro: hubo un tiroteo. ¡Hay que ver cómo se defendía el hombre! Pero nosotros siempre detrás. Vadeamos el río, lo vimos trepar el Cerro Grande... y nosotros detrás. Cruzamos el caserío que hay en la loma... los ladridos de los perros nos iban diciendo por dónde se escurría... y nosotros detrás, siempre detrás, como perros también persiguiendo la presa. Entonces se le ocurrió cortar para el tranque y nosotros...

HOMBRE 3.— Detrás.

GONZALEZ.— No, ahora nos pusimos por delante. Cortamos por la quebrada y lo sorprendimos en la ribera del tranque. Ahí cayó de rodillas, como un penitente. Mudo estaba y con la mirada de fiera.

MUJER 2.— ¿Y?

GONZALEZ.— Nada más. Lo amarramos y lo llevamos al retén donde ahora está.

MUJER 1.— ¡Mire lo que son las cosas! Cayó el Abanderado.

MUJER 2.— ¡Y en buena hora!

GONZALEZ.— ¿Les queda algo para tomar?...
Quedé seco.

MUJER 1.— Gánese a la sombra mejor. Acá tenemos un chuiquito y acá nos puede terminar de contar...

(Se alejan. Salvo Torrealba que ha aprovechado sacarse los zapatos durante el relato y que ahora se apresura en volvérselos a poner. Junto a la cruz, hay una muchacha, casi una niña, Cornelia, que ríe al verlo confundido).

CORNELIA.— ¿Le duelen?

TORREALBA.— Un poco. Me acaban de poner de servicio y todavía no me acostumbro con estas cuestiones...

CORNELIA.— Hay que echarles un poco de cera. Aguarde.

(Saca una vela de uno de los faroles que cuelgan de la cruz y con ella empieza a frotar el interior de los zapatos).

TORREALBA.— ¿Eso es lo que hay que hacer?
 CORNELIA.— ¿No lo sabía?
 TORREALBA.— Son cosas que uno nunca sabe. Sin la mujer el hombre anda como perdido. (*Pausa*). ¿Y qué van a hacer con esa cruz?
 CORNELIA.— La estamos vistiendo.
 TORREALBA.— ¿Para qué?
 CORNELIA.— Porque en Mayo siempre se visiten. ¿No lo hacían así donde usted vivía?
 TORREALBA.— No. Yo vengo de lejos. Del Sur y para el interior.
 CORNELIA.— Es para una fiesta. Primero hay procesión y después, fiesta.
 TORREALBA.— ¿Usted va a ir?
 CORNELIA.— ¿Adónde?
 TORREALBA.— A la fiesta.
 CORNELIA.— A lo mejor. (*Pasándole un zapato*). Pruébese este. ¿Cómo le queda?
 TORREALBA.— Mejor. Mucho mejor.
 CORNELIA.— Páseme el otro entonces.
 GONZALEZ.— . . . y arrastrado lo tuvimos que llevar hasta el retén. Y allá lo tenemos. Pero mi tiente Bruna dice que el lugar no es seguro. . . . Se nos han arrancado otros, y por eso tenemos que llevarlo. . . .
 CORNELIA.— ¿Usted ya lo vio?
 TORREALBA.— ¿Al preso? No, todavía no. ¿No ve que recién acabo de llegar?
 CORNELIA.— ¿Y adónde lo llevan?
 TORREALBA.— No me acuerdo del nombre de la ciudad. Primero vamos con mi cabo a Los Coligües, creo, al retén, a buscarlo. ¿Queda lejos?
 CORNELIA.— Hay que atravesar el caserío y después seguir derecho.
 TORREALBA.— Lejos es entonces.
 CORNELIA.— ¿Y qué cree que le harán?
 TORREALBA.— ¡Quién sabe! Mi cabo dice que es peligroso.
 CORNELIA.— (*Con cierta vehemencia*). No. No lo creo. Por lo menos no lo parece.

TORREALBA.— ¿Usted lo conoce?

CORNELIA.— Lo he visto. . . de lejos. Como todos. Siempre lo veía cuando era más chica, flameando como una bandera al viento cuando galopaba por la loma. Por eso le dicen Abanderado.

TORREALBA.— ¿Cómo así?

CORNELIA.— Porque parecía bandera. Algo rojo como sangre usaba y un pañuelo blanco amarrado en la cabeza. De lejos, todo eso ondeaba, como en los días de fiesta, como dicen que se ven los barcos cuando entran al puerto.

TORREALBA.— ¿Usted conoce el puerto?

CORNELIA.— Queda demasiado lejos.

TORREALBA.— Yo tampoco lo conozco.

CORNELIA.— Pero así me dijeron que era los barcos.

TORREALBA.— Así debe ser.

CORNELIA.— Y así es como siempre lo veía. En las tardes, cuando iba a pasar el tren de las siete. . . desde lejos oía el pito y me asomaba entonces. “¿Qué estás mirando, Cornelia?” me decía mi mamá. “Nada, nada”; pero el corazón se me helaba cuando lo veía atravesar el cerro. . .

TORREALBA.— Usted se llama Cornelia.

CORNELIA.— Sí.

TORREALBA.— Yo también. Quiero decir, Cornelio. Cornelio Torrealba. No es nombre común.

CORNELIA.— No, no es.

TORREALBA.— Mi padre se llama Cornelio. Cornelio Torrealba.

CORNELIA.— Como el mío. Quiero decir, que el mío también se llama Cornelio, Cornelio Salas. Siempre quiso tener un hijo para que llevara su nombre; pero yo fui única.

TORREALBA.— Y por eso le puso Cornelia.

CORNELIA.— Por eso.

GONZALEZ.— (*Desde atrás*). ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo. (*Rápidamente se yergue con un solo zapato. Ella trata de ponerle el otro*). Aquí estoy, mi cabo.

GONZALEZ.— Nos vamos a tener que ir yendo.

ALFEREZ.— Tómese uno para el camino, mi cabo. Es Mayo; pero el sol pica más que en verano.

GONZALEZ.— Torrealba, ven tú también a hacerle honor a este trago. No hagas desaires. . . Mírenlo, apenas llegado y ya tiene a las hembras a sus pies.

TORREALBA.— (*Turbado*). Este. . .

GONZALEZ.— Nada de cuentos. Tómate un trago y sigamos. No vaya a ser cosa que te enredes el primer día y ni llegues al retén. (*A los demás*). ¡Hasta pronto! Y que les vaya bien en la festividad.

ALFEREZ.— A lo mejor nos cruzamos, mi cabo.

GONZALEZ.— ¿Dónde?

ALFEREZ.— Por el camino, quiero decir. ¿Que no se llevan al Abanderado hacia Pueblo Bajo?

GONZALEZ.— Así es.

ALFEREZ.— Y nosotros vamos a la Calavera
Los caminos se cruzan.

GONZALEZ.— Cuando menos entonces, pues.

ALFEREZ.— Y a lo mejor hasta lo entusiasmos para que nos acompañe a la festividad.

GONZALEZ.— Usted sabe que a mi me gusta otro tipo de fiesta, Alférez.

HOMBRE 3.— Esta también va a ser regada.

HOMBRE 2.— Claro, después de la procesión.

MUJER 2.— Y este año si que no se la puede perder, mi cabo. Doña Paula Bernal va a prestar su Cristo Agonizante.

MUJER 1.— Lo van a pasear en andas.

MUJER 2.— Tiene las costillas perforadas y el corazón a la vista. ¡Baila con el viento!

GONZALEZ.— Quien sabe, pues, quien sabe. Es cosa conocida que el servidor público no es dueño de su tiempo.

ALFEREZ.— ¡Trate al menos!

TORREALBA.— (*A Cornelia*): Hasta luego, y gracias.

CORNELIA.— De qué, pues.

TORREALBA.— A lo mejor nos vemos luego.

CORNELIA.— A lo mejor.

(*Se despiden y salen González y Torrealba*).

HOMBRE 3.— ¡Se fueron los servidores públicos!

MUJER 2.— ¡Chit! Que los pueden oír.

ALFEREZ.— (*Cantando*):

Todos le daban maltrato
Aquellos hombres sin credo
lo pasean como a preso
desde Herodes a Pilatos.

MUJER 1.— (*A Cornelia*): ¿Qué te pasa?

CORNELIA.— ¿A mí?

MUJER 1.— Sí. ¿Por qué te has quedado mirando?

CORNELIA.— Por nada.

ALFEREZ.— (*Irrumpiendo*):

Lloren, flautas, mis hermanos
donde se murió el Señor
yo doblaré mi bandera
al redoble del tambor.

(*Suenan algunas flautas. Hay un redoble prolongado de tambor*).

ESCENA SEGUNDA

EN EL RETEN DE LOS COLIGUES

(*El teniente Bruna está terminando de afeitarse. El ordenanza, Zúñiga, permanece de pie frente a él. Sostiene en su mano derecha un lavatorio lleno de agua y, en la izquierda, un espejo en el cual se mira*

el teniente. De pronto, Bruna aleja la mano que sostiene el espejo y mira el rostro del ordenanza, como si fuera un espejo, como si en verdad viera su imagen reflejada ahí. Zúñiga tiene un rostro joven muy ingenuo, casi el de un niño).

BRUNA.— Es una lástima, Zúñiga, que no tengas un espejo en vez de cara.

ZUÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— Y además, al verte, podría creer que la vida no me ha marcado con todas estas pequeñas cosas que descubro en el verdadero espejo. ¿Me comprendes?

ZUÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— Las pequeñas arrugas, el gesto cada vez más cansado de los labios, esta mirada sin luz, esta mirada que ya nada espera, lo que va sucediendo en fin.

ZUÑIGA.— Sí, mi teniente.

BRUNA.— No contestes todo el tiempo. Los espejos, los realmente buenos, no hablan. A lo más repiten lo que uno dice. Lo repiten en forma inaudible. ¿Me comprendes? Ah... no... contestes.

—ZUÑIGA.— Muy bien, mi teniente.

BRUNA.— Eso está mejor. Muy bien, mi teniente. Un espejo que lo aprobara todo. Muy bien, mi teniente. Nada ha pasado, mi teniente. El tiempo está detenido, mi teniente. Cuando me trasladan, Zúñiga, si es que me trasladan, pediré que me dejen llevarte. ¿Te gustaría?

ZUÑIGA.— Muchas gracias, mi teniente.

BRUNA.— Porque algún día tienen que trasladarnos. Los castigos no son eternos y yo creo haber cumplido en forma más que suficiente mi condena. ¡Dos años en este hoyo! Porque los Coligües es un hoyo, Zúñiga. Aquí uno se pudre sin darse cuenta. Igual que el agua al fondo de las norias. Al cabo de un tiempo nadie quiere beberte. ¿Qué tal mi imagen?

ZUÑIGA.— Muy bien, mi teniente.

BRUNA.— Tienes que conocer las ciudades, Zúñiga. Cómo se vive en las ciudades. No las conoces ¿no es cierto?

ZUÑIGA.— No, mi teniente.

BRUNA.— Es allí donde a uno le suceden cosas en la cara. Esas arrugas de las cuales te hablaba, esas canas, esas miradas, lo que delata en una palabra. Y por eso te voy a necesitar, Zúñiga, mi espejo, para que me ayudes a ignorarlas. Pero quédate tranquilo. ¿Qué es lo que te pasa?

ZUÑIGA.— Nada, mi teniente.

BRUNA.— Dilo sin miedo. Vamos, habla, hombre.

ZUÑIGA.— Es que me apretan los zapatos, mi teniente.

BRUNA.— ¡Otro! Eres igual a ese nuevo ¿cómo es que se llama?

ZUÑIGA.— Torrealba, mi teniente.

BRUNA.— Ah, ese. . .

ZUÑIGA.— A los dos nos apretan los zapatos. Es por la falta de costumbre.

BRUNA.— ¿Y por qué? ¿Qué usaban antes?

ZUÑIGA.— Nada, mi teniente.

BRUNA.— ¿Nada?

ZUÑIGA.— Nada. Caminábamos con los pies no más.

(Se escuchan ruidos afuera)

BRUNA.— ¿Qué es lo que pasa ahora?

GONZALEZ.— *(Apareciendo)*: Permiso, mi teniente.

BRUNA.— ¿Qué hay?

GONZALEZ.— Estamos listos para llevarnos al detenido.

BRUNA.— ¡Ah! González, ha habido un cambio que me notificaron esta mañana. Ya no van al Pueblo Bajo, porque desde ahí tienen que hacer traslado de tren. Ya no van a Pueblo Bajo sino a la Calavera.

GONZALEZ.— ¿A la Calavera, mi teniente?

BRUNA.— ¿Que no me oíste?

GONZALEZ.— Usted manda, mi teniente. A la Calavera será entonces. Claro que en La Calavera. . .

BRUNA.— ¿Qué sucede?

GONZALEZ.— Hay fiesta, mi teniente. La Cruz de Mayo toca este año.

BRUNA.— ¿Y?

GONZALEZ.— Es que yo pensaba. . .

BRUNA.— Ya le he dicho que no piense, mi cabo. Mientras, menos piense, mejor.

GONZALEZ.— A sus órdenes, mi teniente.

BRUNA.— Trae al detenido antes de partir.

(González se cuadra y sale. Bruna ya ha terminado de afeitarse; pero sigue mirando al ordenanza como si se contemplara en el espejo).

BRUNA.— Una responsabilidad menos. . . Dentro de un rato veremos partir al preso y nos habremos descargado de una responsabilidad. ¡Mejor así!. Que por lo menos Los Coligües tenga sus compensaciones. No hay gente, no hay vida, no hay nada; pero tampoco hay responsabilidades. . . ¿No te parece?. Así no se cometen errores y las cosas prosiguen su paso a paso. . . ¿Dónde está el jabón? *(El ordenanza se lo pasa)* El preso. . . ¿cómo es que se llama?

ZUÑIGA.— Abanderado, mi teniente.

BRUNA.— El Abanderado como tú lo llamas tiene un algo de hombre peligroso. Algo en la mirada, a go aquí. . . *(Esboza un gesto en torno a la mandíbula)*. El rostro del que carga demasiado culpas. Porque las culpas se van acumulando. Aquí *(Se toca el corazón)* o a veces aquí *(Se toca el cerebro)* y poco a poco, una vez que se llenan esos recipientes, salen a luz; se disponen como una máscara. . . aquí *(Hace un gesto con las manos jabonosas sobre el rostro)*. Una máscara de pequeñas arrugas, de gestos mínimos, de miradas sobre todo. Es entonces cuando uno necesita espejos con tu cara, Zúñiga, espejos que no permiten ver esas culpas. Porque el peor castigo, es ver esas culpas. El peor castigo, Zú-

ñiga, es reconocerse. Y para que eso no suceda se necesitan espejos que reflejen lo que uno era... antes. ¡Antes, Zúñiga!

(Se escuchan ruidos de pasos, gritos y órdenes. Entran González y Torrealba trayendo al Abanderado).

BRUNA.— *(Mientras sigue lavándose las manos)*. Quiero que sepas que el cabo González tiene órdenes estrictas de disparar por si se te ocurriera arrancarte. Por eso te recomiendo que no lo intentes. Ya estás acusado de muchos delitos y no tienes para qué alargar la lista. Por si se te ha olvidado alguno, voy a refrescarte la memoria... ¡González!

GONZALEZ.— Mande, mi teniente.

BRUNA.— ¿Dónde está la carta?

GONZALEZ.— Aquí la llevo, mi teniente.

BRUNA.— Déjame verla *(González se acerca con ella. Bruna, sigue lavándose las manos mientras la lee)*. Juan Araneda López, alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado:

De asalto y robo en San Alfonso.

De robo a mano armada en los pueblos de Ritouque, Mauco y Pachacama.

Y de otras ofensas que aquí van anotadas.

Con fecha veinticuatro de Enero recién pasado, robó, atacó e incendió la propiedad situada en la altura de Venecia.

En la noche que seguía, arrasó las cosechas y robó el ganado de don Pedro Mejías Real.

En Coligüe se le busca por robo; en San Isidro, por violación y hay pruebas de que estuvo implicado en la muerte de Anselmo Segundo Molina, acaecida en el camino de Peñas Blancas en la noche del tres de Noviembre.

En total, veinticuatro denuncias.

Apresado en esta zona en la noche del treinta de abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde se le envía para que sea juzgado, sentenciado y condenado.

¿Oíste? ¿Oíste de lo que se te acusa? (*El Abanderado no contesta*) ¿Tienes algo que decir antes de irte?

(*El Abanderado lo mira algunos segundos y luego lo escupe en pleno rostro. Primero hay un momento de estupor e inmovilidad y luego González reacciona y se apronta a golpearlo, pero Bruna lo detiene*).

BRUNA.— Déjalo... Llévanselo.

(*Salen los policías llevándose al Abanderado*).

BRUNA.— ¿Ves, Zúñiga? ¿Ves cómo cuesta soportar que a uno le digan lo que ha hecho?. Las cosas duelen y el pasado pesa como una cruz. (*Se da vuelta hacia el ordenanza y lo mira como si buscara su imagen en un espejo. Se lleva la mano al rostro, ahí donde fue escupido*). Eres el mejor espejo, Zúñiga. Me miro y ni siquiera veo lo que me acaban de hacer. Todos los espejos debieran ser como tú.

ESCENA TERCERA

EN EL EMBARCADERO DE LA BALSA

(*El Baile de Coligüe Bajo, es decir cinco hombres capitaneados por el Alferez se acercan al lugar.*

Traen unos arcos de hojas de palmera).

HOMBRE 1.— Por acá, por este lado debe estar el embarcadero.

ALFEREZ.— Alléguense entonces y esperemos. Ya no ha de tardar la balsa. Alléguense por este lado que para allá es muy traicionero el terreno.

HOMBRE 1.— Allá parece que viniera.

HOMBRE 3.— ¿Adónde?

HOMBRE 2.— Allá.

ALFEREZ.— Esa no es la balsa.

HOMBRE 2.— ¿Qué es entonces?

ALFEREZ.— Que no ven que es neblina que corre sobre el río.

HOMBRE 2.— Miren... si parece que hubiera visto hasta el remero allá.

ALFEREZ.— A ése se le oye antes de verlo, pues, compadre. No ve que se lo pasa gritando: "Ahoora..." (*Grandes risotadas. Luego de algunos segundos aparece el cabo González seguido por Torrealba y el Abanderado*) ¡Pero que no es mi cabo González! Mire que venirnos a encontrar en el embarcadero.

GONZALEZ.— Así atravesamos juntos.

ALFEREZ.— ¡El gusto es nuestro!

GONZALEZ.— Continás que después llevamos el mismo camino.

ALFEREZ.— ¿Cómo? ¿También van para La Calavera?

GONZALEZ.— Así es.

ALFEREZ.— ¿Pero que no iban para el Pueblo Bajo?

GONZALEZ.— A último momento nos cambiaron las órdenes. Y como el servidor público no está más que para obedecer...

ALFEREZ.— ¡Me alegro! Más vale viajar acompañado. (*Señalando al Abanderado*) ¿Es ése?

GONZALEZ.— Ese.

ALFEREZ.— ¿Y cómo se le ha portado?

GONZALEZ.— Hasta ahora, mudo. Mudo como piedra. Pero mírele los ojos.

ALFEREZ.— Revueltos los tiene. (*Viendo al Abanderado que avanza*) Cuidado, mi cabo. Dígale que se quede ahí no más. El terreno es muy pantanoso.

GONZALEZ.— ¡Torrealba! Quédate allí no más con el preso.

TORREALBA.— Está bien mi cabo.

ALFEREZ.— Y ustedes no pierdan el tiempo.

A ver si me terminan los arcos antes que llegue la balsa.

HOMBRE 2.— ¡Eh, Abanderado! ¿Te gusta andar con las manos amarradas?

HOMBRE 1.— Déjenlo. ¿No ven que se le acabó el viento?

HOMBRE 2.— Parece bandera con mástil ahora.

HOMBRE 3.— Y el mástil es mi cabo González.

(Celebran la salida con risotadas).

GONZALEZ.— *(Llevándolos lejos de donde está el preso en voz baja)*: Callados, déjenlo tranquilo mejor. Miren que es recontra peligroso... ¿No saben lo que le hizo a mi teniente Bruna?

(El grupo de hombres comienza a cuchichear. Torrealba se da vuelta para ver si González lo puede ver y saca un paquete de cigarrillos. Enciende uno y lo aspira. Luego mira al Abanderado y decide ofrecerle. El detenido lo mira con cierta incredulidad. Torrealba repite su gesto, saca un cigarrillo del paquete lo coloca entre los labios del otro y lo enciende. Ambos fuman durante algunos minutos en silencio).

ABANDERADO.— ¿Adónde me llevan?

TORREALBA.— A La Calavera.

ABANDERADO.— ¿Para qué?

TORREALBA.— Son órdenes.

(Siguen fumando en silencio).

ABANDERADO.— *(Después de un rato)*: Gracias ¿ah?

TORREALBA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— *(Mostrando con un gesto el cigarrillo que sostiene entre las manos atadas)*: Por esto.

TORREALBA.— Hace bien.

ABANDERADO.— Sí.

TORREALBA.— Yo fumo desde que era cabro. Me iba a la estación a buscar a mi abuelo que trabajaba en las vías y, por el camino, recogía las co-

lillas. (*Pausa*). No soy de acá. Soy del sur y para el interior... (*Pausa*). Vengo llegando... (*Pausa*). Me llamo Cornelio Torrealba.

ABANDERADO.— A mí me dicen Abanderado. (*Una gran risotada que proviene del grupo de hombres interrumpe la conversación*).

ALFEREZ.— ¡Este cabo González!

HOMBRE 2.— Hay que ver las historias que sabe!

HOMBRE 1.— A ver pues, cuéntese otra.

GONZALEZ.— Y aquí ando trayendo la carta con las denuncias...

(*La saca de su bolsillo y uno de los hombres trata de tomarla*).

¡Epa! Estas son cuestiones oficiales. Yo se las voy a leer...

(*En voz baja, de modo que sólo algunas palabras son audibles lee la carta*).

ABANDERADO.— Cornelio dijo que se llamaba.

TORREALBA.— Sí. ¿Por qué?

ABANDERADO.— No sé, el nombre me recuerda algo.

TORREALBA.— No es común.

(*El Abanderado escucha durante algunos segundos la lectura de la carta*).

ABANDERADO.— ¿Sabe por qué lo hice?

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Por qué lo escupí (*Hace el gesto de escupir*) Porque me dió vergüenza.

TORREALBA.— ¿Vergüenza?

ABANDERADO.— Sí, cuando empezó a leer esa lista, no sé, parecía que me estuviera sacando las pilchas, el cuero, el pellejo, todo. Me sentí como un hueso al sol.

TORREALBA.— ¿Cuándo se lo leyó mi teniente?

ABANDERADO.— Tenía algo en la voz ese futre, una especie de risa.

TORREALBA.— ¿Que no era cierto lo que decía?

ABANDERADO.— Cierto. Todo cierto. Y hay más todavía. Cuestiones que no se han sabido, que no han quedado en papeles ni en libros. Todo está hecho. Pero cuando él lo leyó. . . no sé. (*Hace un gesto como si quisiera desprenderse de algo sucio*): Las cosas que iba leyendo, las ví todas juntas, de golpe. Y me pesaban encima. Si no hubiera tenido las manos amarradas, le rompo la cara.

HOMBRE 3.— Ya, mi cabo, decídase.

HOMBRE 2.— Claro, qué le importa una horita.

HOMBRE 4.— Y ahí armamos la fiesta.

HOMBRE 1.— Esta es la hora cuando empiezan a animarse las cosas donde la Pepa de Oro.

HOMBRE 2.— Sobre todo que ahora han llegado refuerzos.

GONZALEZ.— Es que no sería cumplir con las órdenes.

ALFEREZ.— Las cumple, mi cabo, lo único que las cumple con un poco de atraso.

HOMBRE 3.— ¡Decídase!

HOMBRE 1.— Ni siquiera tenemos que desviarnos. La Pepa de Oro es a la bajadita de la balsa no más.

GONZALEZ.— ¿Y qué hacemos con el detenido?

ALFEREZ.— Lo llevamos también.

GONZALEZ.— Es que lo hallo peligroso. Ya estuvo una vez ahí. Ahí fue donde lo agarramos. Claro que ese día no estaba la Pepa de Oro.

HOMBRE 2.— ¿Que no es la madre?

GONZALEZ.— Claro que es la madre, por eso mismo. . .

HOMBRE 3.— Razón de más para que pase a despedirse.

GONZALEZ.— Claro, antes que se vaya a mejor vida.

(*Todos celebran con risotadas*)

ALFEREZ.— Decídase, mi cabo.
 GONZALEZ.— Bueno, ya me convencieron. Pero un trago no más.
 ALFEREZ.— ¡Uno no más!
 GONZALEZ.— Y después seguimos.
 REMERO.— (*A lo lejos*) ¡Ahcoora!... ¡Ahora!
 ALFEREZ.— Esa sí que es la balsa.
 HOMBRE 2.— ¡Cuidado con los arcos.
 ALFEREZ.— Acarreen los instrumentos.
 GONZALEZ.— ¡Torrealba!
 TORREALBA.— Mande, mi cabo.
 GONZALEZ.— Vamos a ir a tomar un trago a la bajada de la balsa para quitarnos un poco el frío del sereno... Mira, si traemos las mantas empapadas.
 ALFEREZ.— ¡Vamos, mi cabo!
 GONZALEZ.— Sígueme entonces con el detenido y, ten cuidado, acuérdate que es liebre saltona. No vaya a ser cosa que se tire al agua y nade hasta la orilla. No le despintes la vista cuando crucemos.
 (*Ya todos se alejan*).
 TORREALBA.— Bien, mi cabo. (*Pausa*). Vamos.
 ABANDERADO.— No quiero volver a esa casa.
 TORREALBA.— Vamos a pasar a calentarnos el cuerpo no más. ¡Cuidado! Mire que está muy resbaloso. Déjeme que lo ayude.
 ABANDERADO.— No necesito ayuda.
 (*Desaparecen hacia la balsa*)
 REMERO.— ¡Ahora! ¡Ahcoora!...

Escena Cuarta

DONDE LA PEPA DE ORO

(*Se ve, a un tiempo, la fachada y parte del interior de la casa. La dueña del establecimiento está sen-*

tada en el centro. A sus pies, casi arrodillado en el suelo y con la cabeza hundida en la falda de la mujer está el Tordo. Por la pieza deambulan otras prostitutas. Traen vasos y botellas o bailan con alguna pareja o simplemente esperan. En un rincón, una cantante toca acordes en una guitarra, de vez en cuando Pepa de Oro bebe de una botella que hay junto a ellos).

PEPA DE ORO.— ¡Grande era! Grandaza... La ponchera más grande que yo haya visto. Más grande que tu amistad. Y yo la quería más que lo que tú querías a tu amigo. Tan grande como un barco, y toda de cristal. Como un velero era, con las velas al viento y así (*Alza los brazos en un gesto amplio*): como si estuviera navegando sobre la mesa... Pero cuéntame tus penas. Para eso estás aquí. Desahógate a ver si logras echar la pena fuera. Cuenta pues... Tenías un amigo ¿Y? Lo entregaste a la policía ¿Y? ¿Qué más? Habla, habla de una vez...

CANTANTE.— (*Entona de pronto*):

¡Ay! amor

Me queda una mariposa

La otra me la llevaron

Sobre una blanca rosa.

PEPA DE ORO.— Son cosas que pasan, cosas... Una está aquí sentada en el salón, con los espejos de oro y los muebles colorados, uno está aquí sentada escuchando cantar y diciendo que ya nada va a pasar... Y de un de repente...

CANTANTE.— (*Empieza a entonar y sigue cantando mientras habla Pepa de Oro*):

¡Ay! amor

Me queda una mariposa

etc.

PEPA DE ORO.— Esa ponchera... era lo primero que había comprado, hace ya muchos años. Antes que los espejos y las camas para las niñas. La ví un día que fui a la ciudad, de cristal tras el

crystal, y no sé... se me antojó que esa ponchera era mi barco. Cosas... el barco donde tenía que hacer navegar mi negocio. Cosas que pasan. Así como tú te acercaste a él para ser su amigo. Dentro cabían doce botellas de a litro. Yo misma las contaba. Doce, ni una más ni una menos, y al vaciarlas me parecía estar echando un río dentro del mar. ¡Y los duraznos! Una noche pelé más de medio ciento y los eché adentro, trozados, como islas con el corazón de pura sangre. Y el azúcar y la malicia y un poco de amargo, porque sin amargo el trago no es nunca bueno... ¡Mírenlo, si de pura tonta la Pepa de Oro te está dando la receta de su ponche!

CANTANTE.— (*Que ha seguido entonando*):

Sus alas azul y verde
Perfumadas de jazmín
No volverán a gozar
Las flores de mi jardín.

PEPA DE ORO.— Verde sí, sentí una rabia verde cuando llegué y me dijeron, para engañarme, para que no sufriera tanto, que la habían trizado... ¡Trizado! Rota estaba. Ahí, en mil, en diez mil, en requetecontra mil pedazos... Y no había por donde empezar a recogerlos ni cómo pegarlos. Todas estas brutas los habían dejado en el suelo, ahí mismo donde se estrelló, y me pasé la noche recogiendo astillas, con los dedos sangrando y una pena adentro, una pena... Cuando los tuve juntos en un montón, no supe qué hacer. Te juro que algo se me rompió adentro. Como a tí ahora. Me habían roto mi barco, le habían quemado las velas... Como a tí ahora que lloras por lo que hiciste...

YALA.— (*Que ha estado mirando por la ventana*): Parece que allá viniera alguien.

PEPA DE ORO.— ¿Quién?

YALA.— Es un grupo... Parece que fuera el cabo González.

PEPA DE ORO.— (*Irguiéndose*): Llévense a este para adentro entonces. No quiero que el cabo vea borrachos en mi casa... Y tú, tráeme una pei-

neta... Rápido... (*Súbitamente se cumplen sus órdenes. Dos mujeres arrastran hacia afuera al Tordo y otra trae una peineta y un espejo*): ¡Acuéstelo! Pero no en las piezas... Se pueden ocupar más tarde. Llévelo a la del fondo que está desocupada. (*Aparecen los hombres, el alférez y González. Torrealba y el Abanderado permanecen afuera. Cuando entran los hombres, las mujeres lanzan gritos de bienvenida*).

YALA.— (*Llevando a González hacia un rincón*): Oiga, mi cabo, quisiera pedirle un favor. No le diga a la señora lo de la otra noche. Nosotras no nos atrevimos a contárselo. ¿No ve que no quiere saber nada con su hijo?

GONZALEZ.— Razón de más para que ella sepa ahora. Si ya está arrestado, no corre peligro.

YALA.— Pero va a saber que nosotras lo dejamos entrar. ¿No ve que le tenía prohibida la entrada? Ya van para los veinte años que no lo ve.

GONZALEZ.— Ni una palabra entonces...

PEPA DE ORO.— Pasen, pasen. Están como en su casa... A ver, niñas, vengan a atender a estos caballeros. (*A la cantante*): Música... ¿Qué quieren servirse? Traigan una ponchera... (*Se detiene compungida*). Me la quebraron, mi cabo. ¿Se acuerda esa ponchera de cristal que tenía? Me fuí por un rato a la ciudad y quizás qué armaron éstas acá, porque cuando volví me lo tenían todo patas arriba y la ponchera echa polvo.

GONZALEZ.— Son cosas que pasan.

PEPA DE ORO.— Cosas sí. (*Reaccionando*). Pero no estamos aquí para llorar ¿no es cierto?, mi cabo. A ver, Estela, tráiganle un vasito del fuerte, del que le gusta a mi cabo... (*A los demás*): ¿Y ustedes tan adornados? ¿Van para la Cruz de Mayo?

ALFEREZ.— A la Cruz de Mayo, vamos.

PETA DE ORO.— Miren que me gusta tanto la festividad que soy capaz de ir.

ALFEREZ.— A La Calavera.

PEPA DE ORO.— ¡Eso es lejazo!

HOMBRE 3.— ¡Anímese!

PEPA DE ORO.— A lo mejor me animo.

HOMBRE 3.— ¡Véngase con nosotros!

PEPA DE ORO.— ¿De a pie?

HOMBRE 2.— ¡Nosotros la llevamos en anda!

PEPA DE ORO.— ¡No soy nada de liviana!

HOMBRE 2.— Entre todos...

HOMBRE 1.— Y así nos va acompañando. Igual que el cabo González y el preso.

PEPA DE ORO.— ¿Cuál preso?

GONZALEZ.— Uno que llevamos a La Calavera.

PEPA DE ORO.— ¡A La Calavera! Debe ser gordo el pez que cayó. ¿Quién es?

GONZALEZ.— Usted no lo conoce.

(*Grandes risotadas*).

PEPA DE ORO.— De seguro. Si es preso, no lo conozco. A mi casa no viene más que gente respetable.

GONZALEZ.— ¡Cómo nosotros!

PEPA DE ORO.— ¡Si usted lo dice! ¿Y adónde lo tienen?

GONZALEZ.— ¿A quién?

PEPA DE ORO.— Al preso, pues.

GONZALEZ.— Afuera lo dejamos.

PEPA DE ORO.— ¿Sólo?

GONZALEZ.— No, pues. Lo está cuidando mi ordenanza.

PEPA DE ORO.— ¡Miren las cosas que da el ascenso! A ese ordenanza, ¿no lo van a dejar divertirse?

GONZALEZ.— La suerte de los sometidos, pues. Todos pasamos por ahí.

PEPA DE ORO.— Pero un vaso de algo no le puede hacer mal, ¿no? (*Llamando*): ¡Doris! Llévale un vaso de vino al policía que está afuera.

DORIS.— ¿Para el lado de la calle?

PEPA DE ORO.— Búscaló tú.

DORIS.— Bueno.

PEPA DE ORO.— Pero encuéntralo. ¿Ah? Y vuelves, mira que estos caballeros necesitan distracción... ¿No es cierto?

(Todos ríen. Y estalla una música alegre. Las luces decrecen en el interior y se ve a Torrealba y el Abanderado afuera).

ABANDERADO.— ¿Sabe de quién es esta casa?

TORREALBA.— Sí.

ABANDERADO.— Hacía años que no volvía. Hasta que se me ocurrió el otro día.

TORREALBA.— Fué aquí donde lo agarraron, ¿no es así?

ABANDERADO.— Ni sé por qué vine. Me entraron ganas de repente.

TORREALBA.— *(Con un gesto)*: ¿De volverla a ver?

ABANDERADO.— *(Se encoge de hombros)*: No sé.

(Aparece Doris con un vaso de vino).

DORIS.— Oiga... Venga para acá. Esto le mandan.

TORREALBA.— Gracias. Pero ando de servicio.

DORIS.— ¿Y qué hay con eso?

TORREALBA.— No se puede.

DORIS.— Tómelo no más.

TORREALBA.— Un trago, para no despreciárselo.

DORIS.— ¿No le gustaría irse a divertirse adentro?

TORREALBA.— ¿Con usted?

DORIS.— ¿Y por qué no, pues?

TORREALBA.— Ganas no me faltan. Pero... otro día. Ahora tengo que quedarme acá. Son órdenes de mi cabo.

DORIS.— ¡Si viera al cabo! Ni va a saber que usted ha entrado... Véngase. Hay una puerta allá, por atrás. Lo voy a estar esperando. Ni siquiera lo verán entrar... ¿De verdad que no quiere tomar más trago?

TORREALBA.— De verdad.

(*Doris sale. Torrealba se acerca al Abanderado*).

TORREALBA.— Parece que la fiesta está que arde adentro.

ABANDERADO.— Lo mismo que cuando yo era cabro. . .

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Cuando yo era cabro, metían la misma bulla. De noche. La metían siempre.

TORREALBA.— ¿Que a usted lo tenían viviendo acá?

ABANDERADO.— ¿Y dónde sino?

TORREALBA.— ¿Lo tenían todo el tiempo?

ABANDERADO.— Todo. De día, me dejaban con las putas para que ellas me cuidaran. Y de noche, me escondían.

TORREALBA.— ¿Lo escondían?

ABANDERADO.— Para que no molestara. Me subían al entretecho y ahí me dejaban toda la noche, hasta la mañana, hasta que se hubiera ido el último. . . A través de las tablas me llegaba la bulla, los gritos, la remolienda. . . Y a ratos también me llegaba el silencio. Esos silencios donde algo está pasando.

TORREALBA.— ¿Y usted qué hacía?

ABANDERADO.— Esperaba. Escuchaba. Esperaba.

TORREALBA.— ¿Qué cosa?

ABANDERADO.— Hasta que un día descubrí un rasgón en las tablas. Entonces ahí pegaba el ojo y miraba. El entretecho daba sobre la pieza de una de las putas. Y el rasgón sobre la cama. Una cama grande, deshecha siempre, con barrotes de bronce, como han de ser las prisiones. . . Y entonces yo pegaba el ojo y miraba.

TORREALBA.— ¿Y? (*Hay en él una gran curiosidad. Luego explica*): Yo soy un poco lerdo en estas cuestiones. Me crié entre trenes. De ahí pasé al servicio.

ABANDERADO.— Es rejuven usted. ¿Qué edad tiene?

TORREALBA.— Ando en los diecinueve.

ABANDERADO.— A esa edad, hacía rato que yo ya me había ido.

TORREALBA.— ¿Adónde?

ABANDERADO.— A recorrer. Por mi cuenta...
(*Quedan silenciosos y vuelve a iluminarse el interior de la casa*).

GONZALEZ.— Oiga...

PEPA DE ORO.— ¿Qué le pasa mi cabo?

GONZALEZ.— ¿Y dónde está ese refuercito que me dice que fue a buscar?

PEPA DE ORO.— Adentro está, pues, y se la tengo reservada.

GONZALEZ.— Preséntemela.

PEPA DE ORO.— Llamen a la Sonia, que quieren conocerla...

ESTELA.— (*Llamando*): Sonia... Sonia...

PEPA DE ORO.— ¿Y no quiere que haga entrar un rato a su ordenanza?

GONZALEZ.— Es un cabro apenas.

PEPA DE ORO.— Por eso mismo, pues. Les hace bien.

GONZALEZ.— Y además anda con plata. Le pagaron recién el sueldo. No ve que es nuevo...
(*Sonia se acerca*).

PEPA DE ORO.— La plata es para gastarla, mi cabo...

GONZALEZ.— (*Viendo a Sonia*): Mucho gusto, pues, mucho gusto. Así es que usted es nueva por estos lados.

SONIA.— Llegué anteayer.

GONZALEZ.— ¿Del Norte?

SONIA.— No. De Valparaíso.

GONZALEZ.— Ah... ¿Y dónde trabajaba allá? Conozco mucho por esos lados.

SONIA.— No, si allá yo no trabajaba. Quiero decir que no trabajaba en esto.

GONZALEZ.— ¿Y por qué se vino para acá entonces?

SONIA.— (*Después de una pausa. Un recuerdo súbito le llena los ojos de lágrimas*). Me enamoré.

GONZALEZ.— No ve, pues. Las cosas que hace el amor. Pero no se le de nada. Yo la voy a consolar.

(*Mientras Sonia se aleja con González las luces vuelven a decrecer*).

ABANDERADO.— Oiga, Cornelio... Me dijo que su nombre era Cornelio, ¿no?

TORREALBA.— Así es.

ABANDERADO.— Hace un rato... ¿Por qué hizo eso?

TORREALBA.— ¿Qué?

ABANDERADO.— En el embarcadero. ¿Por qué me tendió la mano?

TORREALBA.— ¿Cuándo le hablé?

ABANDERADO.— Sí, eso y... ¿por qué lo hizo?

TORREALBA.— No sé.

ABANDERADO.— No tengo la costumbre.

TORREALBA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— De que me tiendan la mano. Yo siempre he sido sólo y desde chico me las valía por mi mismo. Desde que me encerraban allá arriba, entre las vigas. Me lo pasaba escuchando los cantos y rumiando...

TORREALBA.— ¿Qué cosa?

ABANDERADO.— Las penas, pues. Las que se rumian solo. Y después cuando me fuí...

(*Aparece Pepa de Oro en la puerta*)

PEPA DE ORO.— Oiga, acérquese.

TORREALBA.— ¿Quién llama?

PEPA DE ORO.— ¿Le trajeron un vaso de vino?

TORREALBA.— Sí. Gracias.

PEPA DE ORO.— Acércate.

TORREALBA.— No estoy nada solo.

PEPA DE ORO.— ¿Que no es preso el otro?

TORREALBA.— Sí.

PEPA DE ORO.— ¿Y no está amarrado?

TORREALBA.— Así es.

PEPA DE ORO.— Acércate entonces. ¡Acércate! (*El hombre obedece*) ¿Cómo te llamas?

TORREALBA.— Torrealba. Cornelio Torrealba.

PEPA DE ORO.— Anda a divertirte adentro, Cornelio ¿No andas con plata?

TORREALBA.— Es que mi cabo me mandó que me quedara aquí.

PEPA DE ORO.— ¿No andas con plata acaso?

TORREALBA.— Algo me queda.

PEPA DE ORO.— ¿En qué te dilatas entonces? Deja al preso seguro y vente para adentro. Adentro te están esperando.

TORREALBA.— ¿Quién? ¿La que me trajo el vaso de vino?

PEPA DE ORO.— ¿Te gustó la Doris? Esa es la que te está esperando... me lo dijo ahora recién. Me dijo: Vaya para afuera y dígale que lo estoy esperando, que empuje la puerta no más. Es la segunda a mano izquierda, en el pasillo.

TORREALBA.— Pero es que...

PEPA DE ORO.— ¡No hay peros que valgan! Entra y yo te cuido al preso mientras tanto.

TORREALBA.— ¿Usted?

PEPA DE ORO.— Claro. Déjame la carabina. Aquí me voy a sentar y si lo veo moverse...

TORREALBA.— ¿Pero qué irá a decir mi cabo?

PEPA DE ORO.— ¿Y quién le va ir a contar? No se está divirtiendo él acaso... Entra, mira que a la Doris no le gusta esperar.

TORREALBA.— ¿Es cierto que le dijo eso?

PEPA DE ORO.— ¿Y para qué te iba a mentir? Entra de una vez.

TORREALBA.— ¿Cuál puerta me dijo que era?

PEPA DE ORO.— La segunda a mano izquierda.

(*Lo empuja hacia adentro. Ella queda con la carabina entre las manos. Hablándole al Abanderado*)

de lejos). ¡Eh, tu! No se te vaya a ocurrir moverte. Acuérdate que tengo ésto... (*Muestra la carabina*). Lo mejor es que te quedes tranquilo y hasta soy capaz de darte un trago más rato si no me das disgustos...

(*Se sienta. Deja la carabina a su lado. Empieza a contar un fajo de billetes. Ha traído una botella de la cual bebe de vez en cuando. Pepa de Oro y el Abanderado están separados por una gran distancia. Y se hablan a través de ella*).

PEPA DE ORO.— Diez, veinte... menos mal que aquí está más fresco. Ese aire que viene del río... cien, ciento cincuenta. Adentro está caldeado. Si parece que a una se le llenan los pulmones de humo cuando respira... trescientos, trescientos veinte... Parece que conté mal (*Vuelve a beber. El Abanderado se yergue*) ¿Qué te pasa? ¿Adónde vas?

ABANDERADO.— A ninguna parte.

PEPA DE ORO.— ¿Por qué te mueves entonces?

ABANDERADO.— Para estirarme un poco.

PEPA DE ORO.— ¿Te traen de muy lejos?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— ¿Y también te llevan a La Calavera?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Sí, sí... Me parece conocida.

ABANDERADO.— ¿Qué cosa?

PEPA DE ORO.— La voz. ¿Te conozco? Aunque eres preso y yo no conozco a los presos. ¿Te conozco acaso?. (*Durante un segundo, y separados por la misma distancia, ambos se miran. Desde adentro, muy lejos, se escucha la melodía y las palabras de la canción. Pero luego el Abanderado rompe la quietud, negando con la cabeza*). Entonces por qué te quedas ahí, parado, mirándome así?

ABANDERADO.— ¿Cómo?

PEPA DE ORO.— Como si me fueras a reconocer. No me gusta que me confundan.

ABANDERADO.— No la confundo.

PEPA DE ORO.— (*Riendo*) ¿Y no te gusto? ¿Me hallas vieja?. Andate para adentro entonces. Allá están los jóvenes. (*Vuelve a beber*).

ABANDERADO.— Me quiero quedar aquí.

PEPA DE ORO.— Quédate entonces. (*Mostrando el dinero*). Pero es mío. No se te vaya a ocurrir avivarte... (*Cuenta en silencio y, de pronto, en forma casi instintiva, toma la botella y bebe*) ¿Quieres un trago?

ABANDERADO.— Ando con las manos amarradas.

(*Pepa de Oro toma la botella y cruza hacia él. Acerca la botella a sus labios y él bebe con fruición*).

PEPA DE ORO.— ¡Me gusta ver a un hombre tomar de una botella! ¡Si parece, que se la fuera a tragar! ¿Sabes?. Así es como los distinguía yo: los que eran hombres y los que no. Les pasaba una botella ¡Toma! les decía y los miraba cómo apretaban la boca al gollete, cómo se atropellaban... ¡Si parece que se iban a ahogar! Y después la dejaban, de golpe, sin derramar una gota y se limpiaban la boca con la mano... (*El ha dejado de beber y la mira. Las palabras de ella disminuyen en potencia y vitalidad. Por un instante lo mira intensamente*) Así era... cómo... los distinguía... (*Pero luego, rechazando el pensamiento, vuelve a acercarle la botella a los labios. El bebe con glotonería, como escudándose en el gesto*). ¡Tú pareces que aprendiste desde niño! (*Y comienza a reír. El la imita, como si tratara de acercarse a ella. Pareciera que a través de la risa van a encontrarse. Pero súbitamente ella se aleja*) ¿Por qué andas preso? (*El se encoge de hombros y le da la espalda*). ¿Robaste?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— ¿Mucho?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Sí, sí sí... Yo conocí a uno que siempre decía sí cuando le preguntaban algo. Siempre sí, y después hacía lo que se le antoja-

ba... (*Ha vuelto a su lugar y comienza nuevamente a contar*) Se fue lejos... lejos... ¿Quieres otro trago?

ABANDERADO.— (*Mostrando con un gesto sus manos amarradas*): ¿Cómo?

PEPA DE ORO.— Acércate entonces. (*El obedece y cruza hacia ella. Esta vez la mujer acerca la botella a sus labios con gran dulzura*): Y ahora vuélvete allá. Déjame sola que estoy sacando las cuentas.

ABANDERADO.— ¿Y no puedo quedarme aquí?

PEPA DE ORO.— (*Se encoge de hombros. El se sienta cerca de ella. Ella sigue contando*): ¿Te duelen las manos?

ABANDERADO.— Un poco.

PEPA DE ORO.— Apenas dos mil quinientos. ¡Y así quieren que una viva! Todo cuesta ahora y todo parece que se va perdiendo más luego.

PEPA DE ORO.— (*Después de un rato durante el cual vuelve a escucharse la canción que viene de adentro*). Todas las noches me siento aquí y me pongo a contar los billetes. Uno a uno... Antes los tiraba dentro de la caja del té y de ahí los iba sacando a medida que necesitaba. Dicen que cuando uno se va a morir, se pone a contar cosas.

ABANDERADO.— Así dicen. Uno se pone a pensar hacia atrás. A buscar.

PEPA DE ORO.— ¿A buscar qué?

ABANDERADO.— Algo para llevarse. Nadie se quiere ir solo. Algo bueno.

PEPA DE ORO.— ¡Bueno! ¿Y qué va quedando de bueno? Todo se triza, todo se rompe, todo se pierde. Uno siente cuando la muerte se acerca. Hay como un ruido en el aire.

ABANDERADO.— Como el pitazo de un tren.

PEPA DE ORO.— Sí, eso es. Como uno de esos pitazos que se cuelan por los postigos a la hora en que mis niñas están durmiendo la siesta. Agudos son y no dejan pegar los ojos.

ABANDERADO.— Es el ruido de la bala.

PEPA DE ORO.— ¿De cuál bala?

ABANDERADO.— De la con que me van a disparar.

PEPA DE ORO.— ¿Te van a matar?

ABANDERADO.— Esta mañana, cuando me leyeron todas las cosas que había hecho, empecé a escucharlo... ese ruido, el pitazo... y supe que me iban a matar. *(De pronto):* Tengo miedo. *(Súbitamente se refugia en la falda de la mujer. El primer impulso de la Pepa de Oro es abrazarlo. Pero se retiene. Piensa luego alejarlo; pero también deshace su gesto y, sin tocarlo, le habla).*

PEPA DE ORO.— Tranquilo, tranquilo... Cuéntame lo que te pasa, cuéntame... ¿Te duelen mucho las manos?. Mira... si las tienes desgarradas con la soga. ¡Hay que ver los animales!... Voy a soltártelas un poco, nada más que un poco. Pero me vas a prometer ¿ah? me vas a prometer... *(Y sigue hablando en tonos inaudibles).*

ABANDERADO.— *(La mira mientras afloja la amarra):* ¿Por qué nunca antes...?

PEPA DE ORO.— ¿Qué?

ABANDERADO.— Antes. Nunca.

PEPA DE ORO.— ¿Estás mejor así?

ABANDERADO.— Sí.

PEPA DE ORO.— Cuenta ahora. Echa la pena afuera. Es lo mejor. Echala y cuéntame...

ABANDERADO.— Esta mañana me dio miedo, traté de buscar algo mientras el futre hablaba. Algo distinto en qué pensar. Algo que no me recordara lo que él estaba diciéndome. Algo que yo hubiera hecho y que no estuviera escrito en ese papel. Algo que yo no más supiera. Algo limpio... Pero no había nada...

PEPA DE ORO.— Son cosas...

ABANDERADO.— Ni una sola vez... nada.

PEPA DE ORO.— Yo me vengo a sentar aquí todas las noches y miro... miro lo que he dejado,

lo que ahora tengo. Todo lo veo igual, igual a lo que llevo adentro. El alma tiñe...

ABANDERADO.— Eso será.

PEPA DE ORO.— El alma tiñe las cosas del mismo color que ella tiene. Y por más que una busca... busca, busca, es como estar en una pieza oscura, con espejos oscuros, mirándose y viendo nada más que lo oscuro.

ABANDERADO.— Eso es.

PEPA DE ORO.— Pero a veces ¡antes! me acordaba. Tenía ahí en la pieza al lado algo que me hacía olvidar todo lo demás. Era limpia, clara como un trozo de estrella, y con solo recordarla, se disipaban todas las oscuridades. Pero se rompen tantas cosas. Una ponchera hecha harina. El barco que se hunde. Y la oscuridad que vuelve, que se queda.

ABANDERADO.— Que se queda y trae miedo.

PEPA DE ORO.— ¿Miedo? Será el miedo?

ABANDERADO.— Cuando leyó las cosas que estaban escritas en ese papel, me dio miedo. Miedo como ese día cuando era niño y usted me soltó la mano para mostrar la ponchera...

PEPA DE ORO.— ¿De qué estás hablando?

ABANDERADO.— De esa tarde, en esa calle, cuando usted la descubrió en la vitrina...

PEPA DE ORO.— No entiendo nada.

ABANDERADO.— Y de repente me soltó la mano... Y me dejó solo. Sí. Y yo sentí un ruido, un ruido como el de esa bala que me anda buscando.

PEPA DE ORO.— No entiendo nada. No quiero saber más.

ABANDERADO.— Y volvimos. Usted con la ponchera entre los brazos y yo atrás, solo... Me dijo que subiera al entretecho, que esa noche iban a celebrar, que no bajara, que no bajara nunca más...

PEPA DE ORO.— (*Interrumpiendo con un grito*): ¿Por qué me cuentas cosas que parece que me fuera a acordar?. No quiero volver para atrás... No quiero acordarme nunca más... ¡No quiero! ¡No

quiero! (*Hay un instante de silencio durante el cual ambos se miran y luego viene de adentro la melodía y ella algo triza en el aire. Pepa de Oro vuelve a beber. Y su gesto cambia, su voz también, es nuevamente la prostituta*): ¡Tú estás de paso aquí, como todos! Háblame como ellos, dime nada más que lo que ellos me dicen.

ABANDERADO.— Entonces déjame estar aquí, callado.

PEPA DE ORO.— Como quieras.

ABANDERADO.— Callado, aquí afuera, al aire. . .

(*Inclina su cabeza sobre la falda de la mujer. La mano de la Pepa de oro, instintivamente sube hacia los cabellos, pero se retiene. Deja caer los brazos a lo largo del cuerpo y, después de algunos segundos comienza a cantar. Su voz, fría en un comienzo, poco a poco va tomando las entonaciones de alguien que arrulla un niño*).

PEPA DE ORO.— Sus alas azul y verde
Perfumadas de jazmín
No volverán a gozar
Las flores de mi jardín.
¡Ay, amor!
Me queda una mariposa
La otra me la llevaron
Sobre una blanca rosa.

(*Desde el interior se escucha la voz del Tordo que llama*).

TORDO.— ¿Dónde se han metido todos? ¿Por qué me dejaron solo? ¿Por qué me dejaron durmiendo allá adentro? . . . Me desperté allá adentro, sólo en esa pieza vacía. Me desperté, pero siempre parecía que estaba soñando. Miré el techo. Había un rasgón en las tablas. Me pareció que por ahí me miraban. Un niño me miraba. Me acusaba porque yo lo iba a entregar a él, porque yo iba a entregar a mi amigo. . . (*Sale de la casa y divisa a la Pepa de Oro que aun permanece sentada con el Aban-*

derado en su regazo) ¿Por qué me dejó sólo? Me había prometido...

(Al escuchar la voz, el Abanderado se yergue de un salto).

ABANDERADO.— Desgraciado...

PEPA DE ORO.— Cabo González... Cabo González.

(Los hombres se miran como dos animales prontos a atacarse. De un solo movimiento, el Abanderado se desprende de la soga y traba una lucha cuerpo a cuerpo con su contrincante. Al escuchar los ruidos, de la casa emergen los otros hombres, y las mujeres a mitad vestidas. Se produce una gran confusión).

GONZALEZ.— *(Desde adentro):* ¿Qué pasa?

DORIS.— ¡El Tordo y el Abanderado!

YALA.— Se encontraron...

ESTELA.— Hay que separarlos...

HOMBRE 1.— Cuidado que pueden estar armados.

GONZALEZ.— *(Desde adentro):* ¡Torrealba!

YALA.— *(Con un grito):* ¡El Tordo tiene un cuchillo!

(El Tordo se lanza sobre el Abanderado y lo hiere en la mano).

ABANDERADO.— Desgraciado...

TORDO.— *(A González que acaba de aparecer):* ¡No te acerques! Un paso y te marco... *(Mientras lo mantiene a distancia con el cuchillo):* Ahora, mi cabo... Agárrelo ahora!

(Los hombres rodean al Abanderado en semicírculo. Se van acercando. El preso busca por donde arrancar. Pero no halla).

ABANDERADO.— ¡Cornelio!

(Los hombres caen sobre él, lo agarran).

GONZALEZ.— *(A Torrealba que aparece en ese instante):* ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo.

GONZALEZ.— ¿Dónde te habías metido? Amarra al preso y sigamos... ¡Sigamos!

(Torrealba obedece y llevan al preso hacia el camino. Al pasar frente a la Pepa de Oro, se detiene un instante. Ambos se miran).

PEPA DE ORO.— *(Con una angustia casi insoportable):* Llévenselo... Llévenselo... Llévenselo de una vez... ¡Llévenselo! *(Los hombres salen. Ella permanece solo con las prostitutas. Se domina y ahora les grita con voz entera):* Y ustedes para adentro... Para adentro, les digo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

ESCENA PRIMERA

EN LA PLAZA DE LA CALAVERA

(Están llegando los diferentes bailes que van a tomar parte en la procesión. Fuera de los curiosos que se han reunido, de los comerciantes ambulantes y de los vecinos en general, está el baile del pueblo de La Calavera con su Alférez (Alférez Primero) que recibe a los que arriban. Hay gran animación. Gritos de vendedores. Revolotear de personas. Y ya se ven, llevadas en andas, algunas de las imágenes para la procesión; las cruces vestidas, el Cristo de doña Paula Bernal con el corazón al aire y una imagen de la Virgen del Rosario prestada por otra vecina. Luego aparecen algunos hombres precedidos por su Alférez (Alférez Segundo). Proceden a saludarse).

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Cómo está, mi buen alférez,
cómo está, cómo le va,
me alegro de verlo bueno
sin ninguna novedad.

ALFEREZ DE COLIGUE.—

Vengo bien, mi buen amigo
lo digo de corazón
el Baile de Coligüe Bajo
les hace saludación.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Muchas gracias, buen alférez,
cantando por lo sublime
este simple hermano suyo
les hace un saludo muy simple.

ALFEREZ DE COLIGUE.—

Está bien, mi buen amigo
de acuerdo completamente
al Baile Calaverino
hoy lo saludo igualmente.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Agradecido, mi alférez,
yo le canto a lo profano,
es cortito mi saludo:
¿por qué no nos damos la mano?

ALFEREZ DE COLIGUE.—

Está bien, mi buen amigo
es deseo muy humano
la mano a mí me conviene
también estoy atrasado.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Muchas gracias, buen alférez
de un confin a otro confin,
aquí doblo mi bandera
vengan sus cinco jazmin.

(Se dan la mano y se abrazan. Otro tanto proceden a hacer los otros integrantes del baile).

MUJER 1.— Mire, señora, allá viene el Tordo.

MUJER 2.— ¡Santo Dios! El aspecto que trae.

MUJER 1.— Hay que avisarle al señor cura, Capaz que se le ocurra mezclarse a la procesión.

MUJER 2.— ¡Qué se le va a ocurrir! ¿Qué no vé que anda curado?

MUJER 1.— Razón de más, pues.

MUJER 2.— Dicen que anda curado desde el día que entregó a su amigo.

(El Tordo se ha acercado al vendedor y comienza a intrusear la mercadería).

ENDEDOR.— Ya pues, ya pues... Déjeme tranquila la mercadería.

TORDO.—¿Y no tengo derecho a mirar acaso? Para eso ando con plata... Puedo comprar lo que se me antoje.

VENDEDOR.—Pero no ve que ensucia todo...

TORDO.—Se lo pago. Para eso ando con plata.

MUJER.—La plata que le dieron los policías será...

TORDO.—Esa, pues. ¿Y qué de malo tiene?. Es plata como la otra.

MUJER 2.—No le hable mejor, señora.

TORDO.—(*Remedándola*): No le hable mejor señora... ¿Y por qué no me había de hablar si tiene ganas? ¡Los invito a todos! A todos los invito un trago... Tengo plata para todos.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—Mejor que siga, oiga. Si no, vamos a llamar a los guardianes.

TORDO.—Los guardianes son mis amigos... ¡Y ustedes también! Vengan a tomar un trago para festejar esta fiesta de La Calavera... ¿No se llama así este pueblo? Yo también quiero celebrar la fiesta de la Cruz de Mayo en La Calavera... Pero no se vayan... No me dejen solo... ¿Que no ven que no quiero quedarme así? ¡Quiero invitar a los amigos!

MUJER 3.—¡Quédese callado, mejor! ¡Usted no es amigo de nadie!

MUJER 1.—¡Cállese!

MUJER 2.—Ya, no moleste más.

TORDO.—Plata tengo... la que quieran... No me dejen solo... No dejen a un amigo solo... Plata hay. Toda la que quieran...

MUJER 6.—Déjenme a mí. Yo me voy a ocupar de él. Yo no le hago asco a ninguna plata. Vamos... (*Salen*).

(*Aparece otro baile, precedido siempre por un Alferez (Alferez de Peñas Blancas).*)

ALFEREZ DE PEÑAS BLANCAS.—

Vengo tarde, buen amigo
por el libro tan sagrado

bien me puede perdonar
que haya llegado atrasado.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

No importa, mi buen alférez,
la Jerusalén ingrata,
dentro de la devoción
a cualquier cantor le pasa.

ALFEREZ DE PEÑAS BLANCAS.—

Conforme, mi respetado
Y en mi mente escrito está
a usted y a sus vasallos
le pedimos la pasá.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Al instante, buen alférez,
se la doy con prontitud
pa'que vaya a dar saludo
a la santísima cruz. . .

(De pronto los saludos se interrumpen. Un murmullo recorre la concurrencia: "El Abanderado. . . El Abanderado. . ." y la multitud se abre para dejar pasar a González y Fuenzalida que llegan con el Abanderado. González se acerca a uno de los vendedores. Este de inmediato saca del bolsillo unos papeles).

VENDEDOR.— Aquí tengo el permiso municipal y la patente y mis papeles en orden.

GONZALEZ.— ¿Para qué lado queda la Comisaría?

VENDEDOR.— Yo no soy nada de acá. Vengo a vender no más.

GONZALEZ.— Pero sabrás donde queda la Comisaría.

VENDEDOR.— Vengo por el día y. . . *(Al ver la expresión de González):* Para ese lado, creo que queda.

GONZALEZ.— ¿Lejos?

VENDEDOR.— Regular. Hay que seguir derecho y después doblar.

GONZALEZ.— Mejor que nos acompañes.

VENDEDOR.— Pídale a otro. . . pues, mi te-

niente. ¿No ve que me va a echar a perder el negocio?

GONZALEZ.— Vamos caminando. Nos llevas y te vuelves. . .

(Protestando el vendedor sale llevándose su mercadería. También se van González, Fuenzalida y el Abanderado. Queda en el aire un cierto desasosiego).

ALFEREZ DE PEÑAS BLANCAS.—

Está bien, mi respetado
ya pasó el incidente
para ir a la santa cruz
deme paso pa'mi gente.

ALFEREZ DE LA CALAVERA.—

Con gusto, mi buen alférez,
pongo el pueblo por testigo,
yo le voy a dar la mano
a un fiel y querido amigo.

(Y mientras empiezan a saludarse, los demás bailes inician sus danzas y la procesión se organiza).

ESCENA SEGUNDA

EN LA COMISARIA DE LA CALAVERA

(González cuadrado frente al teniente Donoso. Tras él se encuentra Fuenzalida con el Abanderado).

DONOSO.— En mal momento llegaron a esta comisaría.

GONZALEZ.— Lo mismo digo yo, mi teniente.

DONOSO.— ¡Qué idea hacerlos llegar al mismo día de la Cruz de Mayo! Apostaría que fue Bruna el que dio la orden.

GONZALEZ.— El fue, mi teniente.

DONOSO.— ¡Claro!

GONZALEZ.— Y le mandó esto.

DONOSO.— Una carta. Típico de Bruna. Miren que mandar una carta en vez de un parte policial. (*Mientras rompe el sobre*). No pudo escoger peor día. El pueblo está que hierve y hay que embarcar al detenido esta misma tarde.

GONZALEZ.— ¿Embarcarlo, mi teniente?

DONOSO.— En el tren de las siete. (*Mira al Abanderado*). ¿Qué te pasa?

ABANDERADO.— Nada.

DONOSO.— ¿Para qué te mueves entonces? Quédate quieto. Aquí te vamos a enseñar que hay disciplina. No como en otras partes. Veamos lo que dice Bruna... ¡Una carta! Si debiera archivarlas. (*Empieza a escucharse el ruido de campanas que van aumentando a través de la escena*). ¿Las campanas, ahora? Lo único que faltaba... Cuando al cura le da con las campanas... (*Llama*). ¡Riquelme!

RIQUELME.— (*Entrando*): Mande, mi teniente.

DONOSO.— ¿Saldría ya la patrulla?

RIQUELME.— Voy a preguntar, mi teniente.

DONOSO.— Que no dejen de echar un vistazo a las calles laterales. Siempre hay pillaje en estos días... ¡Esas campanas! Riquelme...

RIQUELME.— Mande, mi teniente.

DONOSO.— Dígale al sargento que destaque dos hombres para que acompañen la procesión hasta la misma cruz. Nunca deja de haber molestias a la subida del cerro. Parece que los genios se exaltan con tanto subir y bajar lomas. (*Dándose vuelta hacia González*): Así es cómo se organiza un cuartel, mi cabo. ¿Se da cuenta? Aquí hay organización, disciplina... Veamos lo que me cuenta Bruna en su carta...

GONZALEZ.— Mi teniente...

DONOSO.— ¿Qué hay?

GONZALEZ.— Mejor sería que no la leyera delante del detenido.

DONOSO.— ¿Y quién te pregunta lo que debo hacer?

GONZALEZ.— Lo digo por... por lo que pasó con mi teniente Bruna.

DONOSO.— ¿Qué pasó?

GONZALEZ.— Lo... lo escupió, mi teniente.

DONOSO.— (*Riendo*): ¡Lo escupió! Esas son cosas que le pasan a Bruna no más... Vamos a ver, mi cabo, si conmigo se atreve. Vamos a ver. (*Le-yendo*): Juan Araneda López, alias Abanderado, de treinta y un años, es acusado: de asalto y robo en San Alfonso. De robo a mano armada en los pueblos de Ritoque, Mauco y Pachacama.

Y de otras ofensas que aquí van anotadas.

Con fecha veinticuatro de Enero recién...

(A medida que habla, las luces van decreciendo en intensidad. La voz se va distanciando y el sonido de las campanas aumenta... Las luces se concentran sobre el rostro del Abanderado).

ABANDERADO.— Fue en la tarde... poco antes que pasara el tren de las siete... Y también había campanas...

(Sobreviene una oscuridad total durante la cual continúan escuchándose el ruido de las campanas. Al volver la luz, se descubre un trozo de campo. Es el atardecer y dos hombres están sembrando sobre una altura. En un plano más bajo, Cornelia lava ropa y canturrea).

CORNELIA.— Yo me subí a un alto pino
por ver si te divisaba
El pino como era verde
de verme llorar, lloraba... (bis).

PRIMER CAMPESINO.— ¿Qué no son las campanas esas?

SEGUNDO CAMPESINO.— Campanas parece que fueran.

PRIMER CAMPESINO.— Ni me había dado cuenta...

SEGUNDO CAMPESINO.— El sol está que se pone.

(*Dejan de laborar y empiezan a recoger sus aperos*).

PRIMER CAMPESINO.— ¡Eh... Cornelia!

SEGUNDO CAMPESINO.— Cornelia! Sorda la cabra, ah?

PRIMER CAMPESINO.— ¡Cornelia!

CORNELIA.— ¿Qué hay?

PRIMER CAMPESINO.— ¿Te vuelves con nosotros?

CORNELIA.— Me falta el mantel.

SEGUNDO CAMPESINO.— Mejor que te vuelvas. Después se viene la noche.

CORNELIA.— No he terminado.

PRIMER CAMPESINO.— ¿Te vas a quedar aquí?

CORNELIA.— Hasta que termine no más.

SEGUNDO CAMPESINO.— ¿Sola?

CORNELIA.— ¿Y con quién sino?

PRIMER CAMPESINO.— Ya sabes que este lugar no es seguro.

CORNELIA.— ¿Por qué si el agua no trae corriente?

PRIMER CAMPESINO.— Miren la diabla... Por el Abanderado, pues.

CORNELIA.— ¿Y qué me van a hacer a mí? (*Los hombres rien*). No soy nada rica. (*Los hombres rien más fuerte*).

SEGUNDO CAMPESINO.— ¿Quién sabe?

PRIMER CAMPESINO.— Nosotros no hemos probado.

SEGUNDO CAMPESINO.— No vaya a ser cosa que se le ocurra platicar.

CORNELIA.— ¿A quién?

SEGUNDO CAMPESINO.— Al Abanderado.

CORNELIA.— Le contesto, pues.

SEGUNDO CAMPESINO.— Ya, vente con nosotros.

CORNELIA.— Todavía no he terminado de lavar y me dijeron que llevara todo limpio.

PRIMER CAMPESINO.— Mañana sigues.

CORNELIA.— Mañana el río ya no trae la misma agua.

SEGUNDO CAMPESINO.— Esta tiene contestación para todo.

PRIMER CAMPESINO.— Bueno, si no quieres venirte te dejamos.

CORNELIA.— Detracito me voy.

SEGUNDO CAMPESINO.— De todos modos queda el Gavilán.

CORNELIA.— ¿Dónde anda?

SEGUNDO CAMPESINO.— Persiguiendo perdices debe andar. Pero si le silbas, viene.

CORNELIA.— Váyanse no más. Yo no me dilato nada.

(Los hombres salen. Cornelia empieza a canturrear. De vez en cuando mira hacia los lados como si supiera que alguien va a aparecer. A los pocos segundos aparece el Abanderado tal como fue descrito al comienzo de la obra por Cornelia, con un pañuelo blanco amarrado en torno a la cabeza).

CORNELIA.— *(Cantando):*

Yo me subí a un alto pino
por ver si te divisaba,
el pino como era verde
de verme llorar, lloraba. (bis).
En el pino me decía
qu'en llegar te demorabas
El pino como era verde
de verme llorar, lloraba. (bis).
Yo me quedé en ese pino
sabiendo que no llegabas
E pino como era verde
de verme llorar, lloraba. (bis).

(El Abanderado se ha acercado a ella).

ABANDERADO.— ¿Estás esperando a alguien? . . . Contesta: ¿a quién estás esperando?

CORNELIA.— Si era canción no más.

ABANDERADO.— ¿Y qué andas haciendo por estos lados?

CORNELIA.— Lavando.

ABANDERADO.— ¿Tan tarde?

CORNELIA.— Es que me atrasé.

ABANDERADO.— Ya todos se han vuelto.

CORNELIA.— ¿Cómo lo sabe?

ABANDERADO.— Porque los ví por el potrero. Hace rato que se fueron los demás y los dos que estaban acá... ¿Y quién te manda preguntar cosas a tí? Eres demasiado cabra para preguntar nada.

CORNELIA.— Ando en los quince.

ABANDERADO.— No pareces tanto... A ver, acércate.

CORNELIA.— Adónde?

ABANDERADO.— Aquí, pues. ¿Adónde va a ser? (*Ella obedece*). Eres menos delgada de lo que parecías... Acércate otro poco. ¡Acércate, te digo! (*La toma por la muñeca y la acerca a sí*). ¿Cómo te llamas?

CORNELIA.— ¿Por qué?

ABANDERADO.— Para decirte por el nombre.

CORNELIA.— Cornelia.

ABANDERADO.— (*Como si el nombre lo obligara a soltarle el puño*). Cornelia... No conozco a nadie que se llame así.

CORNELIA.— Es el nombre de mi padre.

ABANDERADO.— ¿Eres de por aquí?

CORNELIA.— De allá, del otro lado del cerro.

ABANDERADO.— Está relejos tu casa entonces. Se te va a hacer noche antes que llegues.

CORNELIA.— Así va a ser.

ABANDERADO.— Te vas a tener que ir yendo entonces.

CORNELIA.— No. Todavía no. No he terminado el lavado.

ABANDERADO.— ¿Y no te da miedo?

CORNELIA.— ¿De qué?

ABANDERADO.— Qué se yo... De quedarte aquí sola.

CORNELIA.— Ando con el Gavilán. Si silbo, viene.

ABANDERADO.— A ver, silba.

CORNELIA.— (*Titubea durante algunos segundos y luego confiensa*): No sé.

ABANDERADO.— ¿Quieres que lo llame yo?

CORNELIA.— No.

ABANDERADO.— ¿Por qué?

CORNELIA.— Porque no tengo miedo.

(*El la mira durante un segundo, dudando si su inocencia es coquetería o verdaderamente inocencia*).

ABANDERADO.— ¿Sabes cómo me llamo?

CORNELIA.— Sé cómo le dicen. Abanderado, ¿no es cierto?

ABANDERADO.— Abanderado. Ese es mi nombre. No tengo otro.

CORNELIA.— Sí, así es cómo le he oído nombrar.

ABANDERADO.— Me conoces entonces.

CORNELIA.— Lo he visto cruzar la loma.

ABANDERADO.— Y ahora me estabas esperando aquí... (*Imperativo*): ¡Contesta! ¿Me estabas esperando?

CORNELIA.— Sí.

ABANDERADO.— ¿Para qué?

CORNELIA.— Quería verlo. De cerca.

ABANDERADO.— Acércate más entonces. ¡Acércate! ¿Qué no ves que soy yo el que te lo estoy diciendo?

(*Ella avanza con toda naturalidad hacia él. Pero el aire está tenso, la atmósfera cargada. De pronto suena el pitazo de un tren. Se inmovilizan*).

CORNELIA.— El tren de las siete.

ABANDERADO.— No me gusta ese ruido.

CORNELIA.— ¿Por qué?

ABANDERADO.— Parece que me fuera a llevar lejos.

CORNELIA.— Es la hora en que me asomo para mirarlo, me paso todo el día trabajando en una pieza oscura... Pero no importa, porque a esa hora yo sé que usted pasa.

ABANDERADO.—Galopo para no oírlo. Nunca me ha gustado ese ruido.

CORNELIA.—No es más que un tren. (*Súbitamente rompe la inmovilidad*): Venga, venga a verlo. Desde acá se divisa. Venga... (*Ahora es él quien obedece y se coloca a su lado, sobre una altura, desde donde miran el tren*): Allá va... ¿Lo alcanza a ver? Allá, bordeando el cerro... Dicen que ese tren va hacia el mar, ¿usted lo conoce? (*El ha estado observando a la muchacha por la espalda y súbitamente ella se da vuelta y lo enfrenta con su pregunta*).

ABANDERADO.—(*Sin haber escuchado la pregunta*): ¿Qué?

CORNELIA.—Le pregunto si conoce el mar. Yo nunca he llegado más allá del río. ¿Cómo es?

ABANDERADO.—Es como el río. Pero más grande. No se ve el otro lado. (*Transición súbita*): Volvamos allá abajo. Allá se está mejor. (*Descienden en silencio. Al llegar al sitio donde antes estaban, ella se separa dirigiéndose hacia el montón de ropa. Quedan a ambos costados del escenario*).

ABANDERADO.—¿Adónde vas? Vente para acá...

CORNELIA.—Tengo que terminar el mantel.

ABANDERADO.—¡Vente para acá! Quiero que te estés aquí conmigo.

CORNELIA.—Tengo que terminar...

ABANDERADO.—(*Súbitamente fiero*). Ven, te digo... (*Y cruza para obligarla, pero Cornelia súbitamente lanza el mantel al aire y lo extiende entre los dos*).

CORNELIA.—Tengo que terminar el mantel. (*Ahora ambos están separados por el mantel. Ella se arrodilla junto al mantel y el Abanderado hace otro tanto*).

CORNELIA.—Así me imagino las velas de los buques.

ABANDERADO.—¿De cuáles?

CORNELIA.— De esos que dicen que hay en el mar. A veces, cuando lo veo a usted pasar por la loma, pienso en el mar. Ese pañuelo que usa en la cabeza... es como dicen que son las velas, cuando sopla el viento. No sé, me parece que todo puede ser así cuando lo veo pasar...

ABANDERADO.— ¿Cómo?

CORNELIA.— Como con viento. ¿Sabe una cosa? Un día me gustaría dejar todo lo que uno tiene que hacer, la pieza y el lavado y la comida, y me gustaría galopar así, contra el aire, con un pañuelo blanco en la cabeza.

(Se produce un silencio. Durante un segundo él la mira. La luz ha ido decreciendo).

ABANDERADO.— Ya está anocheciendo. Mejor será que te vuelvas.

CORNELIA.— ¿No quiere que me quede otro rato?

ABANDERADO.— No.

CORNELIA.— Tengo que enjuagar el mantel.

ABANDERADO.— Llama al perro y ándate mejor.

CORNELIA.— ¡Chit! Escuche lo callado que está todo. Ya ni se oyen las campanas.

(Vuelve a producirse un pequeño silencio. Ella se levanta, entonces, se aleja algunos pasos, le da vuelta la espalda).

CORNELIA.— Aquí tengo algo... yo misma lo hice...

ABANDERADO.— ¿Qué?

CORNELIA.— Un pañuelo. Le bordé una inicial. No es muy bonita, porque nunca me enseñaron. Pero se entiende. Es para usted.

ABANDERADO.— ¿Para mí?

CORNELIA.— Sí, para cuando se le ponga viejo el que tiene.

ABANDERADO.— ¿Me lo hiciste a mí?

CORNELIA.— En las noches, porque en el día no hay tiempo. En la noche, mientras los otros dormían, yo me ponía a bordarlo. *(Pausa)*. Quisiera

que una tarde... cuando me asome y lo vea galopando por la loma...

ABANDERADO.— ¿Qué cosa?

CORNELIA.— Es mío, voy a decir... Es mío ese pañuelo blanco. (*Recoge rápidamente las ropas que ha estado lavando*): Gavilán, Gavilán, Gavilán...

ABANDERADO.— Cornelia...

CORNELIA.— (*Que ya ha ido desapareciendo*): Gavilán, Gavilán...

(*El Abanderado mira durante algunos segundos el pañuelo y luego lo cambia por el que tenía en la cabeza. Hay un momento de silencio y luego irrumpen nuevamente las campanas y las luces disminuyen paulatinamente. Vuelve a producirse la oscuridad total durante la cual se escuchan las campanas. Luego la luz vuelve, primero sobre el rostro del Abanderado y luego sobre la escena*).

DONOSO.— (*Terminando de leer*): En total, veinticuatro denuncias. Apresado en esta zona en la noche del treinta de Abril en un prostíbulo que pertenece a Lucía López López, alias Pepa de Oro, fue conducido a este retén desde donde... (*Acercándose al Abanderado*): ¿Oíste? ¡Contesta! ¿Qué no me oyes?

ABANDERADO.— Sí.

DONOSO.— (*Dándose vuelta hacia González*): ¿No ve, mi cabo? Todo es cuestión de saber manejar a éstos... Es cuestión de tener dedos para organista y no todos los tienen. Vamos ahora a la oficina para que le dé las órdenes. Ustedes lo van a llevar a la estación... y ahí va haber un relevo. Todo está planeado con criterio militar... Ah, también habrá que hacer un parte... ¡Miren que mandar una carta! Esas son cosas que se le ocurren a Bruna no más. Típico de Bruna.

(*Salen Donoso y González*).

ABANDERADO.— ¿Qué dijo?

TORREALBA.— Que lo tenemos que llevar a la estación. Va a tomar el tren.

ABANDERADO.— Antes. ¿Qué fué lo que dijo antes?

TORREALBA.— Leyó lo mismo de ayer.

ABANDERADO.— No lo oí.

TORREALBA.— Lo mismo que leyó mi teniente Bruna.

ABANDERADO.— Me estaba acordando. . . ¿De dónde será que salen estas cuestiones?

TORREALBA.— ¿Cuáles cuestiones?

ABANDERADO.— Las que uno se acuerda de repente. Si parece que vinieran de muy hondo.

TORREALBA.— No le entiendo.

ABANDERADO.— Había algo después de todo, algo que no estaba escrito en ese papel.

TORREALBA.— ¿Qué le pasa? No se preocupe todavía. Según mi cabo González nada estaba decidido. Se lo van a llevar y allá lo juzgarán. Estoy seguro que le va a ir bien. Mi cabo González me dijo que no tenía por qué tener miedo.

ABANDERADO.— No tengo miedo, Cornelio. Ahora no tengo nada de miedo.

TORREALBA.— ¿Y por qué está tan blanco entonces?

ABANDERADO.— Me estaba acordando. Deben haber sido las campanas. Me estaba acordando.

TORREALBA.— ¿De qué?

(Entra Riquelme):

RIQUELME.— Dice mi teniente Donoso que hay que irse yendo.

TORREALBA.— ¿Y mi cabo González?

RIQUELME.— Allá afuera lo está esperando. Vamos. . .

(Sale Riquelme. Y en el momento en que lo van a seguir Torrealba y el Abanderado, éste último se detiene).

ABANDERADO.— Cornelio. . .

TORREALBA.— ¿Diga?

ABANDERADO.— ¿Qué se habrá hecho un pañuelo blanco?

TORREALBA.— ¿Cuál?

ABANDERADO.— Uno que andaba trayendo... Se debe haber caído para el lado del tranque... Sí, allá debe haber quedado, para el lado del tranque donde me agarraron... o para el lado del río...

ESCENA TERCERA

EN LAS AFUERAS DE LA CALAVERA

(El Tordo está en el lugar, borracho y con aspecto de hombre perseguido. Casi inmediatamente irrumpe la procesión que ahora ya está completamente formada y va camino a la cruz. Al ver al Tordo, algunos de los integrantes lo alejan. Al mismo tiempo, se realizan diversas danzas. Se les ve efectuar grandes saltos al son de flautas y tambores. La procesión está totalmente formada y llevan las imágenes en andas. Es una escena de gran vitalidad. Aparecen los policías con el detenido. Al verlos, el Tordo de inmediato se escabulle, se esconde entre los demás. En el centro del grupo que recién ha entrado, viene el Abanderado y rodeándolo González, Torrealba, Riquelme, más otros policías. Vuelve a caer sobre la procesión un silencio súbito. Pero ahora de pronto, se escucha la voz de la Mujer 5 que grita):

MUJER 5.— ¡Asesino!

MUJER 2.— ¡Incendiario!

MUJER 3.— ¡Criminal!

(La multitud se amotina, se aglomera en torno a él. La procesión pierde su orden. Los policías tratan de hacerlos retroceder con sus carabinas):

GONZALEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

RIQUELME.— ¡No se acerquen!

GONZALEZ.— ¡Atrás, que si no disparamos!

MUJER 2.— ¡Llévenselo! ¡Llévenselo! ¿No te bastó con incendiarme la casa? ¿Con quemar la cosecha? ¿Para qué vienes a ensuciar ahora este lugar santo? ¡Qué se lo lleven! Si no, lo mato...

VARIAS.— *(Al mismo tiempo)*: ¡Que se lo lleven! ¡Que lo maten! ¡Incendiario! ¡Asesino!

MUJER 3.— ¡Criminal! Todo lo has pisoteado. Ni siquiera te acuerdas del daño que me hiciste. ¡Criminal!

VARIAS.— *(Al mismo tiempo)*: ¡Llévenselo de aquí! ¡Llévenselo! ¡Llévenselo!

MUJER 1.— Este es un lugar santo...

MUJER 1.— ¡Ladrón!

MUJER 4.— ¡Ladrón! ¡Ladrón!

(Hay un movimiento hacia él. Los policías rechazan y Torrealba se yergue entre ellos).

TORREALBA.— ¡No pueden dejarlo tranquilo! Que no ven que el hombre va preso. ¡No ven que ya va a pagar! ¿No pueden quedarse callados y dejarlo seguir su camino? Si este es lugar santo, tengan al menos caridad...

MUJER 4.— ¡Ladrón! ¡Ladrón!

GONZALEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás les digo! Que estas cuestiones están cargadas... Y tú, Torrealba, quédate callado. Soy yo quien va al mando de esto... *(Al pueblo)*: ¡Atrás! ¡Atrás! les digo.

MUJER 4.— ¡Es un ladrón! Ni vergüenza tenía de robarle a los pobres... ¡Ladrón! Debieran cortarle las manos por ladrón...

MUJER 1.— ¡Llévenselo! Este es un lugar santo...

MUJER 5.— ¡No! ¡Que se quede! ¡Que lo maten!

MUJER 4.— Acuérdate cuando robaste en Coligüe.

MUJER 3.— ¡Y del crimen en Peñas Blancas!

MUJER 2.— ¡En Pachacama!

MUJER 4.— ¡En Rautén!

MUJER 3.— ¡En Artificio!

MUJER 1.— ¡En Nogales!
GONZALEZ.— ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjenos seguir!

VARIAS.— *(Al mismo tiempo)*: ¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Incendiario!

HOMBRE 1.— ¡Incendió Pucalán! ¡Que se lo lleven a Pucalán! ¡Que lo ajusticien en Pucalán!

HOMBRE 2.— ¡En Mauco!

HOMBRE 3.— ¡En Hijuelas!

HOMBRE 1.— ¡En Cabildo, en Ingenio, en Guayacán!

TODOS.— ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Criminal! ¡Que lo maten! ¡Criminal!

(En ese instante, González dispara el aire. Tras el tiro, se produce un súbito silencio. Los policías ahora logran abrirse paso y arrastran al Abanderado hacia afuera. Durante toda la escena anterior éste ha permanecido tranquilo, extrañamente tranquilo. Recibiendo todos los gritos como si éstos no lo tocaran. Apenas ha salido, la procesión vuelve a organizarse. Se reanudan los bailes, los cantos, el Tordo se hace visible entonces. Mira hacia el lugar por donde se ha alejado el Abanderado. De pronto un gran sollozo lo estremece y cae, de rodillas al suelo, llorando. La procesión evoluciona en torno a él y desaparece).

ESCENA CUARTA

LA ESTACION DE LA CALAVERA

El Abanderado está de pie exactamente en el lugar que ocupaba el Tordo en el cuadro anterior. Torrealba está junto a él. Riquelme entra seguido por el otro policía).

RIQUELME.— Vamos a tener que registrarlo... Ordenes de mi teniente Donoso. No vaya a ser cosa que ande trayendo un arma escondida.

TORREALBA.— Ya se hizo en Coligüe.

RIQUELME.— Sí, pero allá era bajo las órdenes de mi teniente Bruna. Y mi teniente Donoso dijo que él no confiaba en eso...

TORREALBA.— Pero si no trae nada.

RIQUELME.— ¿Cómo lo sabes?

TORREALBA.— Me lo habría dicho.

RIQUELME.— (*Con ironía pesada. En cierta forma imita a Donoso*): ¡Te lo habría dicho! Hay que ver el angelito... Mejor será que te vayas avisando, cabro. En de no, no tienes futuro en esta profesión... ¡Se lo habría dicho! Hazte a un lado mejor... Aflójale la trilintroya... ¡La camisa! (*Riquelme y el otro policía despojan al Abanderado de su camisa y le registran los bolsillos. El Abanderado no se mueve*).

RIQUELME.— ¡Tenías razón! Anda más pelado que un hueso... (*Mirando al Abanderado*): ¡Y este era el famoso Abanderado! Uno crece oyendo hablar de estos salteadores y después no son más que esto... Tan bravos que parecen de lejos, y de cerca, ¡puro viento no más! (*Al policía*): Anda a preguntarle al cabo González si llegó el relevo y le trajeron las esposas... (*El policía sale*): Esto es para que aprendas una lección, cabro. No te dejes embaucar por lo que te diga el preso. Como dice mi teniente Donoso: un buen policía siempre comprueba... (*Vuelve a entrar el policía con las esposas*): ¡Ah! Ya llegaron... A ver, pásamelas... (*El policía se las entrega, se cuadra y sale*): A ver las manos, Abanderado, a ver si te gustan estas pulseras... Mejor que las que robaste, ¿ah?

GONZALEZ.— (*Desde afuera*): ¡Cabo Riquelme!

RIQUELME.— (*Gritando*): Voy, mi cabo... (*Pasándole las esposas a Torrealba*): Colócase las tú mismo. Y sin soltarle el cordel. El cordel lo

aflojas después que le hayas colocado las cuestiones... ¡Toma, cabro! Beh... ¿qué te da miedo el Abanderado?... No seas lesa. No ves que ahora ya no tiene ni sople para hablar... (*Sale*).

TORREALBA.— Voy a tener que ponérselas... (*El Abanderado extiende las manos*): No sé... me habría gustado poderle... poderle prestar ayuda...

ABANDERADO.— Haga no más. Es su deber. (*Torrealba se las coloca*): Hace un rato, cuando me gritaron todo eso... todo lo que me gritaron... no sé, me sentí como si me estuviera sacando las pilchas... igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel...

TORREALBA.— (*Señalando las esposas*): ¿Le apretan mucho?... Aguántese... a veces con una piedra dicen que ceden un poco... (*Busca una piedra y con ella golpea el metal. El Abanderado sigue hablando*).

ABANDERADO.— Igual que allá en Coligüe cuando me leyeron las cuestiones del papel. Pero ahora no me daba vergüenza, no... Ahora me sentía más liviano. Parecía que al gritarme esas cosas, me las iban sacando de adentro. Me iban dejando vacío. No, vacío, no... No sé cómo.

TORREALBA.— (*Golpeando siempre sobre las esposas*): Aguántese un poco. Al comienzo le va a doler; pero después se sentirá recontra aliviado.

ABANDERADO.— Y ahora, cuando me arrancó la camisa, fue como si me hubiera limpiado de repente...

(*Se escuchan de pronto los cánticos de la procesión. Son las décimas de la Cruz. Sólo se escuchan algunos versos, y luego la escena continua. Teniendo las décimas como música de fondo*).

TORREALBA.— Son los de la procesión. Ya llegaron a la Cruz.

ABANDERADO.— Cuando miraba cualquier cosa, la veía como yo... Cuando uno anda con algo revuelto adentro, todo lo ve así, revuelto... Negras

parece que fueran las cosas... aunque estén limpias y no sean negras. Uno echa el alma para afuera. Y como el alma tiene su tinta, el alma tiñe. (*Se detiene de pronto, como si hubiera recordado algo*): Pero, a veces uno piensa... piensa en algo todo blanco ¿claro como un trozo de estrella no fue que dijo? y con sólo recordarlo, se disipan todas las oscuridades... Eso fue lo que ella dijo; pero ahora me doy cuenta que eso no es todo y que ella sólo tenía razón a medias. Me doy cuenta que hay que pensar en algo que no se pueda trizar ni romper, en algo que no es una cosa, en algo que uno guarda adentro, muy adentro, no sé bien donde, y que es más cierto que una cosa, más cierto que lo que se mira y se toca. Es algo como un pensamiento. Sí, eso podría ser. El pensamiento de algo todo blanco... (*Hay un silencio durante el cual vuelven a escucharse los cánticos con nitidez*). Cornelia...

TORREALBA.— ¿Me llamaba?

ABANDERADO.— Sí, lo estaba llamando.

TORREALBA.— ¿Qué desea?

ABANDERADO.— Pedirle un favor. Cuando vuelva y si pasa por donde mi... por la casa de la Pepa de Oro, dele un recado ¿quiere?

TORREALBA.— El que usted mande.

ABANDERADO.— Dígale que yo encontré algo que no se rompe.

(*Luego de un cortísimo silencio, se escuchan afuera las voces de mando*).

GONZALEZ.— (*Desde afuera*): ¡Torrealba!

TORREALBA.— Mande, mi cabo.

GONZALEZ.— (*Desde afuera*): Ya llegó el relevo. Sígueme con el preso.

TORREALBA.— Nos vamos a tener que ir yendo.

ABANDERADO.— ¿Se acordará de lo que le dije?

TORREALBA.— Sí, me acordaré, Juan... ¿Le importa que lo llame así?

ABANDERADO.—¿Por qué?. Así es como me llamo: Juan Araneda López.
(Los hombres salen y aún se escuchan los cánticos Mezclados a las voces de mando).

ESCENA QUINTA

UN LUGAR EN LA MONTAÑA, CERCA DE LA CRUZ.

(La Procesión está reunida al pie de ella y cantan la "Despedida". En ese instante se escucha el pito prolongado de un tren y casi de inmediato se oscurece el cielo y comienza a caer una lluvia. La Procesión se dispersa, se escuchan voces).

ALFEREZ DE LA CALAVERA.— ¡Aguántense! No es más que un chubasco. . .

MUJER 2.— Son esas nubes negras.

MUJER 3.— Ya luego pasarán.

MUJER 4.— No hay ninguna parte donde guarecerse.

HOMBRE 1.— Aguántense. Esto pasa luego. . .
(Vuelve a escucharse el pito del tren. Esta vez es sumamente desgarrador).

ALFEREZ DE LA CALAVERA.— Ese es el tren. . .

MUJER 1.— Por fin se llevan al Abanderado!

MUJER 3.— Que se lo lleven lejos. . .

(La tempestad amaina. Hay un momento de silencio).

ALFEREZ DE LA CALAVERA.— Volvamos a formar la procesión y sigamos con la despedida. . .

(Comienza a cantar).

Será hasta la vuelta del año
volveré con mi bandera
si estoy vivo en este mundo
y si piso aquí la tierra.

TODOS:

Si estoy vivo en este mundo
y si piso aquí la tierra.

ALFEREZ:

Y si piso aquí la tierra
con la mayor humildad
porque en esta vida somos
sólo una sombra pará.

TODOS:

Porque en esta vida somos
sólo una sombra pará.

ALFEREZ:

Sólo una sombra pará
por el libro de Jacob
porque en este mundo somos
hoy sí y mañana no.

TODOS:

Porque en este mundo somos
hoy sí y mañana no.

(La Procesión ha ido desapareciendo lentamente. Aún durante un rato se escuchan las voces a lo lejos. Cornelia ha permanecido sola en el lugar y después de algunos segundos aparece Torrealba que llega corriendo. Se detiene. Se miran).

CORNELIA.— ¿Y el Abanderado?

(Antes que él responda se escucha al pito del tren).

TORREALBA.— En ese se lo llevan... allá.

CORNELIA.— *(Mirando el tren que se aleja):*
Me va a hacer falta... Me gustaba saber que al-
guien podía galopar en la tarde, libre como una ban-
dera, con ese pañuelo... *(Con una súbita transi-
ción):* ¿Y el pañuelo blanco? ¿Lo llevaba todavía?

TORREALBA.— No. Me dijo que lo había per-
dido.

CORNELIA.— ¿Dónde?

TORREALBA.— No se acordaba. Fue cuando lo agarraron. No sabía si era para el lado del tranque o para el lado del río.

CORNELIA.— ¿Del río? Ojalá haya sido para el lado del río.

TORREALBA.— ¿Para qué?

CORNELIA.— Para que siga, y llegue al mar. *(Ya muy lejano se escucha un pitazo del tren. Ambos lo contemplan. Las luces disminuyen lentamente).*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

FIN DE LA OBRA